



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**LOS CAMINOS DE LA SOLEDAD: EL ABANDONO EN LA
TERCERA EDAD. RELATOS PERIODÍSTICOS**

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN
CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA:

RITA JENNIFER MARTÍNEZ RÍOS

ASESORA: DRA. FRANCISCA ROBLES

CIUDAD UNIVERSITARIA, MARZO 2015





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A ti Lucas, que siempre me sostienes, me comprendes y me alientas en los buenos y malos momentos. Todo mi amor, siempre.

A la UNAM porque pertenecer a esta noble casa de estudios es un orgullo que cambia conciencias y libera el espíritu.

A mis padres, porque ustedes forjaron mi carácter y porque llegar hasta aquí también es fruto de su esfuerzo. Este trabajo y por ustedes y para ustedes. Los quiero.

A mi hermana Vianey, porque sin tu ayuda no habría podido empezar siquiera este trabajo. Porque el destino nos convirtió, a mí, en la periodista que tú querías ser; y a ti, en la enfermera que yo quería ser. Gracias hermanita.

A mis hermanos Lety, Álvaro y Érika, porque la vida sin ustedes no sería igual. Porque valoro todos los momentos compartidos, y porque, a su manera, cada uno me ha enseñado algo. Los quiero hermanitos.

A mis sobrinas hermosas (Azul, Zoé, Mayita, Vale y Camila), porque sus ocurrencias y sonrisas iluminan mis días.

A Linda, Rebeca y Michel, porque con ustedes conocí realmente lo que es la amistad, sin importar el tiempo y la distancia.

A Ángeles y Andrea, porque esos años de facultad, nunca habrían sido tan locos, divertidos y maravillosos sin ustedes. Las quiero.

Al profesor Federico del Valle, por su gran ayuda en mi paso por la universidad.

A Laura, Marlyn e Iris, porque una aventura nos unió (bueno, en realidad muchas...) y hoy su amistad es indispensable para mí. Las quiero.

A Caro, Clau, Laura, Adri y Lety, porque el trabajo nunca lo fue teniendo su compañía.

A América por su ayuda en este trabajo.

A la doctora Francisca Robles, por su paciencia y tiempo dedicado.

A Don César, Lupita, Don Leo y mi tío Gabriel (†), porque sus historias son una verdadera enseñanza en mi vida.

A todos, GRACIAS.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	6
CAPÍTULO 1. MI PERSONAJE INOLVIDABLE.....	17
1.1 El comienzo de todo.	17
1.2 Que se lo lleven al panteón.....	21
1.3 El comienzo del final.....	26
1.4 El hombre que llegó del norte.....	29
1.5 El abuso. La figura que fue y sigue siendo.....	36
1.6 De lo malo, sólo los buenos recuerdos.	41
CAPITULO 2. CÉSAR CAMARGO. EL SINUOSO CAMINO HACIA NINGUNA PARTE.50	
2.1 De la infancia y otras memorias.....	54
2.2 La figura paterna, la figura de la ausencia.....	59
2.3 Del amor y otros demonios.....	62
2.4 La enfermedad. Nuevos planes, idénticas estrategias.	66
2.5 Picando piedra una y otra vez.....	71
2.6 De la calle, al otro lado y de regreso.....	75
2.7 Las facturas de la vida.....	79
2.8 El último hogar.....	84
CAPITULO 3. LUPITA ROJAS. UN PACTO HONRADO CON LA SOLEDAD.....	92
3.1 Jugando a los recuerdos.....	92
3.2 Vivir por y para la familia.....	97
3.3 Construyendo su historia.....	98
3.4 La enfermedad y el peso de los años: una carga.....	100

3.5 A todo se acostumbra uno	103
3.6 Mi vida dentro	105
3.7 La sabia resignación también es la mejor decisión	110
CONCLUSIONES.....	113
ANEXO.....	118
FUENTES DE INFORMACIÓN.....	123

INTRODUCCIÓN

En las culturas antiguas, la vejez era una condición privilegiada que significaba y representaba la sabiduría del hombre lograda a través de la experiencia. El pensamiento de la humanidad fue cimbrado por hombres de culto, de experiencia y de edad. Hoy es muy distinta la visión que de las personas adultas mayores se tiene.

El envejecimiento poblacional, es decir, el aumento de la esperanza de vida, es uno de los mayores triunfos de la modernidad; sin embargo, el significado de la vejez cambió a la par del tiempo, adjudicándole hoy un estigma de decadencia. Es una contradicción que se estigmatice el envejecimiento resultando entonces como un problema tanto social como político.

México está dejando de ser un país joven pues con una población actual de 11.7 millones de personas de la tercera edad, pasará a ser una nación “vieja”. Se estima que en el año 2050, el país estará alojando aproximadamente a 132 millones de adultos mayores; o en otras palabras 1 de cada 5 habitantes formará parte de la población de la tercera edad en el país¹. No obstante, el problema no es realmente el número de habitantes de la tercera edad, el problema radica en el abandono en el que se desarrollan estas personas, en la nula cultura del envejecimiento y en la débil estructura estatal que no puede asegurar un paso

¹ Consejo Nacional de Población, *Proyecciones de Población 2010-2050*, México. CONAPO 2013. Dirección URL: <http://www.conapo.gob.mx> [consulta, 12 de octubre de 2014].

digo por la vejez, al contrario, los condena a la carencia de oportunidades y a volverlos blanco fácil del abandono y violencia, sobre todo de su propia familia.

El Consejo Nacional de Población (CONAPO), reporta que la población adulta mayor (60 años y más) representa el 9.2% de la población nacional. De ahí sólo 4.1 millones perciben una pensión, sin embargo sólo 1.1 millones reportan ingresos suficientes para atender sus necesidades de alimentación, medicamentos y habitación; el resto, 9.7 millones, dependen de sus familiares para vivir y atender sus padecimientos crónico-degenerativos. Es decir, de los 10.9 millones de personas de tercera edad, 45.8 por ciento viven en pobreza².

El abandono, maltrato y despojo patrimonial de este grupo de personas es un problema que se recrudece en el país en la medida que avanza el envejecimiento poblacional. El miedo a ser abandonados, y el hecho de que ellos mismos se vean como una carga, es el factor principal para que éstos sean despojados de sus propios bienes, los cuales terminan sirviendo a su familia. Este problema atañe a toda la sociedad y en todos los niveles, ya sea como hijo, padre, o nieto, éste no debe ser un tema ajeno para nadie.

La vejez es la etapa en la que el ser humano necesita mayores ingresos y atenciones para tener una vida digna. Sin embargo, basta caminar por la calles de la ciudad y encontrarnos con indigentes, casi siempre adultos mayores, a los que no les queda otra salida más que terminar pidiendo limosna. Y es así que ya no es raro que los adultos mayores se encuentren empaquetando las compras en

² Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. *Informe de pobreza en México, 2012*. México, DF: CONEVAL, 2013.

las tiendas de servicio, o verlos cómo trabajan de afanadores en las instalaciones del metro. Es normal verlos cómo, sentados en el suelo, o en una cubeta, están comiendo una torta para después seguir laborando, sin ninguna prestación, sin ninguna seguridad y con un sueldo que más bien pareciera que pagan por trabajar.

La motivación de este trabajo es dar voz y rostro a personas que sufren los pesares de vivir una vejez en abandono, sin recursos económicos y sin el cobijo familiar. Se trata de mostrar los rostros de aquellos que se pierden entre las cifras y estadísticas de un problema social cada vez más estudiado, pero también ignorado.

También es un ejercicio en donde el lector pueda reflexionar sobre cómo es que una persona puede llegar a tal grado de descuido y desamor personal y social; ¿cómo es que una familia puede deshacerse de alguien tan fácilmente y por qué? o peor aún, ¿qué es lo que habrá hecho esa persona que no merece ningún tipo de atención o afecto?. Son estas interrogantes con las que el lector estará cara a cara para ponerse en los zapatos que quien sufre el abandono.

Para hacer posible tal reflexión y toma de conciencia se eligió el relato periodístico, el cual permite narrar cada historia de vida y cada testimonio, con toda libertad de recreación que otros géneros periodísticos no te lo permiten. Como plantea Lourdes Romero, la finalidad de un relato periodístico consiste no sólo en informar o conmover, sino que obliga a la toma de conciencia y provoca la

reacción sentimental; invita por lo tanto, a la praxis como fundamento del conocimiento y como criterio de verdad³.

Tomás Eloy Martínez decía que el gran desafío del periodismo escrito respecto de los medios audiovisuales es descubrir, donde antes había un solo hecho, al ser humano que está detrás de ese hecho, a la persona de carne y hueso afectada por los vientos de la realidad. Las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber.⁴

El por qué se eligió el relato periodístico y no otro género como el reportaje por ejemplo. Es porque el primero te permite mostrar y analizar el tema deseado a través de una particularidad, de una historia (el testimonio directo de personas de tercera edad en abandono) utilizando siempre recursos narrativos que rayan en lo literario. Es una historia recreada, mediante investigación rigurosa, cuyo objetivo es informar (relatar) utilizando técnicas literarias y periodísticas para su narración; mientras que la premisa del reportaje es la de informar, desmenuzar y analizar un tema con datos específicos, no siempre cuenta una historia y sólo a veces puede utilizar recursos narrativos.

Asimismo, Lourdes Romero define al relato periodístico como aquel que se aleja del realismo ingenuo de la “Objetividad” del periodismo tradicional, al producir, simultáneamente, la destrucción de la ilusión ficcional y la creencia en el reflejo

³ Romero, Lourdes. *La realidad construida en el periodismo*. Ediciones Miguel Ángel Porrúa. UNAM 2006. P

⁴ Eloy Martínez Tomás. *Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI*. Conferencia pronunciada ante la asamblea de la SIP el 26 de octubre 1997, Guadalajara México.

exacto e imparcial de los sucesos. Lo específico del relato periodístico, es el modo en que se fusiona la ficción y lo real.⁵

Es decir, el relato periodístico tiene toda la metodología de investigación que cualquier género como la nota periodística o el reportaje conllevan, sin embargo, el producto final o el modo de redacción del texto es muy diferente y particular. Rompe con la objetividad, porque es una interpretación, una historia recreada por quien la escribe (el periodista) y a la vez juega con la ficción porque aunque lo narrado, provenga de algo o alguien real, que se presenta casi en sus propias palabras, la cadencia del texto, el estilo, será obra del periodista.

Tom Wolfe en *El Nuevo periodismo* plantea las características del relato periodístico:

- Reconstrucción de escena por escena. Representación de un suceso en escenas dramáticas en vez del usual resumen histórico.
- Registro del diálogo completo en vez de citas ocasionales.
- Registro de “detalles de status” o el modelo de conducta y posesiones por medio de los cuales la gente experimenta su posición en el mundo.
- Empleo del punto de vista en formas complejas o inventivas para representar los hechos. Se presenta cada escena al lector a través de los ojos del personaje.⁶

Por otra, parte Jonh Hollowell menciona otras características:

⁵ Lourdes Romero. *El relato periodístico entre la ficción y la realidad*. Universidad Complutense de Madrid, 1995. Pàg. 65.

⁶ Wolfe, Tom. *El Nuevo periodismo*. Anagrama, Barcelona 1976. Pàg.60-64

- Monólogo interior o presentación de lo que piensa el personaje sin utilizar la cita directa.
- Caracterización compuesta o proyección de una imagen de rasgos de carácter y anécdotas extraídas de una serie de fuentes y representadas en un solo bosquejo.
- Técnicas literarias como retroceso al pasado, avances, cronología invertida, etc.⁷

Roberto Herrscher en su libro *de periodismo narrativo* plantea que la virtud de un relato es que éste te hace partícipe en el viaje del descubrimiento. Los personajes tienen que sonar como ellos mismos, tratar de ser lo más fieles posibles (...) y reflejar el sentido verdadero de sus palabras (...). Tenemos que sentir que son gente de verdad, que detrás de las palabras y de los movimientos y descripciones, está la gente de carne y hueso que queremos que conozcan nuestros lectores. Ni más ni menos.⁸

Hacer que un personaje hable, exprese sus opiniones, sus ideas o críticas sobre determinado tema, permite conocer a fondo a una persona, medir sus reacciones frente a un hecho o situación y hasta sus debilidades.⁹ Es decir, la gracia de este género periodístico, y también su utilidad es que en él cada detalle, cada escenario, cada descripción tiene un valor importante en el mensaje final, todo forma parte de la información que al lector se quiere transmitir.

⁷ John Hollowell. *Realidad y ficción. El nuevo periodismo y la novela de no ficción*. Ed. Norma, México 1979. Pág. 40-44.

⁸ Herrscher, Roberto. *Periodismo narrativo*. Universidad de Barcelona, España, 2012. Pág. 279.

⁹ Riva Palacio, Raymundo. *Manual para un nuevo periodismo*. Grijalbo. México 2013. Pag 208.

Roland Barthes en su *Introducción al análisis estructural de relato*, afirma que todo, hasta el menor detalle, tiene sentido (...) todo, en diverso grado, significa algo en él. Esto no es una cuestión de arte (por parte del narrador), es una cuestión de estructura: en el orden del discurso, todo lo que está anotado es por definición notable, aún cuando un detalle pareciera irreductiblemente insignificante, rebelde a toda función, no dejaría de tener al menos, en última instancia, el sentido mismo del absurdo o de lo inútil: todo tiene un sentido o nada lo tiene¹⁰.

Los relatos presentados en este trabajo cuentan la historia de vida de tres personas (adultas mayores) que sufren o sufrieron el abandono en su vejez y todas la consecuencias (físicas, económicas y psicológicas) que esta condición desencadena en su persona y en su vida diaria.

La estrategia para elaborar este trabajo fue la utilización de dos herramientas: la documentación y la entrevista. Como lo plantea Francisca Robles: Difícilmente encontramos algo más literario y más directamente creativo que las entrevistas¹¹.

Asimismo, la entrevista fue utilizada también como técnica narrativa ya que ésta aporta todos los datos posibles para que el lector se sintiera cercano al personaje. Ésta, como discurso, puede considerarse un relato ya que da cuenta de una historia (producto de un suceso), comunica un suceso central y varios colaterales,

¹⁰ Barthes, Roland. *Introducción al análisis estructural del relato*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1977. Traducido por Beatriz Dorriots.

¹¹ Robles, Francisca. *El relato periodístico testimonial. Perspectivas para su análisis. Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas y sociales con orientación a Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*. México 2006. Pág. 19

mediante la intervención de un autor-narrador que emplea como estrategias discursivas, el diálogo, monólogo, la narración y la descripción.¹²

Por otra parte, la documentación se llevó a cabo durante todo el proceso de entrevistas y elaboración de los relatos, para contextualizar cada testimonio dentro de la problemática social a nivel nacional. Por ello, en cada relato, aparecen recuadros informativos con datos específicos que tiene relación directa con lo que se narra en ese momento.

El primer relato, se centra en un personaje fallecido, un familiar directo del narrador, y que por tal circunstancia, se desarrolló a partir de recuerdos propios, y de testimonios de otros familiares para recrear un relato uniforme a partir de diversas perspectivas. El abandono de esta persona se da en todos sentidos, tanto económico como familiar y afectivo.

En este relato, la narración sucede en primera persona, sin embargo, el narrador no es para nada el protagonista de la historia, es más bien un narrador-testigo. El cual según Lourdes Romero, su papel consiste, predominantemente, en expresar su experiencia personal sobre los acontecimientos que ocurren a su alrededor.¹³

Los relatos de los capítulos 2 y 3 son testimonios que se obtuvieron dentro de una institución pública, el Hospital para enfermos crónicos, Dr. Gustavo Baz Prada, en

¹² Robles, Francisca. *La entrevista como relato. Una secuencia de evocaciones*. Tesis de maestría en ciencias de la comunicación. UNAM-FCPyS. México 1998. Pág. 22

¹³ Romero, Lourdes. *La realidad construida en el periodismo*. Ediciones Miguel Ángel Porrúa. UNAM 2006. Pág. 83.

la comunidad de Tepexpan en el Estado de México. Esta institución brinda atención e internación específica a personas con algún padecimiento crónico, sin embargo, el 60 por ciento de los pacientes, son también geriátricos que además por diversas circunstancias padecen algún tipo de abandono.

El segundo relato, consiste en recrear el abandono propio, derivado de una persona que al padecer diabetes desde muy joven, decide no formar una familia propia, asimismo, decide romper toda relación con su familia de sangre. Sin embargo, lo que no nunca previno, fue cómo viviría su vejez y las consecuencias físicas que su enfermedad le traería. Hoy sin ningún tipo de familia ni recursos, se encuentra internado en un hospital para enfermos crónicos en completo abandono, incluso, algunas veces de sí mismo, ya que en este relato se puede retratar otra problemática muy cotidiana, pero poco mencionada alrededor de los problemas de la vejez: la depresión.

El tercer capítulo, es el relato de una mujer, la cual está en cierto grado abandono familiar, ya que su único hijo, no puede hacerse cargo de ella. Sufre abandono afectivo por parte de éste, el cual sólo se limita a cubrir los gastos de la institución donde se encuentra internada. Sin embargo, a pesar del abandono que sufre la paciente, asume su vejez con total naturalidad, sin sufrimientos ni culpas.

En estos dos relatos el narrador se presenta como entrevistador. Éste es muy común dentro del relato periodístico ya que éste no es ni personaje principal ni secundario, sino el encargado de presentar y sostener un diálogo con un

entrevistado para dar a conocer lo que éste hace o piensa. Además recrea el lugar y las circunstancias en que se desarrolla la entrevista, el narrador participa como interlocutor incluyendo sus opiniones y sentimientos.¹⁴

Dentro de estos relatos también hay una clara separación entre la voz del narrador y la de los protagonistas de las historias. El primero se encuentra en letra Arial y los segundos en cursivas. Lo anterior por dos razones, la primera para hacer más fácil la lectura, y después porque de ese modo se da el debido protagonismo a los personajes, ya que así se reproduce literalmente lo que piensa cada testimonio.

En palabras de Lourdes Romero, con esto se logra que el relato periodístico:

- Imprima vivacidad, interés y agilidad a la narración.
- Proporciona la posibilidad de conocer mejor a los personajes por su propia voz y no por palabras del periodista.
- Satisface la veracidad de lo que se cuenta (...) ya que no queda duda que el personaje existe. El receptor, al escuchar al protagonista, acepta la veracidad del discurso.¹⁵

Finalmente, este trabajo pretende ofrecer al lector una perspectiva amplia dentro de la subjetividad que el relato periodístico guarda; cálida, por el estilo narrativo, pero también cruda sobre la realidad que hoy sufren gran parte de las personas

¹⁴ *Ibíd.*, p.88

¹⁵ Romero, Lourdes, *op.cit.*, p.111

de la tercera edad en nuestro país, y que según estadísticas demográficas, tanto nacionales como mundiales, se recrudecerá en el futuro si hoy no tomamos verdadera conciencia de esta problemática social, y de la cual mañana, los jóvenes y adultos de hoy, podríamos padecer.

*“La valía de un hombre se mide
por la cuantía de soledad que le es posible soportar”
Friedrich Nietzsche*

CAPÍTULO 1. MI PERSONAJE INOLVIDABLE

Este primer relato es un paseo en la memoria colectiva de mi familia, se trata del recuento de la vida de Gabriel Islas Sánchez, quien fue primo hermano de mi abuelo materno, y quien vivió más de veinte años, de “arrimado” dentro de una familia patriarcal como la mía, el cual estuvo sometido todos esos años a los abusos laborales y humillaciones a su dignidad por parte de mi abuelo; y al desdén e indiferencia de sus sobrinos y demás familiares.

Es el relato de diversas vivencias y memorias que todos y cada uno de mis tíos, mis padres, hermanos, primos y abuelo, guardamos de él. Asimismo dentro del relato se pretende implícitamente explicar las circunstancias incomprensibles y casi enigmáticas por las que él se sometió al abuso y al abandono en el cual vivió durante muchos años hasta su muerte,

1.1 El comienzo de todo

Siempre he pensado que todo tiene un por qué en este mundo, incluso mis noches de insomnio o los sueños inexplicables. Así fue como él vino a mis recuerdos, de

noche e inesperadamente. Mi tío Gabriel apareció en mi memoria. Y lo hizo para no irse en un buen tiempo.

Alguna vez escuché que los muertos, aquellos que andan vagando en este mundo, no quieren otra cosa más que se les recuerde, que se les brinde una oración, o como comúnmente se hace, se les haga una misa por el descanso de su alma. La idea de que mi tío se había aparecido en mis sueños porque quiere ser recordado y no quedar en el olvido quizá no sea tan descabellada. Fue entonces que los inquietantes recuerdos que tengo de él cobraron otra dimensión, de hecho, hacía mucho tiempo que no pensaba en él. Me quedó claro que era un llamado, quizá para no quedar en el olvido, que valiera la pena su paso gris en este mudo.

Recordarlo a él, y toda la tristeza que emanaba cada movimiento suyo, me hizo reparar en que ese retrato lo veo tan seguido, tan común todos los días. Además porque su recuerdo me llevó a otros que tenía olvidados en mi memoria; cuando de niña, siempre los viejitos me causaban una profunda compasión. Siempre que veía un viejito, en cualquier lugar, simplemente los acariciaba, los saludaba viéndolos a los ojos y les sonreía. No importaba qué hiciera, sólo quería transmitirles algo. Era como mi buena obra del día.

Mi comunidad de origen es un pequeño pueblo del Estado de México, Tepexpan, “lugar sobre peñascos” según su topónimo náhuatl. Es aquí donde se desarrolla esta historia y las siguientes memorias, que pienso, son las que desencadenan las primeras inquietudes que dan origen a este trabajo.

En mis tiempos de secundaria, al finales de los 90, siempre que salía de la escuela pasaba a comprar mi nieve de limón y mis frituras con salsa Valentina a la viejita que vendía nieves y chicharrones. Su lugar no era afuera de la secundaria junto con todos los demás puestos, no, su lugar era unas cuadras más adelante justo cuando comenzaba la subida “de *la Colonia*”. Era ese camino empinado y empedrado que dividía al pueblo en dos secciones: el centro, colina arriba y la pequeña colonia Anáhuac abajo. Era esa subida que en los días de sol era una verdadera tortura andarla con el sol de frente. Esa viejita, de trenza blanca y sombrero de paja, se ponía todas las tardes a la hora de la salida de la secundaria y primaria con su carretilla, su pequeña caja de cartón donde tenía las bolsitas de palomitas y chicharrones y el bote de nieve. Yo nunca fallaba, siempre apartaba los 5 pesos que me costaría comprar una nieve y unos chicharrones; y si no tenía dinero, me los apuntaba, tenía cuenta con ella. Era mi amiga. Incluso una vez fui, como cada año en miércoles de ceniza, a Amecameca, y le compré especialmente a ella su palanqueta y una barra de alegría. Pensaba en ella como si fuera mi propia abuela, como si yo fuera su única clienta y como si el hecho de no comprarle un día probablemente significara para ella no tener ninguna ganancia en el día, quizá no tendría entonces qué comer. No era cierto, pero así lo pensaba. Dos semanas después dejé definitivamente de comprarle, me dio tifoidea.

En otra ocasión, estando en misa, un viejito que llegó muy tarde se paró enfrente mí. Iba sucio y estaba demasiado encorvado, miré sus manos llenas de artritis, de trabajo, cuando nos tuvimos que hincar, el señor me dio tanta ternura que

disimuladamente lo empecé a acariciar de su chamarra. Mi hermana Lety me descubrió, y me hizo un gesto más de desagrado que de desconcierto. ¿Qué haces? después me lo preguntó directamente, a lo que yo simplemente le respondí: *Es que me gustan los viejitos.*

Ella se echó a reír y eso quedó en la larga lista de anécdotas y chistosadas que se han acumulado de mi niñez. Sobra recalcar que

son muchas y perduran hasta estos días. Después de la vergüenza cada vez que lo cuentan ya me da risa. Y no, no era que me gustaran, era más bien tristeza lo que sentía, ahora lo entiendo y uso las palabras correctas.

Así, reflexionando, creo que siempre he tenido una debilidad nostálgica por los ancianos, quizás porque me pregunto cómo seré yo a esa edad, que me depararán esos últimos años de mi vida si es que llego a ellos. Si alguien cuidará de mí, si me querrán, si seré una anciana feliz o si me veré como esos ancianos que me daban pena por lo solos y tristes que se veían. Si tendré la sabiduría suficiente como para vivir tranquilamente con el mundo.

Es por eso que este escrito lo hago por mi tío, por ser la persona más enigmática que he conocido, porque ahora que lo pienso, nadie lo conoció realmente, nadie supo realmente si fue infeliz o si así le gustaba vivir; si no tuvo opciones o si simplemente no quiso buscarlas. Nunca lo dijo.

ADULTOS MAYORES EN MÈXICO

En 2014 el monto de personas de 60 años y más es de 11.7 millones, lo que representa 9.7% de la población total.

La esperanza de vida actual en el país es de 74 años, y se proyecta que para el año 2050, la esperanza de vida será de 79 años.

Datos de la ENIGH 2012 indican que en el país hay 31.6 millones de hogares y en tres de cada diez (30%) vive al menos una persona de 60 años y más

FUENTES:

CONAPO 2013. *Proyecciones de población 2010-2050.*

INEGI. *Encuesta Nacional de Ingresos y de Gastos de los Hogares, ENIGH 2012.*

También lo hago por mí, porque por algo este tema me ha causado siempre mucha empatía. Porque estoy segura que no sólo a mí me duelen sus recuerdos, también a mis hermanos, a mis primos, a mis tíos y a mi madre. Porque para todos mi tío fue y será siempre un misterio. Porque su historia es parte de la nuestra como familia y esa no desaparecerá por mucho que la creamos olvidada.

1.2 Que se lo lleven al panteón

Mi tío Gabriel murió el 12 de febrero de 1995, es la única fecha que de él se sabe con certeza, el día en que nació, nadie lo recuerda. Murió muy temprano, tal y como cada mañana se levantaba.

Ese día yo llegué de la escuela, tenía 8 años. Entré a la casa y mi mamá estaba trapeando toda la casa. Cosa rara porque normalmente a esa hora estaba más apurada preparando la comida, que limpiando la casa tan hacendosamente, con las sillas arriba de la mesa y moviendo cada mueble para barrer cada rincón.

—*Ya vine... ¿y ahora?*— le pregunté muy extrañada-. Inmediatamente noté en su rostro algo raro y en él se dibujó esa sonrisa que hasta la fecha no he podido descifrar en mi madre, ese gesto del que se puede esperar todo, algo bueno, algo malo o un regaño, nunca se sabe, lo único que sé es que será importante.

—*¡Ay! es que qué crees, que tu tío Gabriel ya falleció el pobrecito y pues se va a velar aquí.*

La verdad en ese momento no sentí otra cosa más que sorpresa, sabía que ya estaba grande y enfermo de hipertensión, la cual había mermado su estable

condición de unos cuantos meses a ese día, pero sólo tenía dos semanas desde que lo habían internado en el hospital. No se había ido por enfermo exactamente, y tampoco era un hospital cualquiera. Mis papás y algunos de mis tíos habían trabajado ahí toda su vida, era un hospital que estaba en el pueblo y que es para enfermos crónicos. Ahí internaban a enfermos que no podían ser cuidados por sus familias, o eran abandonados y ahí se quedaban internados, era una especie de asilo. Cuando mi tío empezó a enfermar por su misma edad, se acordó que se internara ahí. No creí que muriera tan rápido, yo nunca lo vi en sí enfermo, creía que se quedaría ahí un tiempo más largo, incluso pensaba que mi abuelita, mucho más enferma en ese tiempo, moriría antes que él. No fue así.

Yo le pregunté a mi mamá que porqué se iba a velar en nuestra casa y no en la casa de mis abuelitos, cosa lógica ya que ahí era donde había vivido tantos años. Mi mamá me dijo que mi abuelito no quiso que se velara ahí; que él quería que sólo del hospital se lo llevaran a misa y después que se llevara al panteón a enterrar. Nada de velorios, al fin que ni era tanto de la familia. Mi madre se opuso a esa decisión

— Eran demasiados años los que él había estado en la casa, ayudando a mi papá en todo, como para que no se enterrara según las costumbres del pueblo. Eso no estaba bien- dijo mi madre.

Lo que siguió después es que mi mamá tomó la decisión de que mi tío fuera velado en nuestra casa. Y a pesar de la molestia de mi abuelito, no se opuso. En sí era el único que se oponía a que fuera enterrado como las costumbres lo

marcaban; mis tíos, al igual que mi madre, pensaban que lo mínimo que él se merecía era un velorio digno después de haber servido a mi abuelito más de veinte años, no como un familiar, pues mi abuelo y él eran primos hermanos, sino como su trabajador, casi su esclavo. Escribir ese calificativo, resulta duro y difícil de pensar y aún más de escribir, pero no encuentro otro.

Antes de que llegara el féretro, mi madre se

había encargado de avisar a todos los parientes. Casi toda la familia vive en la misma calle así que de inmediato fueron a ayudar para tener todo preparado. El pequeño patio trasero de mi casa donde estaba la lavadora, tendederos y herramientas de mi padre, se convirtieron en una cocina provisional. Llevaron la parrilla de mi abuelita y las ollas grandes donde se hace café y té. Compraron vasos, platos, y servilletas desechables. Afuera, en la marquesina del zaguán de mi casa, colocaron un moño negro.

En un pueblo como el mío, todos saben que alguien ha fallecido por una cosa en particular, las campanas de la iglesia empiezan a doblar. Alguien de la familia seguramente avisó en la parroquia del fallecimiento para que el repique fúnebre empezara a escucharse. Un repique largo y dos cortos. Así a intervalos espaciados durante el día.

PRINCIPALES OCUPACIONES DE LAS PERSONAS ADULTAS MAYORES

- Actividades agrícolas, ganaderas silvícolas, 25.04%
- Por cuenta propia, 20.46%
- Comerciante, 19.13%
- Servicios, 10.87%
- Reparación y mantenimiento, 4.63%
- Vendedor ambulante y ambulante en servicios, 3.77%
- Profesionista, 3.18%
- Empleado de comercio y agente de ventas, 2.73%
- Servicios domésticos, 1.19%

FUENTE:

CONAPRED. *Reporte sobre la discriminación en México 2012*. Dirección URL: <http://www.conapred.org.mx>

Cuando el féretro llegó a casa estábamos mi mamá, mis hermanos y mi tío Memo, él se había encargado de casi todo el papeleo para sacar los restos y trasladarlos a la casa. El féretro era gris y de terciopelo. No hubo lágrimas, sólo un silencio ensordecedor, como si cada quien, en sus pensamientos, deseara que en la otra vida le fuera mejor, se lo merecía.

Al paso de las horas y conforme la noche iba avanzando, la gente llegaba, casi toda era familia y después algunos vecinos que se sorprendieron en un principio al ver que había difunto en mi casa, cosa rara pues éramos una familia de padres jóvenes e hijos pequeños. Quizás no ubicaban bien a mi tío pero cada uno llevaba, como es la costumbre, algo de azúcar, sirios, café o cualquier otra cosa que después se necesitaría durante los nueve rosarios.

Yo tenía sólo 9 años, iba en cuarto de primaria, y en esos momentos mi mente se centraba en un dilema: irlo a ver a su ataúd o no. Qué aspecto tendría, si sería un rostro de dolor o de infinita paz. Al fin, y después de pensarlo tanto, decidí acercarme, pero no vi nada, su rostro estaba tapado con una sábana blanca. Después mi hermano Álvaro, de 12 años por aquel entonces, me contó que cuando él se acercó notó algo que, ahora que está estudiando enfermería conoce según los procedimientos de amortajamiento, todo envuelto en una sábana blanca y a la altura del pecho, una cinta adhesiva donde estaban escritos sus datos de identificación.

A la mañana siguiente, su hermano Isidro estaba sentado en el sillón de la sala. Era su único hermano. El que siempre estuvo ausente, el que sólo llegaba a ir en

las fiestas de mayo del pueblo, el que tenía una esposa que, según una de mis primas, era una bruja, no por mala, sino por su nariz afilada y sus largas uñas. Era el hermano que, aunque tenía dinero, o al menos lo tenía en esos tiempos ya que tenía un buen trabajo en una cementera, no se ocupó ni preocupó de él. En realidad tenía buenas razones para no hacerlo, tenía una familia con esposa y tres hijos, además de que con ellos ya vivía una hermana de su esposa que desde que nació padecía cierto retraso mental, por lo cual, su hermana, era quien se ocupaba de ella. Ante esta situación, nunca hizo por ocuparse de su herma, creo que en cierto modo no podría aunque hubiese querido. Al menos fue al sepelio.

También llegó su sobrina Laura, ella era hija de una media hermana de mi tío, de los Almanza, como se les identificaba en la familia. Ellos agradecieron mucho a mi mamá y mi abuelo todo lo que habían hecho por él en esos años y en sus últimos días. Le dio mil setecientos pesos como ayuda para el sepelio.

El cortejo fúnebre fue el más sencillo que en mi familia se ha visto. Normalmente, se lleva una banda o un mariachi que acompaña al cortejo durante el camino a la iglesia y después al panteón. En esa ocasión no fue así, no hubo música, como se acostumbra en el pueblo acompañar a los difuntos. Para mí fue un entierro de lo más triste y sencillo. Mi hermana Lety, la mayor de mis hermanos, y que en ese entonces tenía 20 años, recuerda la rabia que le dio al percatarse, cuando el féretro iba hacia la iglesia, de que nadie tuvo el decoro de quitarle el precio al ataúd. Ni siquiera se preocuparon de quitarle la etiqueta. Era barato, muy barato.

En su epitafio sólo se leía: *Gabriel Sánchez Islas. Fallecido a la edad de 86 años. Recuerdo de sus familiares.* Nadie recuerda haber visto a mi abuelito en el velorio y tampoco en el panteón.

1.3 El comienzo del final

Mi tío empezó a mostrar signos de decadencia en su salud cuando sus movimientos eran mucho más lentos y su caminar, siempre erguido, se figuró de repente encorvado. También, mientras perdía destreza en las tareas, los regañones de mi abuelo eran cada vez más frecuentes y fuertes.

Había días en los que no se levantaba tan temprano como de costumbre. Algunas veces amanecía mareado, quizá la presión y el azúcar

se iban descompensado cada vez más, pero el remedio a ese mal era comer un dulce. Nunca decía si le dolía algo. Cuando de plano no se levantaba para nada, entonces mi mamá o alguna de sus hermanas llamaba al doctor. Casi siempre lo atendía mi tío Raúl, quien es médico y por supuesto con quien acudía casi toda la familia cuando se trataba de enfermedad.

La situación se hizo más difícil cuando en la noche tenía desvaríos cada vez más fuertes. Por las noches, cuando todo mundo dormía, de pronto se oían golpes en las paredes. Mis tíos se levantaban y lo veían ahí, con una piedra golpeando la

DEFINICIÓN DE ENVEJECIMIENTO

Podría definirse como la pérdida de la capacidad del organismo a adaptarse a su medio ambiente, lo que requiere especial atención sanitaria. Esta etapa comprende un amplio conjunto de procesos biológicos, psicológicos y sociales relacionados con la vida después de la edad madura, incluyendo aspectos positivos y negativos; no se limita al declive de las estructuras y funciones corporales y a las secuelas en el funcionamiento y la participación social, también involucra aspectos como procesos patológicos previos, ganancias psicológicas (experiencia) y sociales (envejecimiento activo) en las etapas avanzadas de la vida.

FUENTE:

Felipe Melgar Cuellar, Eduardo Penny Montenegro. *Geriatría y gerontología para el médico internista..* Grupo editorila La Hoguera, Bolivia 2012. Pág. 27

pared de adobe de su cuarto. Golpeaba con fuerzas, con coraje, con dolor y con rabia. Quería tirarlo. No podían detenerlo, aún era fuerte. Se defendía, incluso se iba a los golpes. Nunca decía nada a pesar de que le insistían el porqué de querer tirar el cuarto. Otras veces se dedicaba a romper sus pocas ropas y a patear su pequeño ropero, cuando se daban cuenta, sólo estaba sentado en su catre, riendo alegremente en medio de su propio desastre.

La medicación era por presión arterial alta, sus desvaríos, según recuerdan mis tías, pues ya eran normales de su edad, nunca lo medicaron contra la demencia senil. Era normal para su edad. En las mañanas era mi tía Oliva la que se encargaba de darle su medicina, en las noches era mi mamá la que iba a darle una vuelta. Ella siempre le pedía a mi hermana Vianey que la acompañase porque era noche, estaba oscuro y no alcanzaba el foco del cuarto de mi tío. Así pasaban los días, y su salud era tan impredecible como el tiempo en el mes de enero.

La situación se hizo, para todos, insostenible. Mis tíos trabajaban y además mi abuelita también necesitaba atención total, en aquellos tiempos la dializaban tres veces al día, a causa de la diabetes avanzada que padecía. Nadie tenía tiempo y no podían cuidar a alguien más. Sí, es feo escribirlo, pero creo que era una carga que, incluso entre los diez hermanos, era complicada llevar.

Una noche se acordó una junta familiar para tomar medidas en el asunto. En mi familia siempre se hacen esas juntas para cualquier cosa, que si organizar una posada, que si las fiestas, que si todo. En esa ocasión mis tías y mi madre manifestaron que ya no podrían cuidar a mi tío y que la situación iba a empeorar

cada vez más. Entonces llegaron a la conclusión de internarlo en el hospital, ahí podrían atenderlo mejor y los costos correría por los todos los hermanos.

La cuota que se debía cubrir en el hospital era de unos 500 pesos al mes, fue una cuota baja en consideración a que mi madre y tres tíos más eran empleados del hospital. Además, a cambio se pidió que tres veces a la semana uno de mis tíos se ocupara de bañarlo (actividad que le tocaría a mi tío Memo) y se llevaran semanalmente la respectiva dotación de pañales que él necesitara.

Se lo llevaron un poco a la fuerza, se resistía un poco pero, otra vez no dijo nada, no reclamó.

Qué habrá pensado, cómo se sintió en esos días en los que al menos estaba rodeado de más personas igual que él. No lo sé. Pero definitivamente a su edad ya no estaba en condiciones adaptarse a otro ambiente.

En el hospital estaba en el servicio de geriatría hombres, donde había personas iguales o en peores condiciones a las de él. Lo primero que detestó fue la disciplina de bañarse todos los días a las 6 de la mañana. Para una persona que en su vida cotidiana se bañaba cada ocho días, hacerlo de un día para otro diariamente es un suplicio. Cuentan que siempre se resistía, les pegaba incluso a los bañeros y enfermeros, era de los pacientes más agresivos. Era fuerte a pesar de su edad, había que hacerlo entre tres personas, a veces entre cuatro. Y así, irónicamente, un día ya no aguantó más y del coraje murió. Eso es lo que cuentan.

La noticia se supo porque autoridades del hospital se comunicaron con mi tío Memo quien había quedado como familiar responsable. La causa de muerte fue un infarto al miocardio. Según le contaron a mi tío, esa mañana los bañeros del hospital lo asearon y después lo llevaron a su cama, ese día estuvo especialmente inconforme y enojado pues, como siempre no quería bañarse; tampoco quiso desayunar casi nada, momentos después entró en paro. En el acta de defunción se lee: muerte natural.

MORTALIDAD

De acuerdo a las estadísticas de mortalidad, de las 602 mil muertes registradas en 2012, 61.9% corresponden a personas de 60 años y más.

Las principales causas de mortalidad son por enfermedades crónico-degenerativas, entre las que destacan:

- La diabetes mellitus (16.9%),
- Las enfermedades isquémicas del corazón (16.5%),
- Las enfermedades cerebrovasculares (7%),
- Padecimientos crónicos de las vías respiratorias inferiores (5.9%),
- Las enfermedades del hígado (4.5%)
- Las enfermedades hipertensivas (4.3%)

En conjunto, estas seis causas concentran 55.1% de los fallecimientos ocurridos en este grupo poblacional.

FUENTE:

INEGI. Estadísticas de mortalidad, 2012

Lo cierto, es que ya tenía una disfunción cardíaca propia de su edad. Efectivamente el coraje y la molestia de ese acto matutino le provocaron un paro cardíaco del que nunca más salió. Fue rápido, sufrió poco, y ese es el único consuelo que queda.

1.4 El hombre que llegó del norte

Los lazos familiares de mi tío Gabriel se remontan a mi bisabuela Pascuala (mamá de mi abuelito materno, Filemón). Ella tenía tres hermanas, una de nombre Marciana, luego Felisa y la mamá de mi tío Gabriel de quien nadie recuerda con exactitud su nombre, pero todos coinciden en que quizá su nombre era Inés.

Todas nacieron y crecieron en el mismo pueblo (Tepexpan Edo. de México). Igualmente se casaron ahí y formaron su propia familia; sin embargo Inés se estableció con su marido en un pueblo llamado Apaxco, en el norte del Estado de México, el lugar de donde es la cementera del mismo nombre. Eran los principios del siglo XX por ahí de 1905.

Sin embargo, y como recuerda mi abuelito Filemón, nunca se supo nada de ella ni de su familia hasta que su tía Felisa, muchos años después, se presentó un día con quienes se llamaban sus sobrinos, de nombre Isidro y Gabriel, hijos Inés quien ya había fallecido. Para entonces, ellos ya eran hombres adultos. Isidro ya estaba casado, pero Gabriel, el más joven era aún soltero. Era el año de 1964, mi madre lo recuerda bien pues ella tenía 15 años cuando conoció a sus nuevos tíos. Él ya era un hombre que parecía más joven de lo que era en realidad, sin embargo ya había pasado los 40 años.

Según varias versiones de mi abuelito, mi madre y mis tías, los dos hermanos vivieron siempre en Apaxco. Ahí trabajaron en la cementera hasta que un día los liquidaron, quizá por motivos de grilla, así lo recuerda mi abuelito. Fue entonces que, viéndose solos, pues sus padres ya habían fallecido, decidieron tomar sus ahorros y probar suerte en la Ciudad de México. También aprovecharían para buscar a la familia de su madre que nunca habían conocido.

Así llegaron a la ciudad donde se emplearon en la fábrica de Coca-Cola. Eran obreros, aunque Gabriel, siempre tímido, era una especie de asistente de su hermano quien siempre supo relacionarse mejor.

Fue entonces, que localizaron, nadie sabe cómo, a la tía Felisa, hermana de su difunta madre. Ella, por lo menos a Gabriel, lo recibió dándole hospedaje en un cuarto pequeño que tenía en el mismo edificio donde ella vivía en la colonia Roma.

Tiempo después, Felisa los presentó con las otras dos hermanas quienes vivían en el pueblo de siempre. El recibimiento de mi bisabuela Pascuala, no fue más que cándido y afectuoso desde el primer momento, al ser hijos de una hermana que no volvió a ver jamás, tener a sus sobrinos en casa, era un poco tenerla a ella. Es a partir de entonces como mi tío llegó a nuestras vidas.

Mi madre y sus hermanos, eran entonces unos chamacos, plena década de los 60, mi madre la mayor de sus hermanos apenas tenía 15 años, cuando su tío Gabriel comenzó a visitarlos. Los lazos familiares se fueron consolidando poco a poco hasta que las visitas de aquel tío se hicieron cotidianas cada quince días, y por supuesto, no podía faltar la visita durante las fiestas del pueblo en el mes de mayo.

Esos días de visita eran esperados con ansia para mi madre y todos sus hermanos, sobre todo porque siempre traía regalos.

—Eran pequeños e insignificantes quizá, pero para un niño, y con las carencias que teníamos, esos detallitos nos hacían el día— cuenta mi madre— los regalitos no eran más que lápices, gomas, charolas, cuadernos y yoyos. Todo con el logotipo de Coca cola, que era donde entonces trabajaba mi tío. También eran afortunados esos días porque el tío llegaba con dos bolsas grandes de pan, el cual, después, era repartido entre los once chamacos que vivían en la casa.

—A nosotros no nos importaba de dónde o porqué él era nuestro tío, a nosotros sólo nos importaban los regalitos y el pan con el que llegaba siempre — cuenta entre risas mi tía Hilda.

—Siempre llegaba bien arregladito y con sus zapatos perfectamente boleados. Saludaba con mucho cariño a su tía Pascuala, y ella a su vez lo esperaba, cada quince días en domingo, con una buena comida. Después sacaba su bolsa del pantalón un fajo grande de billetes y nos daba domingo a los niños— cuenta mi madre—. Con la cantidad que fuera de dinero, era suficiente para que todos los chamacos fueran a dar una vuelta a la plaza y chacharear un rato, a veces saca el billete de 25 pesos para repartirlo entre todos, que antes eran una fortuna, otras nos daba monedas, de a 2 pesos por chamaco. Incluso a su tía Pascuala le daba sus centavos cada vez que podía.

Así es como Gabriel se fue integrando a la familia. Ya después incluso mi abuelo Filemón, su primo, lo honró con hacerlo compadre y apadrinar a uno de sus 11 hijos, Miguel Ángel, en su primera comunión.

— Ya cuando mi papá lo hizo compadre, fue cuando lo aceptó completamente, porque hasta entonces, guardaba sus reservas. No sé quizá no sentía que fueran realmente familia, pero ya siendo compadre ya había un lazo. Después, cuando llegaba, a quien le iba mejor era a su ahijado, si a todos nos daba 2 pesos, a él le daba 5. Otras veces llegaba con zapatos y ropa para su ahijado. Es lo que hace un compadre.

Tiempo después, tanto Isidro como Gabriel presentaron en la casa a su media hermana de nombre Socorro y su esposo Enrique, quienes vivían en Xochimilco. Ellos ya no eran familia porque Socorro no era hija de la mamá de Isidro y Gabriel, sino del papá de ellos con otra señora. Aún así, cuentan mis tías, se les recibió bien y, otra vez, mi abuelo los hizo compadres, ahora apadrinado a mi tío Rodolfo. Siempre había alguien a quien apadrinar, así que entre más opciones, mejor.

A pesar de que Gabriel tenía un buen trabajo, mi abuelo cuenta que trabajaba en Coca-Cola nadie sabe exactamente de qué, pero su salario era suficiente para vivir tranquilamente y nunca sintió la necesidad de sentar cabeza, o formar una familia, casarse. Sin embargo, cuando llegaba al pueblo en las fiestas de mayo, siempre venía acompañado de una “amiguita”. Una diferente cada año, a veces eran claramente más jóvenes que él aunque también llegaron a acompañarlo mujeres, que se veía, dicen mis tías, más grandes, o de su edad, unos cuarenta y tantos. Y era en esas fiestas cuando más alegre se le veía y sobre todo, echando la copa, es lo que dicen, porque normalmente, y a pesar de los regalos que llevaba, era un hombre serio, más bien tímido y de pocas palabras.

*— Si tú le preguntabas algo, claro que te respondía pero no era muy platicador—
recuerdan mis tíos—. Eso sí, le gustaba tomar. Sólo en esas ocasiones, recuerdan
mis tíos era cuando platicaba con más soltura, porque normalmente, era muy
callado, amable y educado, pero siempre de pocas palabras.*

Nunca se casó, aunque cuentan que tuvo una hija. Mi tía Hilda recuerda que una vez que Socorro se la llevó con ella a la ciudad para pasar unos días con las hijas de ésta, fueron un día donde el tío Gabriel vivía en la Roma. Mi tía iba acompañada de Laura, hija de Socorro, quien sugirió irlo a ver para ver si las daba dinero. Llegaron y subieron las escaleras de ese edificio y hasta la azotea había un pequeño, pequeño cuarto, donde él vivía. Tocaron y aunque en principio no les abrieron, seguro que había alguien ahí dentro pues se oían voces, y sobre todo, lo que llamó la atención de mi tía, fueron los chillidos de un bebé. Por fin mi tío salió a la puerta, pero sólo atinó a decirles que se fueran, que no tenía dinero y que además ya era tarde para que ellas anduvieran fuera.

—Nunca vi ni al niño ni a la señora, pero no había duda, estaban ahí con él — asegura mi tía.

Así pasaron varios años hasta que un día sin más se quedó sin trabajo, para entonces ya casi 60 años. Nadie sabe qué fue exactamente lo que pensó o porqué decidió que la mejor opción era irse donde su tía. Quizá, se vio solo, sin familia propia y con un hermano que más bien estaba ocupándose de su propia vida. Lo cierto es que fue entonces que las visitas a casa de su tía Pascuala, mi bisabuela, se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Si habló directamente con mi bisabuela sobre irse a vivir a la casa, nadie lo sabe, lo que si recuerda algunas de mis tías es que varias veces mi bisabuela le decía:

—Tú vente hijo, aquí a ver a dónde te acomodas pero aquí te puedes quedar— .Y así lo hizo.

Por supuesto que lo primero que hubo fueron pleitos entre mi bisabuela y su hijo, mi abuelito Filemón, quien no estaba de acuerdo en que él se mudara.

Quizá sentía celos, pues él era el único hijo, con toda su familia (esposa y 11 hijos) que vivían en esa casa, y por supuesto el heredero de esa propiedad, es lo que piensan mis tías, aunque mi abuelo nunca externó la razón por la que no lo quería en esa casa.

Así, cuenta mi madre, él solito fue buscando donde quedarse. Y eligió el “cuarto chico” como siempre le decíamos al pequeño cuarto de adobe, el último de casa, donde se guardaban las semillas y demás triques. Trajo su catre y sus pocas pertenencias.

—No eran muchas — dice mi mamá— porque donde vivía en la ciudad era un cuartito igual o más pequeño donde sólo había su cama, un buró, una pequeña mesa y un roperito. Era un cuarto de azotea donde sólo había una pequeña ventana, que ni siquiera lo era, era sólo una ventilación donde pasara el aire.

Al principio mi tío sólo se levantaba, se arreglaba, desayunaba y se salía a la calle toda la mañana para dar la vuelta y visitar a sus amigas en el pueblo. Quién sabe si era verdad o no, pero es la versión que mis tíos recuerdan. Ya se aparecía después hasta la hora de la comida. Eso sí, siempre le dejaba a mi abuelita Clarita, quien era la que cocinaba, el dinero suficiente para cubrir sus tres alimentos durante toda la semana. Así estuvo un tiempo, hasta que un día se le acabaron sus ahorros. Cuentan que si los malgastó, nunca quiso hacerse de su propia casa. Incluso mi abuelito, desde los tiempos en que se veía que estaba

desahogado económicamente, al igual que su hermano, siempre les sugería que comprasen un terreno ahí en el pueblo, pues estaban más baratos que en la ciudad, y que construyeran sus cuartos. Ninguno de los dos hizo caso. Ellos vivían en la Ciudad y sólo iban de visita.

Las vueltas que da la vida, mi tío Gabriel terminó sin nada y acomodándose en casa de la tía, que para entonces, ya era más bien de mi abuelito, su primo. Y sí, viviendo de arrimado.

1.5 El abuso. La figura que fue y sigue siendo

El abuso es la figura que siempre acompaña el recuerdo de mi tío Gabriel y siempre aparece la

figura de mi abuelito en ella. Su primo Filemón y quien hoy pasa ya sus últimos días. Él era su único inquisidor, la persona que siempre lo anulaba como ser humano sin importarle si estaba bien o mal. Claro que si se lo preguntabas en aquellos días como ahora en su silla de ruedas, él sostiene que lo regañaba porque no hacía bien las cosas. Sólo por eso. No había hora en que no mereciera un regaño a gritos, a pesar de que él cumplía cabalmente lo que le mandaba. Era lo único que hacía, obedecerlo.

VIVIENDA Y ADULTOS MAYORES

La posibilidad de habitar una vivienda cuyas características satisfagan los requerimientos mínimos de higiene, abrigo, privacidad y comodidad, constituye una necesidad básica; por tanto las personas que no cuentan con estas condiciones están en una situación que afecta su desarrollo y calidad de vida.

La Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2012 muestra que:

- 17.7% de los adultos mayores reside en viviendas con un hacinamiento mayor a 2.5 personas por cuarto,
- 3.4% habitan viviendas que presentan carencia por piso de tierra;
- 1.8% habita en una vivienda con techos de lámina de cartón o desechos
- 1.4% lo hace en viviendas con muros de barro o bajareque; de carrizo, bambú o palma; de lámina de cartón, metálica o asbesto; o material de desecho.

FUENTE:

Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos en los Hogares (ENIGH). INEGI 2012.

Dirección URL: <http://www.inegi.org.mx>

Escenas como esas había diario, pero una entre todas es la que mi hermana Vianey nunca olvida.

Un día mientras ella estaba en la casa como haciendo cualquier cosa, oyó como mi abuelito gritaba y gritaba, sin duda regañaba a alguien y tampoco era extraño oírlo. Sin embargo, los gritos eran tan fuertes que llamó su curiosidad y salió al patio. Ahí la puerta de fierro negra que dividía nuestra casa de la casa de mis abuelitos, estaba cerrada. Quería abrir la puerta y salir a ver qué era lo que pasaba, a quién le gritaba, pero algo la detuvo, así que sólo se limitó a asomarse por unos pequeños hoyos que tenía esa puerta. Desde ahí, dice, lo

único que vio fue como a lo lejos se veían unos pies arrastrándose. Eran los pies de mi tío, los reconoció por los zapatos. Alguien lo iba arrastrando por el empedrado. Sin duda era mi abuelito, arrastrando a una persona como si fuera un animal, como un lastre que le pesaba y al cual odiaba, así siempre pensó de él. No se atrevió a salir y sólo pensó y deseó que mi abuelo no lo hubiera lastimado.

MALTRATO AL ADULTO MAYOR

El maltrato se define como «un acto único o repetido que causa daño o sufrimiento a una persona de edad, o la falta de medidas apropiadas para evitarlo, que se produce en una relación basada en la confianza».

Tipos de Maltrato

- Maltrato Físico:

Uso de la fuerza física en contra de un adulto mayor que daña su integridad corporal, puede provocar dolor, lesión y/o discapacidad temporal o permanente, y en casos extremos, la muerte.

- Maltrato Psicológico:

Acciones que producen angustia, pena, estrés, sentimientos de inseguridad, baja autoestima, y/o agreden la identidad, dignidad y respeto de la autonomía de una persona mayor. Se manifiesta a través de insultos y agresiones verbales, amenazas de aislamiento, etc.

- Abuso Sexual:

Cualquier acción de carácter, significación o connotación sexual con una persona mayor sin su consentimiento, empleando la fuerza, amenaza y/o engaño, aprovechándose de su deterioro físico o psíquico. Puede manifestarse en forma abierta o encubierta mediante gestos, palabras, insinuaciones, caricias, exhibición de genitales o violación.

(Continúa siguiente página...)

Cuando en la noche mi mamá llegó de trabajar, Vianey inmediatamente le contó lo que sucedió, pero mi madre no dijo nada. Hoy cuando mi hermana le recuerda eso a mi mamá ella dice que no es posible que ella no dijera o no hiciera algo. Pero todos sabemos que efectivamente no hizo nada. Es la influencia e intimidación que mi abuelo ejerce sobre todos, sobre mi abuelita, sobre sus hijos, incluso sobre todos sus nietos. Nadie se opone a él. Nadie, incluso hoy que pasa sus días en una cama o en una silla de ruedas, nadie se atreve a contradecirlo. Nadie lo trata ni siquiera con el mínimo desprecio con el que él trató tantos años a su primo, a su esposa y a sus hijos. Nadie, y a veces pienso que bien merecido lo tendría.

Otros también cuentan que en sus jornadas en el campo en que los dos sembraban el frijol o el maíz en las tierras ejidales de mi abuelo, sin más ayuda que las herramientas de mano, abriendo uno a uno los surcos de la tierra para sembrar las semillas. Sus jornadas eran prácticamente desde el alba hasta que la luz del sol se los permitiera. Era ahí cuando sufría los más harteros abusos, nadie

- **Abuso Patrimonial/ Económico:**
Mal uso, explotación o apropiación de los bienes de la persona mayor por parte de terceros, sin consentimiento o con consentimiento viciado, fraude o estafa, engaño o robo de su dinero o patrimonio.

- **Negligencia:**
Es el incumplimiento por deserción o fracaso de las funciones propias del cuidado para satisfacer las necesidades vitales de una persona mayor como higiene, vestuario, cuidados médicos, etc.

La negligencia puede ser activa o pasiva:

a) **Negligencia activa:** Ocurre cuando el cuidador por prejuicio o descuido deja de proveer a la persona mayor los cuidados necesarios para su condición, cuando por sí mismo no es capaz de proveérselos. Es un descuido intencional y deliberado.

b) **Negligencia pasiva:** Cuando el cuidador no provee los cuidados necesarios a una persona mayor. Ocurre por ignorancia o porque es incapaz de realizarlos. Es un descuido involuntario.

- **Abandono:**
Se produce cuando cualquier persona o institución no asume la responsabilidad que le corresponde en el cuidado del adulto mayor, o que habiendo asumido el cuidado o custodia de un adulto mayor lo desampara de manera voluntaria.

FUENTES:

OMS
Red de Adultos Mayores. Dirección URL:
<http://www.redadultosmayores.com>

los veía, sin embargo, varios vecinos, parientes o conocidos que también trabajaban en las tierras aledañas a las de mi abuelo, quienes contaban que era ahí cuando llegaba a golpearlo o a tirarle piedras. Sin embargo, eso es sólo lo que la gente cuenta.

Lo que si mis tías cuentan abiertamente es que cuando, recién había llegado mi tío, y cuando por fin no hubo otra opción para él mas que ayudar en el campo a cambio de quedarse en la casa, mi abuelo lo humillaba por no saber trabajar. Hasta entonces, jamás había trabajado la tierra. Mi abuelo le gritaba porque no sabía agacharse:

— *¡Abre las patas te estoy diciendo, o qué, eres puto!*— le gritaba cuando, para agacharse, mi tío lo hacía con las piernas juntas. No había algo que le produjera más rabia a mi abuelo que el hecho de, según él, ni siquiera agacharse correctamente sabía. Entonces, a gritos, él agarraba fuertemente las piernas de mi tío tratando de abrirlas.

— *Era algo que me daba coraje— recuerda una hermana de mi madre, porque casi se lo quería comer a gritos. Y odiaba el maldito tono con el que gritaba, recuerda. Todos lo odiamos.*

La hora de la comida era un suplicio de aguantar y aguantar el mal carácter de mi abuelo descargado contra mi tío principalmente. Cualquier tontería era suficiente para amargar el rato que debía transcurrir en santa paz.

Mi abuelita Clarita, siempre consentidora de todo el mundo, preparaba la comida con esa sazón que hasta ahora no he vuelto a probar jamás. En la mesa siempre

los platos servidos, calientes y sabrosos y, para dar un pequeño gusto a mi tío, de los pocos que podía disfrutar, le tenía siempre junto a su plato un chile verde.

— A él le gustaba comer así —relata mi hermana Lety— lo comía con tantas ganas que hasta se antojaba. Pero le picaba, te podías dar cuenta cuando empezaba a sudar y a hacer ese ruido que todo mundo hace cuando algo está picoso. Tomaba entonces grandes tragos de agua, agua sucia, como él le llamaba al agua de sabor. No le molestaba, lo disfrutaba. Obvio a mi abuelo si le molestaba y entonces su eterna frase gritada y al mismo tiempo cantada de:

— ¡Te estoy diciendo, ya te está picando otra vez. A ver, ya estas sudando. Te

estoy diciendo que no comas! —Y así hasta que se cansaba de regañar y sacudir las manos con coraje.

Era molesto, ver cómo humillan a una persona sin sentido y peor cuando el humillado jamás se defiende. La escena se volvió tan repetida y cada vez más

PRINCIPALES ENFERMEDADES EN EL ADULTO MAYOR

A nivel mundial, los problemas de salud más frecuentes en la población adulta mayor son las enfermedades crónicas, como las cardiopatías, cerebro vasculares y pulmonares.

En México se reporta que los principales padecimientos en adultos mayores, hombres son:

- La diabetes (18.9%)
 - La hipertensión arterial (18.8%)
 - Artritis (10.1%)
 - Infarto (5.1%)
 - Enfermedad pulmonar (4.7%)
 - Embolia (3.3%)
 - Cáncer (1.1%)
- Para las mujeres adultas mayores:
- La hipertensión arterial (26%)
 - Diabetes (24.6%)
 - Artritis (21.2%)
 - Enfermedad pulmonar (6.1%)
 - Infarto (3.1%)
 - Cáncer y embolia 2%

FUENTE:

Encuesta Nacional de Salud y Envejecimiento en México. ENASEM 2012.

agresiva al punto que mi abuelita optó por dar de comer primero a mi tío y luego a mi abuelo con todos en la mesa. Y santo remedio.

La ignominia se presentaba en cualquier situación y aumentaba mientras mi tío perdía fuerzas, oía cada vez menos y envejecía más. Algunas veces, como todo anciano que va perdiendo control sobre sus capacidades biológicas básicas, mi tío mojaba la cama de vez en cuando. Si mi abuelo se enteraba, nadie sabe porqué o cómo pero siempre se enteraba, se enfurecía; acto seguido le gritaba y lo llevaba a la pileta grande donde estaban los lavaderos de la casa para echarle agua fría mientras lo regañaba.

Y uno se pregunta, cómo nadie intercedía por él. Nadie, no había quien se le pusiera a mi abuelito, aunque nos dolía y sentíamos feo. Se lamentan mis tías y hasta yo misma, cuando de niña también veía eso.

Y sin embargo, y sin juzgar porque a nadie corresponde eso, hoy mi abuelito pasa sus días de hace 13 años, sin poderse mover, postrado en una cama o en una silla de ruedas, acompañado sólo de su televisión la mayor parte del día.

1.6 De lo malo, sólo los buenos recuerdos

A pesar de la soledad y el aire de tristeza que evoca recordar a mi tío Gabriel, los recuerdos colectivos que de él tenemos siempre sacan una sonrisa y varias carajadas. Tanto, que a veces pienso que en realidad él no se sentía tan solo como siempre pensamos, al contrario, creo que para él todos nosotros éramos su familia, siempre tenía algo que hacer, alguien a quien mirar y observar; travesuras

de las cuales reírse o fastidiarse; amaneceres y atardeceres que contemplar. Quizá eso le gustaba, quizá por eso nunca buscó irse a otra parte. Nunca quiso construir un patrimonio propio, a pesar de la insistencia de varias personas cuando era más joven. También tenía más familia, incluso más cercana, un hermano de sangre y una media hermana, pero nunca quiso irse con ellos. Quizá ese era su lugar

Vestía siempre con pantalón de vestir gris Oxford y camisa blanca a rayas muy finas, zapatos con suela de goma amarilla y un sombrero de paja. Alto y muy delgado. Su tez era muy morena a causa de las largas jornadas en el campo bajo el sol inquisidor. Su cabello era canoso, casi blanco. Algo que siempre llamaba la atención, eran sus dos dientes dorados. Dicen que eran de oro, cuando en aquellas épocas estaba de moda que la gente que tenía dinero, se daba el gusto de mandarse a hacer piezas dentales o coronillas de oro. Él tenía uno completamente de oro y el otro sólo tenía el contorno dorado. Esa risita disimulada y callada dejaba asomar esos dientes grandes, blancos y con aplicaciones de oro que a todos los primos nos impactaban.

Su cuarto era lo que todos llamábamos “el cuarto chico. Y es que era más bien una especie de granero donde se guardaban los tambos con maíz, frijol y trigo que se cosechaba de las tierras de mi abuelito, también había herramientas y cuanto trique se pudiera imaginar. Él sólo dormía ahí. Era de adobe, como toda la casa, y con techo de lámina. Dormía en un catre que estaba a un lado de la puerta color roja, de madera apolillada y que sólo se cerraba con un cordón amarrado a un pequeño clavo. Se iluminaba con un foco pequeño como de 60 watts que estaba

puesto improvisadamente, pues en sí no tenía apagador, sólo se prendía o apagaba girando el mismo foco. Enfrente de su cama estaba un roperito donde guardaba las pocas cosas que tenía. En la cabecera de su catre tenía sus santitos, uno de ellos era un rostro de Cristo ensangrentado y muy tétrico. El olor del cuarto chico era muy particular, sólo sabemos que olía a “viejito”. Era el cuarto de todos los nietos, el escondite perfecto a la hora de jugar a las escondidillas; donde nos encantaba brincar en su catre o simplemente tirarnos en él. También a los castigados los encerrábamos ahí. No teníamos ningún sentido de respeto por sus aposentos. Éramos niños e invadíamos todo lo que se podía.

Siempre había alguien en la casa, siempre niños, todos los primos (incluida yo) que andábamos jugando por todo el campo. Y no éramos pocos, venidos de un matrimonio con 11 hijos, sumamos más de treinta nietos. Los domingos la aglomeración pueril crecía, y con ella las travesuras.

La infaltable era cuando espiábamos al tío. Cuando se iba a dormir, siempre a eso de las ocho de la noche, lo más sigilosamente posible, espiábamos por las rendijas de su puerta, ya que veíamos que se empezaba a alistar para acostarse nos empujábamos estrepitosamente abriendo su puerta, acto seguido pegábamos la carrera carcajeándonos por el susto y el brinco que había pegado el tío. Esa broma se repetía muy a menudo. Incluso traspasó generaciones porque los primos más grandes cuentan que también la hacían. Yo creo que ya hasta se la esperaba cada domingo, y sí, nunca fallaba. A lo mejor también se divertía y otras veces quizá lo hartábamos.

Él trabajaba todos los días, su primer quehacer era ir por la leche a casa de Doña Chavela que era la que poseía vacas. Y así, cuando salíamos rumbo a la escuela, nos topábamos con él que ya venía de regreso con sus dos botes de leche en cada mano. Después del desayuno su principal tarea se centraba en ayudarlo a mi abuelito en el campo. A mi hermano Álvaro le causaba gracia que mi abuelito siempre le gritaba, regañaba, mandaba y hablaba enérgicamente, pero ante todo lo llamaba “compadre” (porque lo eran). Y él respondía con un sumiso “sí compadre”. A no ser por el mote de compadre, todos sus demás diálogos eran los que tiene un patrón hacia su trabajador. Sin tono de aprecio ni respeto.

Las tareas que mi abuelito le encomendaba a mi tío eran tanto necesarias como absurdas. Una muy absurda era ponerlo a quitar el pasto que crecía entre el empedrado. Todo el patio de la casa de mi abuelita era de empedrado. Así, veías a mi tío bajo el rayo del sol, hincado y con oz en mano, cortar cada pequeño pastito entre las piedras.

Otra tarea inútil era cortar el pasto que crecía a las orillas de un caño que estaba ahí en el paso, había una pequeña viga de madera por la que cruzábamos. Por la humedad del caño, siempre crecía preponderantemente el pasto en todo lo largo de éste. También podía estar horas mi tío, en cuclillas o hincado, cortando el pasto. Como ese caño estaba casi enfrente de mi casa, podía ver desde la ventana cómo mi tío sudaba y sudaba, sacaba su paliacate rojo una y otra vez para pasarlo por su frente y secar el sudor. Era de las imágenes que más tristeza causaba, trabajar tanto por algo tan innecesario. Recortar el pasto de un caño que

podías cruzar de un solo brinquito. Bueno, aunque también es cierto que aun con el pasto recortadito nunca faltaba el menso que metía su pie al caño.

Mi mamá entonces mandaba a cualquiera de nosotros a llevarle un vaso con agua a mi tío, incluso, muchas de las veces la iniciativa era de uno. A esa hora siempre había agua de limón o de cualquier otra fruta que se hacía para la comida. Se la tomaba de corrido y a grandes tragos. Siempre le llevábamos un vaso grande. Sólo te decía “gracias”, con su voz ronca pero casi imperceptible. Siempre le ofrecíamos más.

Y él contestaba— *No, así está bien*— Se quitaba el sombrero, se limpiaba el sudor con su paliacate rojo y continuaba trabajando.

Cuando uno es niño, cualquier trabajo es juego, desgranar el maíz era una de las cosas que más disfrutábamos hacer todos los primos. La tarea era de mi tío que con sus solas manos, y como si exprimiera un trapo, desgranaba todas las mazorcas hasta llenar una gran tina. Y ahí entrábamos nosotros, siempre curiosos, a ayudarlo, sin darnos cuenta, a desgranar todo el maíz. Nosotros, o al menos yo, siempre me ayudaba de una gran piedra en la que raspaba la mazorca y así desgranarla. Por más que intentaba hacerlo con las manos como mi tío, que lo hacía tan fácil a mis ojos, nunca lo logré.

Otras veces, cuando mi abuelito y él salían en la carreta rumbo al cerro, nuestro gusto era treparnos también en ésta y sólo acompañarlos hasta que salían del terreno de la casa, como a veces el burro no podía andar entre las piedras con todo y la carreta, mi abuelo mandaba a mi tío a que empujara ésta. Nosotros, sin

que nos dijeran nada, y por el puro gusto de hacerlo, también nos bajábamos a empujábamos la carreta junto a él. Creo que sin querer o sin consciencia, siempre hacíamos nuestra buena obra del día ayudándolo.

Mi tío Gabriel siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquiera en la casa, como cuando mi papá ponía en el patio de mi casa una trampa para pichones que bajaban a la piletita de piedra que había en el patio a tomar agua y bañarse. Había muchos pichones, y con esa trampa, mientras se refrescaban, los atrapábamos. Acto seguido, era matarlos, desplumarlos y lavarlos para que después mi mamá preparara un rico festín. Era mi tío Gabriel quien se encargaba de desplumarlos todos. A mi mamá le causaba gracia como mi tío terminaba todo lleno de plumas. También a él le daba risa.

Observarlo, espiarlo, siempre era un hobby para mí y mis primos. Mi hermano Álvaro recuerda que siempre lo llamaba “Alvarito” y nunca por los múltiples apodos que tenía. También recuerda cómo cada sábado o domingo, después de bañarse, sacaba de entre la barda de piedra que había en los corrales, un botecito donde guardaba un estropajo viejo, un jabón seco, un pedazo de espejo y su rastrillo. Después se dirigía a los lavaderos y ahí se rasuraba parsimoniosamente mientras se veía en el pedazo viejo de espejo.

Acto seguido, se arreglaba y se encaminaba a la plaza. Su gusto era simplemente comprarse un helado y sentarse horas en una banca del jardín a observar a la gente.

Generoso, siempre lo fue, incluso, cuando de cuando en cuando, mi abuelo le daba unos centavos, le disparaba algo a quien fuera. Mis hermanas Lety y Vianey cuentan que cuando se lo encontraban en la tienda, siempre les decía:

— *¿No quieres algo? agarra algo*— Mis hermanas se negaban en un principio, pues pensaban que su dinero era poco como para gastarlo en comprar algo para ellas. A tanta insistencia del tío, sólo reparaban en tomar una paleta tutsi, o cualquier cosa pequeña para no ser encajosas. Después, cuentan, él tomaba una pepsi y ahí mismo, en el acto, se la tomaba a tragos rápidos y sin parar. Mi hermana Lety dice que eso le sorprendía de verdad, pues ella después trataba de hacer lo mismo con un refresco, y no podía, el gas le picaba, tenía que detenerse. Él no, se la tomaba de corrido, era una curiosa habilidad.

La vida de mi tío Gabriel, a pesar de ser incierta, y llena cuestionamientos, también estaba llena de pequeños placeres. Como ir, siempre solo, en los días de fiesta del pueblo, disfrutaba pasearse toda la tarde en el centro y ver las danzas, oír la banda de música que tocaba en el atrio de la iglesia y después comprarse una alegría o cualquier dulce en el jardín de la plaza.

Nadie sabe cuáles eran sus pensamientos ni qué era lo que pensaba de sí mismo. Lo cierto es que a pesar de los maltratos por parte de mi abuelo, nunca se quiso ir. Aún pensamos que tal vez era porque en el fondo, estaba a gusto, éramos su familia y le gustó estar ahí en la casa.

Aún hoy, cada 2 noviembre en que todos vamos al panteón a llevar flores a mi abuelita Clarita principalmente, alguien, cualquiera de los primos, se acuerda de ir a visitar su tumba. Alguien siempre dice:

—*Hay que ir a ver a mi tío Gabi*—y entonces le arreglamos su tumba, le quitamos la hierba, y regamos con agua la tierra. Normalmente la tumba está cubierta de hierba seca, no hay flores y en su cruz apenas si se lee su epitafio pues durante todo el año nadie va a visitar la tumba. Hay veces que incluso nos cuesta localizarla pues se pierde entre tantas tumbas igual abandonadas. Llenamos unos botes de lata con agua limpia y le ponemos flores nuevas. Le ponemos una veladora y rezamos un padre nuestro y un ave maría. Lo importante, como dice mi mamá, es no olvidarlo, que sepa que lo en esos días lo esperamos en casa.

Al final, creo que cada quien se forja su propio destino. Mi tío Gabriel se forjó el suyo. No creo que haya tomado buenas decisiones, pero también creo que simplemente fue víctima de su época y de su entorno. Vivió en una sociedad que en esos tiempos estaba regida por el patriarcado, donde el hijo primogénito era quien heredaba todos los bienes familiares y los repartía a su buen o mal juicio, donde los hijos, hombres o mujeres, se sometían a las decisiones del patriarca sin siquiera protestar. Por eso, cuando mi tío terminó dentro de una familia como la mía donde su primo era el patriarca, y él solo un arrimado, nadie, pese a que todos, hijos y nietos veíamos con compasión los abusos de los que era víctima, nadie decía nada, nadie remediaba nada, porque mi abuelo tenía la autoridad. Aún hoy cuando cuestiono a mi madre y a mis tíos varones el por qué no hicieron nada, nadie puede responder concretamente, sólo se avergüenzan un poco, se les

nota en la cara. Y sólo responden con un *“pues ya sabes cómo se ponía tu abuelo”*.

Sin embargo, también tengo muy claro que todo lo anterior no justifica el grado de auto abandono en el que se perdió mi tío, porque si algo sé con certeza, es que la dignidad de una persona nunca es pisoteada por alguien sin que antes uno mismo la pisotee. Quizá esa es la mayor enseñanza que, al menos a mí me ha dejado su recuerdo.

*Sentirse solos posee un doble significado:
por una parte consiste en tener conciencia de sí;
por la otra, en un deseo de salir de sí.”*
Octavio Paz

CAPITULO 2. CÉSAR CAMARGO. EL SINUOSO CAMINO HACIA NINGUNA PARTE.

El siguiente relato junto con el del capítulo tres, se centran en contar las historias de vida y retratar el abandono de dos personas que además son pacientes del Hospital para Enfermos Crónicos Dr. Gustavo Baz Prada ubicado en la comunidad de Tepexpan en el Estado de México, lugar en el cual yo nací y crecí. Sus nombres son César Camargo de 61 años, con diabetes como padecimiento y Guadalupe Rojas de 75 años que padece artritis reumatoide deformante.

Sin embargo, antes de contar sus historias personales, creo necesario contextualizar el por qué y cómo llegué a esta Institución y los problemas enfrenté antes de entrevistarlos.

Para el mes de mayo de este año, mis opciones sobre dónde obtener los testimonios de tercera edad en abandono se me venían agotando. Intenté en varias instituciones y fracasé, rechazaron mi petición. Decidí hacer un último intento en el hospital para enfermos crónicos, una institución única en todos aspectos. El 90 por ciento de su personal es nativa de la misma población, mis

propios padres trabajaron ahí toda su vida. Es una especie de gran familia en empleados y pacientes.

El tipo de pacientes son usuarios de estancia prolongada, el promedio años de estancia son de 10 o 15 años. Es un hospital único en Latinoamérica que se especializa en la atención al paciente crónico, donde además el 60 por ciento es paciente geriátrico. Por lo mismo, esta institución cuenta con historias, modus operandi y personal muy distinto al de otras instituciones de salud públicas. La institución se mantiene, en parte del presupuesto que recibe de la Secretaría de salud estatal y parte de las cuotas mensuales que los familiares de los pacientes (cuando los tienen y se responsabilizan de éste) aportan de acuerdo a estudios socioeconómicos. Sin embargo, la gran mayoría se encuentra en abandono, son pocos los pacientes que tienen familiares que realmente se ocupan por lo menos de visitarlos cada quince días.

Muchas veces hacen todo el trámite, los internan y los primeros meses cumplen con las visitas habituales hasta que poco a poco dejan de ir por completo y después de pagar también.

El hospital consta de 12 villas que están distribuidas de la siguiente forma:

Villas 1 y 2: Geriatria mujeres (mayores de 60 años)

Villas: 3, 4 y 5 Enfermos crónicos sexo femenino (menores de 60 años)

Villas 6, 7 y 8: Enfermos crónicos (sexo masculino) menores de 60 años

Villas 9 y 10: Geriatria hombres (mayores de 60 años)

Villa: 11 Oficina y personal de geriatría y crónicos de sección villas.

Villa 12: Terapia intermedia.

Tener el permiso institucional no sería cosa fácil. Sin embargo, gracias a la intervención directa de mi hermana, enfermera que labora en la institución, quien explicó al director los fines del proyecto, accedió. Se me entregó el oficio donde se me permitía la entrada. Acto seguido me canalizaron con el Doctor jefe de enseñanza quien dejó claro que ésta era una excepción. La única restricción era que no se me permitía tomar fotografías de los pacientes. No obstante, en internet encontré varios videos y fotografías de los pacientes y del hospital.

Después del trámite y la espera, lo primero fue encontrar a dos pacientes (hombre y mujer) que tuvieran estas tres características: que fueran de tercera edad, que estuvieran conscientes para entrevistarlos en repetidas ocasiones y que se encontraran en condición de abandono.

Para tales efectos, pedí a mis primos su orientación, ellos sin ningún problema, ya que están en contacto continuo con los pacientes y los conocen bien, mencionaron varios candidatos. El primero que me pareció interesante fue Cesar Camargo.

Antes de verlo, pedí a mi prima que le preguntara si estaría dispuesto a que yo lo entrevistara, esto porque por distintas referencias, sabía que era un paciente muy delicado, no con muchos se llevaba bien, y es difícil en su trato.

El primer día que lo entrevisté, me presenté con la jefa de servicio, mostré mi oficio firmado y me dijo que no había ningún problema. Para la tercera visita, en medio de la entrevista, me notificaron, discretamente, que los médicos querían hablar conmigo, que nadie sabía quién era ni porqué estaba entrevistando y

grabando las entrevistas a Don César. Ya para entonces, y como los rumores vuelan, sabía yo algo del descontento de los médicos.

El problema era muy sencillo, César Camargo es un paciente que ha impuesto quejas ante derechos humanos sobre maltrato hacia él. Y es que desde su ingreso al hospital ha colapsado a personal de enfermería, médicos y psicólogos. No le gustaba que lo atendieran, agredía al personal e insultaba a cuanta gente se dejaba. La situación fue tan desagradable en un momento, que el personal médico, de manera sencilla, pero totalmente arbitraria, decidió enviarlo, primero a un asilo que se encuentra en la misma comunidad, a ver, según cuenta él, si cambiaba de actitud, como no hubo tal cambio y seguía empeorando en sus arrebatos lo transfirieron a un hospital psiquiátrico. Ahí como pudo, gestionó e insistió hasta que nuevamente, después de un año, lo regresaron al hospital de donde lo habían transferido. Ha llegado hasta derechos humanos quienes ya están atendiendo su caso. Por esta razón cuando yo llego, vestida de civil y con una grabadora de voz en mano, los médicos, tal cual, pusieron el grito en el cielo; creían que yo era una periodista infiltrada que iba a sacar a la luz todas sus quejas y dañar su reputación y la del hospital.

Cuando me presenté con los médicos, me explicaron que nadie les había notificado de mi presencia y el objetivo de mis entrevistas. Yo les dije y les dejé un juego de copias del oficio que yo entregué para hacer mi solicitud de ingreso, el proyecto de mi tesis y el oficio de la universidad donde se respaldaba que era una tesista, así como el oficio firmado por el director donde me permitía el acceso y las entrevistas y donde además, se especificaba una copia para la jefatura de

médicos. Es decir, el problema no era mío, si ellos administrativamente no fueron notificados, no era asunto de mi injerencia y además, nadie me dijo nunca a quién sí y a quien no podía entrevistar.

Una vez encontrado el error, no tuvieron más que pedir disculpas, aclararme que no estaban en contra de que recogiera mis testimonios pero que sí era necesario que fuera con otro paciente. La razón, que no sabían qué tanto el señor César pudiera “manipular la información” además de que se encontraba actualmente en evaluación psiquiátrica. En ellos notaba una cara de preocupación y nerviosismo que no pudieron disimular. Al final me pidieron que al siguiente día, y sin que él lo notara mucho, lo entrevistara y terminara cordialmente su testimonio.

Así sucedió, y en la siguiente visita tuve una larga sesión con Don César donde de todas maneras me contó todo lo que no querían los médicos que supiera. Lo curioso del caso, es que siempre que hice las entrevistas, me sentía un tanto observada, por médicos, enfermeros y psicólogos, notaba su mirada de desconfianza y curiosidad. Al final, y como me lo transmitía “radio pasillo”, pasé de ser una infiltrada periodista de algún periódico a ser psicóloga que entró a trabajar en la institución por influencia de mi hermana y de mi padre.

2.1 De la infancia y otras memorias

La primera vez que escuché hablar de él, me quedó claro que no sería un encuentro fácil. Me referían sobre lo interesante y trágico de su vida, y la profundidad de su intelecto, pero también sobre las actitudes más decepcionantes

respecto a su carácter. Me intrigaba saber qué tipo de persona sería conmigo; cómo iba a describirse ante mí.

El día del encuentro fue un regreso a esos años de infancia en que pasaba las tardes recorriendo de cabo a rabo los enormes pasillos del hospital mientras mis padres trabajaban. Recorría uno a uno sus recovecos hasta perderme, si literalmente hasta perderme. Hoy, veinte años después, el escenario y el ambiente se tornaba muy cambiado. Aquél edificio enorme de piedra, que sentía como mío cuando era niña, ya no lo era más; sentía esa extraña sensación de estar en un lugar que forma parte de uno, pero que se ha dejado atrás.

Hoy el hospital son unas simples, pero modernas villas (por lo menos así se ve de primera vista), conectadas entre sí por un solo pasillo formando un círculo y ya no hay cuarteaduras en las paredes. Busco la villa nueve, ahí me espera una prima que es enfermera, como varios parientes que han seguido la profesión casi por tradición en la familia.

Entrando a la sala de la villa puedo ver a un hombre, de espaldas frente a una grabadora vieja y enorme, tratando de sintonizar alguna estación. Al llamado de “Don César” voltea en el acto

Don César es un hombre un hombre de complexión más bien delgada, piel morena clara y cabello predominantemente negro pero con pequeños mechones que empiezan a teñirse de blanco. Padece diabetes y esta enfermedad le ha cobrado varias facturas a lo largo de los años. Hoy no se puede desplazar más que en silla de ruedas ya que ha perdido ambas piernas. Siempre sentado, viste

una playera distinta cada día, a veces sólo es blanca, otras es una playera con el logo de algún partido político y, muy de vez en cuando, se pone una chaleco de lana azul cuando siente algo de frío. Lo demás es cubierto por una cobija sencilla azul marino que cubre lo que deberían ser sus piernas, pero que deja entrever el catéter urinario que lleva desde hace seis años.

Don César, nació en el año de 1954, aunque la fecha exacta prefiere no decírmela. — *Hace años que no la recuerdo, la borré que nadie se acuerde*— Me dice con una mirada fija y fuerte, incluso a veces me cuesta trabajo mantenerle la mirada, prefiero cambiarla de cuando en cuando; sin embargo, y conforme pasan la sesiones, puedo percibir que esa poderosa mirada, también se encuentra un tanto perdida, como si estuviera en su propio mundo a pesar de que, sin duda, pone mucha atención a lo que le digo.

Hoy sus pertenencias sólo se limitan a conservar una grabadora vieja que sólo reproduce el radio, junto con dos cajas de cartón que guarda al pie de su cama. En ellas conserva unas cuantas fotos de su familia y un sinfín de papeles, propaganda y diseños publicitarios que hacía cuando trabajaba. Tiene una libreta vieja, donde garabatea canciones y cosas que va recordando de cuando en cuando. Hay una libreta de dibujo, regalo de una enfermera, donde con lápiz están grabados una y otra vez, sus pies. Son dibujos buenos, tiene un gran talento.

— *Cada vez me salen más reales ¿no cree señorita?*— me pregunta, y no sé bien qué responder, aún no hay mucha confianza entre nosotros.

— Yo nací en el Distrito Federal— comienza a narrarme con toda seriedad y porte cual si de un personaje de trascendencia mundial se tratara— *Mis raíces son de Michoacán por parte de mi mamá y de Guadalajara por parte de mi papá.*

Perdí a mi madre cuando apenas tenía 2 años, murió en un accidente automovilístico. Es por eso que prácticamente fui criado con mis abuelos maternos. Yo era el menor de dos hijos, mi hermana se llamaba Lourdes y era 3 años mayor que yo, sin embargo nunca fuimos cercanos. Cuando sucede lo de mi madre, yo me quedé con mis abuelos y ella fue criada por sus padrinos, Así que no, nunca hubo mucha relación.

— ¿Qué recuerda nada de su madre?

— *Nada, era muy pequeño. Recuerdo que durante muchos años yo a mi abuelita le decía “mamá” pero después me daba cuenta que, por ejemplo, en los festivales de la escuela, veía a las demás mamás y yo veía que eran muy distintas a la mía; mucho más jóvenes y decía: mi mamá está viejita — recuerda entre risas—. Comprendí que en realidad no era mi mamá, si no mi abuelita. Comencé a preguntar ¿dónde está mi mamá?. Me llevaban al panteón y me decían aquí está tu mamá, o me enseñaban una foto de ella. Esperanza era su nombre, sólo así la conocí. Pero le puedo decir que nunca su ausencia o su falta, mi abuelita, como pudo, me crió, no me hizo falta. Recuerdo que tenía unos lindos ojos verdes. Nunca decía groserías, pero si me portaba mal tenía un bastoncito con el que me pegaba. Aunque he de decir que yo era más hábil, porque antes de que agarrara el bastón yo ya estaba bajo la mesa o la cama a modo de que no pudiera agacharse o alcanzarme y pegarme.*

Ella me enseñó muchas cosas que normalmente, no se le enseñaban a un niño varón en aquél entonces. Me enseñó a no ser melindroso y a cocinar, ella decía:

—*Yo no sé qué mujer te va a tocar, así que tienes que saber cocinar, nunca te morirás de hambre y aprender no hace daño.*

Y yo pensaba, pues está bien no, yo la dejaba que me enseñara lo que quisiera, un poco dándole el avión porque todavía no pensaba siquiera en quererme casar, aunque eso sí, las chavas me gustaban mucho, y muchas.

De mi abuelo aprendí el trabajo, él era ebanista y desde que era chico me iba con él donde estaba construyendo su propia casa. Él llegó a ser maestro de obras, y aunque era analfabeto, lo que más me sorprendía es cómo, sin ninguna preparación, pues no sabía más que escribir su nombre <Rafael P.>, era capaz de leer, entender, hacer planos, sacar medidas y construir toda una vivienda o lo que le pidieran. A mí eso me parecía asombroso, y hasta la fecha me lo sigue pareciendo.

También tuve la fortuna de recibir la educación de la calle. Siempre conviví con los chavos de la cuadra, tanto de mi edad como más grandes. Afronté muchas cosas que se van presentando con los grupos de la calle, convivencia libre, divertida y muy educativa.

En aquel entonces había lo que hoy le llaman <<bullyng>>, pero antes le decíamos que no te agarren de puerquito. Eso siempre ha existido, no es algo que no existiera antes. Es la guerra del más fuerte, de hacerse respetar. Uno en esos tiempos, se tenía que defender a como dios lo hacía entender. Yo me defendía solo y eso era lo que mi abuelo y mi padre me enseñaban.

Mi abuelo y mi padre eran de los que, si yo les salía con el cuento de que me traían de puerquito en la escuela, o tenía problemas con algún chamaco de la cuadra, pues me iba peor. Tenían la certeza de que yo me tenía que defender solo. Es decir, que no me enseñaron a andar de chillón.

En la escuela nunca fui de los aplicados, he de decir que nunca fui muy estudioso, y además tampoco podía pedir mucha ayuda en casa con las tareas. En cierto modo, no quería hacer sentir mal a mis abuelos, por eso yo me las arreglaba para, o entenderle desde el principio, o a ver cómo le hacía pero no reprobaba.

Un día de casualidad llegué a los Boy Scouts, me invitaron por un amigo del edificio donde vivíamos, a él lo llevaban sus primos. Nos reuníamos en un terreno en Coyoacán que se llamaba parque de la rosas. Primero me llevó nada más de invitado, iba yo con ropa civil y los demás con sus uniformes, pero al estar escuchando sus pláticas pues me hizo interesarme. De pronto fue como descubrir otro mundo, era como descubrir que había muchas más cosas que jugar a las canicas en la calle. Por fin convencí a mis abuelos y a mi papá para que me dieran permiso de integrarme en forma. Era el grupo 122 de scouts.

De ahí lo que me gustaba era que todo se ganaba con base en el esfuerzo. Cada insignia, cada uniforme, cada cosa tenía un costo: el esfuerzo. Sin darme cuenta le agarré un gran gusto a eso. El lema de los scouts es “siempre listo” y así me he mantenido. Esta experiencia afinó muchas de mis búsquedas y forjó mi carácter.

Crecí en medio de la era de <<El Santo>>, sus películas eran las más exitosas, todos los niños nos hacíamos llaves y luchábamos como si fuéramos él. Recuerdo que mis cuates y yo nos dábamos unas escapadas a los cines, eran cines pequeños, piojitos les llamaban; ahí juntábamos nuestro dinero y entrábamos. Era un relajo, nada más veíamos como luchaban y gritábamos, brincábamos, ni le poníamos atención a la película, sólo queríamos ver cómo luchaban y sentirnos luchadores.

En realidad, y ahora recordando bien esos tiempos, me doy cuenta de que éramos unos salvajes. Teníamos nuestras pandillas, éramos como animales, nos peleábamos por nada y por todo. Pelearnos por las canicas podía ser el pretexto perfecto para la más aguerrida pelea callejera.

2.2 La figura paterna, la figura de la ausencia.

Hablar de su padre, es hablar de la ironía que ha rodeado su vida. Casi nunca habla de él, no le gusta decir quién es su padre, pero le pregunté, y pensativo,

dudoso, como si con esa sola pregunta removiera un huracán de recuerdos ya enterrados, empieza hablar de él.

Mi padre era cantante, seguramente lo conoce por la canción esa de <<El año viejo>>, Tony Camargo, esa canción que hasta la fecha siguen poniendo cada que es año nuevo.

De lo que recuerdo de él es que era de carácter firme y nunca, nunca lo vi llorar. Pero nunca estuvo muy involucrado con nosotros. Si le puedo decir que nunca nos faltó dinero o medios para la educación, sólo que quedó viudo muy joven cuando él apenas iba haciendo carrera.

EL AÑO VIEJO...

*Yo no olvido el año viejo
porque me ha dejao cosas muy buenas
aaahhhiii yo no olvido no,no,no el año viejo
porque me ha dejao cosas muy buenas:*

*me dejo una chiva,
una burra negra,
una yegua blanca
y una buena suegra ...*

La composición es autoría del colombiano Crescencio Salcedo, sin embargo fue popularizada en 1953 por Tony Camargo, considerado entre las piedras angulares de la música tropical mexicana, y que durante muchos años comenzó a popularizar en toda Centroamérica y Sudamérica.

Mi papá salió de su casa muy joven, mis abuelos andaban en una caravana de teatro. Su padre se dedicaba al montaje de escenografía y tramoya. Mi abuela era corista, era de las principales porque decían que tenía que llevar el compás que las demás seguirían. Ellos llegaron de Guadalajara a México a un teatro fijo, ya luego fue el cine. Mi padre que aún era un niño, comienza con el gusano de la artísteadá. Contaba que un día lo pusieron afuera del teatro con una canasta de dulces a vender, él se indignó, pasó a dejar el puesto y se salió de su casa. Así anduvo picando piedra en la XEW con otros que querían igual una oportunidad. Comenzó primero de “huesero” en varios grupos hasta que despegó por fin solo. Él competía mucho con otro cantante que se llamaba Beny Moré.

Muchos creían que mi padre era cubano por la música que cantaba, pero la realidad es que era jalisciense. De él recuerdo que no era muy apegado a la familia, y así nos educó, a no ser apegados a nadie, supongo que por eso mismo mi hermana y yo nunca fuimos cercanos ni cultivamos ese lazo fraternal. Era cariñoso, pero nunca sobreprotector, él exigía tareas y buenos modales nada más.

Lo que pasaba con él era que por su carrera, su trabajo, nunca coincidíamos, él tenía eventos en la noche o giras y nosotros en la casa con mis abuelos, así se fue alejando y alejando, hasta que hizo su vida aparte. Básicamente lo que nos separó fue, primero sus novias, y luego la que se convirtió en su esposa, él quería formar una familia de nuevo, y ella también, pero no con nosotros por supuesto.

Por algo creo que nunca quiso que nos acercáramos al medio, rara era la vez que lo acompañábamos a alguna presentación y nos enseñó a que aunque él era famoso, nunca debía de presumir de ser su hijo, sus razones tendría.

— ¿No sabe nada de él, aún vive? — le pregunto pensando, en mi corta lógica, que el afamado personaje, del que, en efecto, sólo ubico por la imperdible canción del año viejo, quizás ha muerto muchos años atrás.

— *El contacto lo perdí desde hace mucho tiempo, sólo una vez, estando a punto de casarme lo localicé para que viniera a pedir la mano de la que sería mi esposa, el viejo se dio su tiempo y me hizo el gusto, pero después de esa vez y como ya éramos tan lejanos no nos volvimos a ver, y él tampoco me volvió a buscar. Yo sé que aún vive, pero supongo que ni siquiera sabe que estoy aquí. Yo lo último que supe de él es que sigue viviendo en Yucatán, también tiene diabetes como yo, otra gran herencia de su parte, pero creo que se guarda en mejores condiciones que las mías.*

— ¿Y no quisiera volver a verlo?

— *No, no quiero, creo que en estos últimos años me he dedicado a vaciar la gran mochila cargada que era mi vida, y él fue una de las primeras cosas que deseché. Yo tuve mis padres que fueron mis abuelos y a quienes agradezco casi todo lo que soy y nada más.*

Y sí, lo único que Don César guarda de lo que ha sido su vida son unas pocas fotos de él y su hermana cuando eran niños, una de su mamá y una credencial

vieja de su padre. Si le preguntan qué es lo que más recuerda de su papá, la respuesta siempre es la misma: su ausencia.

2.3 Del amor y otros demonios

Dicen por ahí que el amor es tan corto y el olvido tan largo, si alguien lo tiene bien aprendido es don César. El amor duradero y sólido es una de las cuentas pendientes que tiene la vida con él. Hoy, después de tanto, después de todo, confiesa que sigue amando a una sola mujer, a su Julieta. Y sí, en el nombre lleva la penitencia.

Eran los años 70, César tenía 22 años y había trabajado ya 3 años como administrativo en la entonces Secretaría de Hacienda, que por conocidos de su abuelo lo habían podido colocar ahí.

Antes de conocer a Julieta la vida transcurría muy simple para mí, tenía un trabajo sencillo pero que me daba lo suficiente para satisfacer mis gustos, para andar con los cuates y tomar el trago, comprar mi ropita de moda y manejar un carrito sencillo de mi abuelo. Sin embargo, fue un día, paseando por el centro, que me encontré a un viejo amigo, Moisés se llamaba, vivíamos en el mismo edificio cuando chamacos, pero después lo dejé de ver cuando él se mudó. Le perdí la pista hasta ese día que nos encontramos.

Él para entonces ya iba a terminar la prepa, iba en la nacional, y cuando lo vi ese día, iba con su novia. Platicábamos de lo que había sido nuestras vidas, ponernos al corriente, pero lo cierto es que al escucharlo hablar sobre su mundo como estudiante y las cosas que quería seguir haciendo, me impresionó mucho, más de

lo que yo podía platicarle como pequeño oficinista de gobierno. Yo creo que lo vieron en mi cara, porque en un momento su novia me dijo:

— ¿Y por qué no haces el examen a la nacional? Podrías hacerlo y estudiar por las tardes.

Esas palabras fueron una revolución para mí, porque me di cuenta que hasta entonces, había vivido en un mundo muy pequeño, y lo había vivido por gusto. Supe que podía descubrir otras cosas, tener una profesión y otras expectativas, que además de todo, nadie ni nada me ataba como para no intentarlo. Total que se me metió la espinita de estudiar. Yo me decía: cómo él (mi amigo) está en la nacional y no. Bueno, total que fui a buscarlo como en dos ocasiones a la prepa.

¡Otro mundo! la escuela era la más hermosa, los murales que inspiraban cada pasillo, cada escalera, era otro nivel la verdad; yo me sentía desubicado por no estudiar ahí. En fin, que esperé hasta que fueran las pruebas de admisión, me puse a estudiar un poco y en el trabajo pedí permiso para hacer mi examen. Recuerdo que me mandaron al estadio azteca. Y lo pasé, por fin me quedé en la nacional, la preparatoria 3.

Esos años de preparatoria fueron los más hermosos para don César, sus palabras lo describen acompañado de una sonrisa que no puede disimular mientras narra, esa expresión y ese brillo en los ojos que sólo los buenos recuerdos provocan. Era en esa época cuando sentía que realmente valía para algo, que había una razón, un fin en su existencia. Conoció el amor.

A Julieta la conocí en la prepa, yo habré ido en quinto año y ella iba en cuarto. La conocí por un día, estando en la escuela en el pasillo pasó ella con unas amigas, y nosotros gandallitas las empezamos a cotorrear, y así cada que pasaban,

siempre nos topábamos con ella los martes y jueves porque pasaban a su salón y nosotros esperábamos clase en el mismo pasillo donde estaba su salón. Ya después no hicimos amigos e incluso íbamos a buscarla de vez en cuando a su salón y pues nada más platicar e ir a comprar algo de comer, así nos hicimos amigos.

Ella era una chica hermosa, varios querían andar con ella. Tenía unos rasgos muy particulares, eso llamaba la atención. Era de ascendencia árabe, libanesa exactamente. Tenía un pelo negro, negro, unas cejas muy tupidas pero bien delineadas que enmarcaban unos grandes y profundos ojos negros, labios delgados y con una tez morena, era un color muy bonito; no era un moreno cualquiera o un moreno chirgo como lo somos aquí ; era un tono medio raro pero muy bonito. Usaba siempre su cabello suelto, largo y esponjado, adornado si acaso con una diadema, bueno, pues a mí me gustaba mucho. Además la verdad, era que caía muy bien a todo el mundo.

Primero íbamos a buscarla a ella y a sus amigas, luego trataba de buscarla con cada vez menos amigos hasta que por fin fui a buscarla yo solo. Ella vivía en la calle de Colombia, ahí mismo en el centro, entonces la acompañaba a su casa pero antes dábamos vueltas pues por ahí cerquita, en las tiendas, en el centro, donde fuera. Y así hasta que nos hicimos novios.

Yo andaba loco no, le puedo decir que es la mujer que más he amado. Una vez le dije que quería hablar con su mamá, no para formalizar pero si para que supiera que estábamos saliendo. Yo me sentía con cierta responsabilidad porque yo ya no era un chamaco, tenía yo 22 años, mientras que ella tenía 17. Ella me dijo que sí, pero acordamos antes que hablara con su papá.

Por fin, unos días después me monté en todo el valor que pude juntar y fui a buscar al señor a su trabajo, él trabajaba en una Ford que estaba hasta cien metros. Hablé serio y firme y el señor sólo me dijo:

— No, a mí no me tienes que pedir nada, con quien tienes que hablar es con la mamá

No, pues bonito respaldo no, me dije eso a mis adentros, total que el señor me dijo:

— De una vez vamos, ya que vienes encarrilado.

Total que llegamos a la casa, me pasaron, y la señora estaba haciendo la cena y yo le decía:

— Señora, me permite tantito, es que quiero hablar con usted

— Sí, ahorita— y seguía cocinando, así como dos veces, ni me pelaba no, hasta que por fin así parada, en la puerta de la cocina me escuchó. Cuando por fin terminé de hablar, ella sólo me dijo muy compadecidamente:

— ¡Uy mijito! es que ella no tiene permiso de tener novio, está muy chiquita y apenas está estudiando. — Así, nada más, fue lo único que pronunció, acto seguido siguió con la cocina.

Supongo que Julieta ya le había hablado de mí, porque después en pláticas posteriores iba saliendo poco a poco el peine del descontento conmigo. Yo siempre he sabido que mi familia es totalmente disfuncional y mucho de esa parte la desahogaba en mis pláticas con ella. Toda esa situación la mamá también la sabía, entonces eso era lo que de primera instancia a la mamá no le gustaba de mí. Pero ni modo, para ella claro, porque nosotros seguimos saliendo siendo novios, pero era de no dejarla salir, de quedar a una hora y que no llegara porque la mamá no le daba permiso y cositas así.

La relación se fue perdiendo, hasta que un día, pasados algunos años de amor incondicional pero relación tormentosa, su Julieta le anunció que no quería más, que ya no aguantaba y que era mejor dejarlo por la paz. Seis meses después ella se casó.

Quedé destrozado, para entonces yo dejé de estudiar, por distintas razones, la carrera (arquitectura). No me llenaba, a pesar de que hasta le fecha, la arquitectura y el diseño son una de mis grandes pasiones. Me centré en trabajar en un despacho de construcción, no me iba mal, ganaba lo suficiente incluso para empezar a formal algo serio con alguien. Pensaba que ese alguien era Julieta, pero no, no fue así.

2.4 La enfermedad. Nuevos planes, idénticas estrategias.

Todo lo peor siempre puede empeorar más. Cuando esa persona con la que imaginamos toda una vida se ha ido, cuando de pronto se pierde el camino, cuando no se sabe exactamente a dónde se va , en ese momento pueden pasar dos cosas, o lo asumes, lo dejas pasar y continúas, o te pierdes en un abismo interminable. Y eso pasó con don César. De pronto, su expresión, de por sí ya triste, ahora se acompaña de un profundo sentimiento de resignación condenada a la frustración.

Hay veces que me pongo a hacer memoria, y llego a la conclusión de que nací estrellado— se ríe irónicamente— No, bueno, en realidad no sé en qué consistió pero sin duda algo falló en algún lado.

Cuando termina lo de Julieta, yo ya no quería saber nada, agarré unas cuantas cosas, unos ahorros y me compré un paquete vacacional, me fui a California, ahí tenía un amigo que vivía por allá. Vacacionando, despejándome, retomé el rumbo y todo iba bien, sin embargo empecé a sentirme mal, con vista nublada, siempre cansado y siempre con mucha, mucha sed la cual satisfacía con refresco y jugos la mayoría de las veces; aunque si tomaba agua podía aventarme 3 litros en una sentada; también empecé a notar que orinaba muy seguido y raro. Entonces, en ese punto si me empezó a preocupar, total que mi amigo Emilio me llevó al doctor, ahí lo que me dijeron someramente porque como sólo era turista, era que

llegando a México me hiciera estudios diversos, mientras sólo me recetaron unas pastillitas para sentirme mejor.

Cuando llegué a México, ya había transcurrido por lo menos un mes, porque me quedé en California hasta que la visa de turista se acabó, pues hasta mi regreso por fin me hice los estudios y pues salió lo que ya me venía yo imaginando, salí con azúcar alta, y cuando tiempo después volví a hacer estudios, pues se volvieron a confirmar los mismos resultados, tenía diabetes.

En ese momento, lo único que se me vino a la cabeza era que estaba muy joven para esa enfermedad, no sé, tenía la impresión

de que era una enfermedad de viejitos. No es como ahora que en todos lados sale que <<aguas con la diabetes>> no, en aquel entonces era como una enfermedad pues para mí de personas mayores, o al menos esa era la idea, errónea claro, que yo tenía.

Ya después, y creo que un tanto como para consolarme, pensaba que qué bueno que había terminado lo de Julieta porque, bajo esa circunstancia, no la iba a atar a mi cuidado, ni a ella ni a nadie, como una futura enfermera. La ilusión de ella y mía era la de formar una familia, pero ahora mis circunstancias eran muy distintas.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que, quería tanto a los hijos que quería procrear en algún momento, que decidí nunca tenerlos. Quizá por miedo a que padecieran mi enfermedad, o que en un futuro estuvieran condenados a cuidarme, o que yo no pudiera trabajar porque la enfermedad me lo impidiera. No

DIABETES Y SECUELAS

La diabetes mellitus tipo 2 (DM2) es el síndrome progresivo originado por la reducción de la funcionalidad beta celular y el incremento de la resistencia a la acción de la insulina, ocasionado por alteraciones genéticas y adquiridas.

La DM2 es un factor de riesgo precoz de la arteriosclerosis cerebral. En el paciente portador de la enfermedad, la incidencia de accidente cerebrovascular (ACV) es de 2 a 6 veces superior y el riesgo de demencia es de 1,5 veces superior con respecto a la persona sin diabetes.

Por otra parte, es posible encontrar cardiopatía isquémica, insuficiencia cardíaca o artropatía periférica, además de otras complicaciones que inciden en la movilidad y calidad de vida como la polineuropatía, la retinopatía y las alteraciones del tacto gastrointestinal.

En México hay 6.4 millones de adultos que padecen diabetes.

FUENTES:

Melgar Cuellar, Felipe. *Geriatría y gerontología para el médico internista*. Editorial La Holguera. Bolivia 2012. Pág. 407.

ENSANUT 2012.

sé, fueron muchas cosas, el punto es que, de pronto, tuve que cambiar mi proyecto de vida, en el cual, tener hijos míos, ya no era parte del plan.

Hablar de su enfermedad es algo que duele y lacera el alma de don César, se le nota en la voz temblorosa, en las palabras que le cuesta trabajo pronunciar, en esa pupila dilatada que se hace más evidente mientras me mira. En esa frustración que guarda cada gesto y cada movimiento suyo. Ella es la culpable de todo.

Muchos años no acepté mi enfermedad, no es que la negara pero tampoco andaba por la vida contando que tenía diabetes por miedo a sentirme excluido o señalado. Me cuidaba hasta cierto punto, pero por nada del mundo quería que las personas, al saber mi condición, me estuvieran jodiendo con que tú no comas esto, o cuídate porque esto y lo otro. Eso nunca.

Cuidarme o más bien “controlar” mi enfermedad consistía básicamente en no tomar mucho refresco, aunque a veces me valía, la verdad; lo cierto es que yo sabía que con el tiempo la enfermedad me iba a deteriorar mi aparente salud, lo sabía, más no lo entendía ni lo esperaba.

Lo que ocupaba mi mente era encontrar otros satisfactores que llenaran mi deseo de hacer una familia. Tuve que buscar cómo irlos supliendo. Tomaba cuanto curso de programación y diseño se me apareciera, como no terminé la carrera, pues retomé lo que realmente siempre se me dio bastante bien, ser autodidacta. Le verdad es que también disfrutaba mucho esa parte de mi vida.

Sin embargo, el tiempo sigue su curso y la gente, mis amigos alrededor hicieron sus vidas, se casaron y tuvieron hijos, Hubo un punto en el que ya no teníamos nada en común. Yo los visitaba o nos reuníamos, yo estaba a veces solo y otras

también iba acompañado de amigas; pero luego las pláticas se tornaban sobre hijos, pañales y esas cosas. Yo como no estaba en esas pues ¿de qué podía hablar? ¿de los pañales? ¿de si le quedó tal o cual leche al niño? . No, no podía, al final terminé por alejarme de esos amigos, además a las esposas de esos amigos no les parecía verme con una “amiga” diferente de cuando en cuando. Quizá pensaban que era mala influencia para sus maridos. Lo que sí puedo decir que me enorgullece de mi vida es que nunca estuve con una prostituta, ni con un homosexual y tampoco me pueden acusar de ratero. Eso me enorgullece mucho. No soy mala persona.

En fin, yo seguí con mi despacho, a seguir actualizándome en cuanto al diseño y a la arquitectura. También recuerdo que por esa época me ponía mucho a estudiar sobre historia de las religiones. Yo por buscar mi cura interna.

De ahí tuve una relación más o menos formal con una contadora, se llamaba Patricia y era divorciada. La conocí en uno de esos cursos que yo tomaba de diseño. Nos conocimos, empezamos a salir, y al poco tiempo nos fuimos a vivir juntos.

Un día llegó con su hijo más pequeño para vivir con nosotros, tenía dos, pero ambos vivían con el papá. En sí ella era la que había terminado con su matrimonio, y la que había dejado a sus hijos. Eso yo lo veía un tanto mal, pero no la juzgaba, luego se me hizo raro que llevara a su hijo, pero no me opuse, al contrario, recibí bien al niño, platicaba mucho con él e incluso conocí al ex esposo.

Después de un tiempo me di cuenta que a ella lo que le gustaba era el amasiato, y a mí no tanto, ella se dio cuenta de eso y por eso llevó al hijo. Fue en ese punto en donde yo ya no le vi caso a la relación. Era claro que yo quería una relación estable, pensé que ella quería lo mismo, pero en realidad no era lo que ella quería. Cortamos y ella devolvió a su hijo con su padre.

Tiempo después, otra vez el amor se atravesó en mi camino. Esta vez una de esas mujeres de las que marcan. Lidia. Era nueve años menor que yo, para entonces yo ya tenía 35 años.

Me enamoré tanto que nos comprometimos, yo vendí la propiedad que mi abuelo me había dejado con la idea de comprar una casa en Aragón que era el rumbo donde sus padres vivían. Total que todo se dio bonito y rápido.

Yo seguía temeroso de seguir con todo adelante pues ella no sabía nada de mi enfermedad, hasta que un día se lo tuve que decir.

— No importa, yo soy médico, yo sé cómo se arregla eso— Esas fueron sus palabras al confesarle mi padecimiento. La verdad me dio mucho gusto, me sentí liberado y ahora sí podíamos casarnos. Eso decía yo.

Para la boda busqué y rebusqué al viejo (mi padre) y a mi hermana para que vinieran a la pedida de mano. Hasta eso, raro en él me quiso dar el gusto y vino. Quedó la fecha para el 21 de diciembre.

Sin embargo ella era una chiquilla de muy mal carácter y un día, después de haber ido a pedir su mano, mientras comía en su casa, como ya lo hacía todas las tardes, nos empezamos a disgustar, era una tontería pero ella se iba a los extremos con facilidad. Nos encerramos en su recámara y ella empezó a aventar todo, romper perfumes y quebró un espejo. De plano no pude controlarla, así que me salí del cuarto para dejarla sola con su berrinche. Pero ella me alcanzó nos jaloneamos, e incluso me rasgó la camisa y me cacheteó. Ahí sí no me dejé y la aventé, recuerdo que le grité: —¡A mí no me hagas esas pendejadas por yo si te parto tu madre!

La aventé contra la pared, me salí corriendo de la casa, llegué al departamento donde rentaba, agarré mis cosas y no la volví a ver.

No quise batallar con ella, Yo qué necesidad de vivir así con una mujer violenta. Después de eso fui con uno de mis tíos para pasar unos días en su casa mientras veía que hacía. Fue una mala experiencia, otra vez no salió como yo hubiese querido. Jamás volví a buscarla y ella tampoco a mí.

— ¿Y no fue un pretexto en el fondo don César? — le pregunto disimuladamente para probar qué tan consciente es de sus buenas o malas decisiones — “Porque mal genio, quien no lo tiene, y peleas en el noviazgo o matrimonio nunca se acaban, el punto es seguir a pesar de todo, de amar a pesar de todo.

Quizá es que en el fondo, huí por miedo, y ese altercado fue el pretexto perfecto. Nunca quise llegar hasta el final con alguien a pesar de desearlo con todas las fuerzas. Pero siempre, siempre me perseguía, por un lado mi enfermedad, el que quizá no viviera los suficiente para criar plenamente a mis hijos, y por el otro, la historia de mi familia disfuncional, era como un trauma que nunca me dejó en paz.

2.5 Picando piedra una y otra vez

Al final de este tercer intento por hacer una vida feliz, normal, la vida laboral también empezó a fallar, la constructora empezó a ir mal, porque así es el trabajo, hay veces que hay mucho y otras que “namás” no hay nada. Como los ahorros se me fueron acabando vendí lo poco que tenía de cosas y me fui al otro lado.

Entré como turista y trabajaba como mojado. Por casualidad conocí a un arquitecto mexicano que me estuvo dando chamba por fuera, me pagaba en efectivo pero ganaba más que un mojado cualquiera, le hacía planos, cosa muy difícil porque tuve que aprender el sistema de construcción de allá, manejar más el inglés, poco a poco sentía que me despegaba de lo que allá le dicen “la raza”.

Eso me duró un par de años, pero me tuve que regresar a México, según yo por un tiempo. Con el dinero que traía renté un cuarto pequeño, pero cómodo en Coyoacán, contacté a unos amigos de las épocas universitarias y conseguí trabajo, igual en la construcción en la Zona Rosa.

En ese edificio conocí a Mini, su verdadero nombre era Epigmenia, pero le decían así por chiquita. Era ingeniera química. Era viuda y empezamos una buena amistad. Tenía 10 años de viuda y un hijo de 15 años, muy celoso por cierto.

Mini era una mujer extraordinaria, muy inteligente y muy guapa también. Era de Sinaloa, y aunque era un poco más grande que yo, se conservaba muy guapa.

En ese inter, entre que salía con Mini, también busqué a Julieta. La vida de casada tampoco le había funcionado muy bien, pero ya tenía dos hijas. Empezamos a salir y otra vez hicimos planes en común, sin embargo, yo sabía que con dos hijas todo iba a ser muy difícil y no quería ponerla en ningún predicamento. Estuvimos juntos unas cuantas ocasiones y después no la volví a buscar. Lo único bonito fue que a pesar de los años pude constatar que realmente sí me había, o me seguía amando como yo a ella.

Así fue como entonces sí, empecé una buena relación con Mini, yo me fui a vivir con ella y según nosotros emprenderíamos un negocio, nunca se aterrizó el proyecto, otra vez, el destino se apareció para marcarme. Un día mientras Mini iba al trabajo, la atropellan y fallece. Yo todavía estaba en la casa cuando me avisaron, la alcancé en la Cruz Roja pero me dijeron que no había llegado con vida ni al hospital. Así, de la nada, de nuevo me quedé sin nada.

Después del velorio y de todo eso, la familia de Mini se lleva a Joaquín, su hijo, a Sinaloa, jamás supe de él.

Nunca pensé que la viudez me pegaría, pero la verdad es que sí me pegó mucho. Fueron muy pocos meses de nuestra relación, pero aún así me dolió inmensamente.

— ¿Qué pasaba por su mente al pensar que cada vez que veía una relación sería destruída por algo? ¿Por qué siempre virar en el camino?

— *Esa es mi vida, siempre ha sido un reto. Me enseñaron que todos mis actos son mi responsabilidad. Muchas veces he apostado todo y he perdido todo también, pero creo que el hombre inteligente es el que se adapta a las circunstancias y a cualquier medio. Es así como he visto la vida y siempre procuro ser buena persona y no herir a nadie. Estos últimos años han sido una búsqueda interna y una revisión de lo que cargaba mi mochila. Al final, todo consiste de aceptar mis errores y disfrutar los momentos en que he ganado.*

Al pronunciar estas palabras, no puedo evitar en mis adentros, pensar en su verdadero significado. Intención y acción no son lo mismo, y las separa un buen trecho. Y es que una cosa es lo que él dice y otra muy diferente lo que la gente a su alrededor percibe. Don César es muchas personas a la vez, conmigo siempre se presenta como un hombre ecuánime, siempre presto a vivir pese a las adversidades, que por cierto, no han sido pocas en su vida. Para algunas enfermeras (os) es el paciente que siempre reclama atención, que padece ciertos delirios provocados por una profunda depresión, irracional en muchas de sus ideas, aunque a veces, sólo a veces, tiene razón en sus reclamos. Hay días que se levanta con buen semblante y humor, y otras que de plano no quiere salir de su cama, bañarse o ni siquiera que le tomen los enfermeros sus signos vitales. En la noche, odia que los enfermeros lo cambien de posición.

Hay veces que los pacientes como él, no comprenden que todo lo que hacemos es para algo, para su bien. Un paciente puede no querer que lo despierten cada dos horas para movilizarlos por las noches porque, en efecto, lo que quiere es

dormir, pero si no los movilizamos pueden aparecerle escaras. Es necesario para su calidad de vida. Esa parte es la no alcanzan a entender muchas veces. Explica una enfermera.

Para uno que otro médico es una espinita en el camino que colapsa al personal cuando se le viene en gana, ofendiendo, gritando e incluso agrediendo físicamente. Es un paciente que necesita atención psiquiátrica pues su profunda depresión está desencadenando un trastorno de personalidad. Según su expediente, que solo pude leer una vez, él tiene dos padecimientos: diabetes mellitus y trastorno narcisista de la personalidad. Sin embargo, también hay algunos enfermeros (as) con los que realmente ha construido una buena relación.

TRANSTORNO NARCISISTA

Los rasgos generales de quienes presentan este padecimiento son:

-Presentan una adaptación social aparentemente normal e incluso exitosa.

-Presentan diferentes combinaciones de intensa ambición y fantasías grandiosas pero acompañadas de sentimientos de inferioridad.

-Tienen serias deficiencias en su capacidad de amar y por los sentimientos de otros. Carencia de empatía.

-Sentimientos crónicos de inseguridad escondidos bajo aparente superioridad. Esto los lleva a tratar a los otros como piezas a su servicio. Ocasionalmente se muestran serviles y aduladores cuando es necesario para sus propósitos personales, sociales o profesionales mientras que tratan con dureza a aquellos a quienes consideran inferiores.

www.psicoterapiarelacional.es

Finalmente, para sus compañeros de sala, es un señor muy raro, muy grillero al que le gusta armar escándalos a la menor provocación, quien cuando se le antoja prende su radio a todo volumen sin dejarlos dormir, y quien sólo se limita a hacer berrinches. Don Leo, uno de sus compañeros de villa, expresa:

Muchos aquí estamos igual de solos y enfermos que él, pero al menos en mi caso, trato de hacerme la vida más llevadera. Yo me voy a mi terapia, pinto mi cerámica, platico con los compañeros, hago lo que puedo para entretenerme,

aunque sea pasar todas las tardes afuera de la villa, sólo viendo u observando el ir y venir de los médicos, pacientes y enfermeros. Él en cambio, si amanece de malas, pasa el día entero postrado en su cama, se echa encima su sábana y no come en todo el día. Para él ninguno de nosotros somos personas dignas de su amistad, entonces no habla casi con nadie. Agradezco la atención que aquí me dan, no podría estar mejor en otro lugar, claro que como todo en este país y en el mundo, se tienen fallas, pero yo siempre agradezco antes de lanzar injurias sin justificación.

La última vez, él me golpeó en la cabeza porque, sin querer, choqué mi silla de ruedas con la suya. Yo no me di cuenta, no fue a propósito, pero de inmediato me dio un golpe en la cabeza con su mano y me empezó a gritar muchas cosas feas como que era un bueno para nada y un viejo inútil. De inmediato los enfermeros lo controlaron y después me dijeron que levantara un reporte sobre los hechos. Y así lo hice.

2.6 De la calle, al otro lado y de regreso

Cuando Mini murió, regresé al cuartito que rentaba en Coyoacán y seguí con mi negocio de diseño e impresión, pero a partir de eso todo empezó a ir en caída, mal, hasta que terminé por vender todo mi equipo. Los ahorros se acabaron y comencé a buscar trabajo en otras imprentas. Recuerdo que conseguí trabajo en una pero me pagaban solo seis mil al mes, yo pedía mínimo doce. No lo acepté, pero más me hubiera valido aceptarlo porque no encontré trabajo. Dedicaba días enteros a repartir currículums en el gobierno, en privadas y nada. Comenzó la desesperación.

Busqué a los amigos, pero andaban igual que yo, había otros que trabajaban en la UNAM como profesores, pero obvio no podían ayudarme, a lo más me echaban la mano con unos doscientos o trescientos pesos para que saliera al paso, pero nada más.

— *¿Nunca se arrepintió de no haberse colocado en alguna institución pública que le permitiera después gozar de una pensión?*

— *No, nunca me gustó la burocracia, yo siempre fui más liberal y le aposté a la iniciativa privada. Creí, y sigo creyendo en las oportunidades, el sistema te debe brindar esas oportunidades para que el pueblo pueda desarrollar esas aspiraciones y sueños. Esa es obligación del gobierno, no de dar, pero sí de proporcionar los medios. Si yo no triunfé no fue porque no haya querido, sino porque ni siquiera me fue permitido. Creo que como pude me abrí paso, a como Dios me dio a entender, pero siempre luché por ser un ciudadano del mundo.*

Para mí hubiera sido muy sencillo quedarme con la plaza de mi abuelo, que pasaran 30 años y ya; o quedarme en la cuadra como mis amigos de chamaco, que ahí nacieron, crecieron y murieron, unos más decentes que otros.

En el 2008 cuando, visitando a mis amigos de la Facultad, vi pegado un cartel de un concurso de arquitectura para rediseñar el zócalo capitalino, era libre y entré al concurso. Recuerdo que para hacerlo le ayudaba a un abogado en su despacho a lo que fuera. Me daba 20 pesos diarios, con lo que me compraba 3 bolillos, una coca y una lata de frijoles; y me prestaba una computadora para hacer el proyecto.

Total que gané el primer lugar, no pues yo bien contento, no me la creía. Ya después de la emoción, lo que hice fue tratar de buscar a Ebrard o a alguien para, o bien vender el proyecto, o que a cambio de éste me dieran trabajo. Nunca nadie me recibió. Me decían que lo enviara por oficialía de partes pero nunca quise por temor a que se lo robaran. Méndigos desgraciados.

Al verme a la desesperada, y al echarme del cuarto por falta de pago, pues me quedé en la calle. Tal cual vivía en la calle, buscaba trabajo de restaurantes,

oficinas, lo que fuera, me preguntaban mi edad (54) no, pues solo me daban las gracias.

Dormía en avenida Juárez en la alameda, vivir en la calle es lo más difícil que he pasado. Recuerdo que después llegué a un hotel que estaba en Tabacalera, era de paso, y costaba la noche 150 pesos. La necesidad me obligó a pedirle al chico de la recepción que me dejara dormir en el lobby, sólo para no sentir tanto frío.

— Si pero te sales temprano. — Y sí, como a las 6 am me tenía que mover.

Me hice cuate de ese muchacho y después le pedí que me dejara quedar en uno de los cuartos que se desocupan. Si me dejó, nada más tenía que esperarme hasta como a la 1 que se desocupara alguno, dormía un poco. Eso me permitía bañarme, lavar una camisa, tenía sólo dos, y así poder estar un poco presentable para seguir buscando trabajo.

Busqué a un conocido, Adolfo, y le expliqué mi situación, me dijo que no tenía trabajo para mí pero que me prestaba la casa de su hija, hasta Cuautitlán que estaba desocupada y así de paso le echaba un ojo. Lo acepté, y recuerdo que me dejó 100 pesos. La casa no tenía luz, pero no importaba, dormía en el suelo con unas cobijas nada más. Bueno pues después ya no tuve ni para ir al DF. Fui a la bolsa de trabajo ahí en la presidencia municipal, busqué al encargado y lo esperé como una hora hasta que me atendiera personalmente, cuando lo vi le dije:

— Mire señor, necesito que me ayude usted, mi situación ya es de supervivencia.

— Ya vio las vacantes que están pegadas afuera?

— Si, ya las vi, por eso le digo que necesito que usted me ayude personalmente

— Pues se dará cuenta que yo no lo puedo ayudar, no hay trabajo para una persona de su edad, no quieren a personas mayores de 34 años, lo siento.

Así, dí las gracias y me fui. Terminé lavando carros en un estacionamiento, cobraba 30 pesos por lavada y de eso me daban 15 pesos. Yo sabía que así no podía seguir.

Un día decidí que tenía que moverme, así emprendí el camino hacia el otro lado. Un aventón hasta Laredo. Ahí encontré un albergue para migrantes pero ahí le dan a uno sólo una semana para quedarse. En esa semana uno se tiene que alivianar para después lanzarse otra vez.

Después de esa semana me puse a vender periódicos. En la mañana llegaban las camionetas de los periódicos para que los migrantes los vendieran. Si vendías todos te daban algo de dinero, una miseria claro, al día no podía ganar más de 37 pesos, eso era lo que te daban sólo si vendías todos los periódicos. Pero estuvo bien, con eso podía comer algo, no me la pasaba en blanco.

Me hice amigo de un chavo de 27 años, era como del Salvador, se iba a pasar porque según decía, ya tenía familia al otro lado. Me caía bien, con él llegué al Río Bravo y pues ya nada más faltaba que nos aventáramos, pero yo la verdad no me decidía, veía el cauce y se veía tranquilo, pero yo sabía que la corriente es por abajo del agua. No me aventé, en primera, no sabía nadar bien, bien, y la otra ya para entonces pues mis fuerzas ya no eran las mismas, las piernas me dolían ya. Este cuate de decía “yo te ayudo, aviéntate”. No pues no nunca me aventé, y tampoco supe nada más de él.

De ahí me moví hasta Tijuana, tampoco pude pasar, así hasta que me dije, qué le hago a lo pendejo, ya mejor me regreso, pero eso de viajar de a right pues es una cosa muy difícil. Podía pasar mucho tiempo caminado antes de de que alguien me levantara.

He de decir que tenía mis estrategias, porque siempre buscaba las gasolineras, ahí siempre era más probable que me levantaran. Hubo dos veces en las que realmente me dio mucho miedo. Una de ellas fue cuando me bajaron en pleno desierto porque adelante había una garita y me dijeron que no podían pasar la

garita conmigo. Era de noche y pues lo único que veía a lo lejos eran las luces de la garita, pero todavía faltaba mucho, me seguí caminando pero no veía nada, ni donde pisaba; tenía miedo de que saliera una serpiente o un alacrán, algo.

También en medio de las más difíciles condiciones conocí las más grandes virtudes del hombre. Hubo una vez que un cuate de dio 300 pesos.

— *Ten para que te alivianes— me decía.*

— *No gracias, ya me invitó el taco, no es necesario*

Me insistió tanto que se los acepté. Ese señor no sé quién era, o de qué religión, lo único que me dijo y que se me grabó mucho fue: Busca a Dios en tu corazón. Y así, en toda mi travesía no hacía otra cosa más que encomendarme a Dios.

Ya estando en San Luis Potosí, junté dinero, me tomó mucho tiempo juntarlo, pero tomé un bus al DF. Creo fue donde mejor descansé en toda esa travesía.

2.7 Las facturas de la vida

— *¿Cómo terminó aquí?* — La verdad esa mi primera pregunta desde que lo conocí pero decidí dejarla al final por delicadeza. Lo cierto es que el tiempo apremiaba y sería la última vez que podría platicar con él.

De pronto, la aparente calma de un día soleado se interrumpió por una tormenta de invasión que sólo nos dio tiempo de guarecernos en un tejado donde hacen de vez en cuando sus eventos en el hospital, *el guadalupano*. Don César no se detuvo de hablar, también sabía que era la última vez que podía decirme, contarme todo lo que quisiera. Comenzó a hablar y hablar, sin importarle que el crujido de las láminas por la lluvia me impidiera comprenderle algunas veces. Tampoco no le importó sentir frío, a pesar de que casi quería darle mi suéter, no

lo permitió, pero me inquietaba el color azul que iban adquiriendo sus labios. Él siguió y no se detuvo incluso después de la lluvia.

Después de llegar a México conocí a un señor al que todos los días le compraba pan. Después de hacerme su cuate, le dije que si no necesitaba un ayudante, un chalán pues, el señor era mayor que yo, y pensé que quizá querría a alguien que anduviera en el triciclo y no él. De primeras me dijo que no, pero después de tanta insistencia, y yo creo al ver que realmente tenía necesidad, me dijo que sí.

La primera semana anduve con él por toda su ruta para que la conociera, él en el triciclo y yo en una bici. Bien chistoso el señor me pedía que me grabara su grito de “el paaaaan” para que yo lo imitara igual. Nunca me salió, él tenía todo un estilo.

La paga al día eran 50 pesotes diarios con el pan que yo quisiera. Diario iba a su casa a las 3 pm, repartíamos el pan en las canastas y cada quien agarraba su camino hasta como a las 8 de la noche.

Un día, después de llegar del trabajo, me quité la calceta y en el empeine tenía una pequeña herida, pero no me dolía nada, sólo que con el sudor del pie se había pegado el calcetín a la herida.

Total que me dormí y al otro día amanecí con el pie hinchado, el tenis me quedaba apretado pero aún así me fui a trabajar. Al siguiente día de plano el tenis no me entró. En ese punto si ya me preocupó.

Lo que hice después fue vendarme el pie con trapos y envolverlo con bolsas de plástico para poder caminar en la calle. Le avisé al jefe que no iría a trabajar y me fui a urgencias del hospital Vicente Villado, es del ISEM, pero caminaba normal, no me dolía.

En esos momentos si pensé en la posibilidad de tener pie diabético. Pedaleaba cinco horas al día y caminaba todo el tiempo, nunca había pegado ni nada.

Me curaron la herida y ahí estuve hasta que un día el doctor me dijo: “Le tenemos que amputar la pierna”.

—¡Qué, qué!— nunca creí que fuera tan grave ni tan rápido— ¿y qué si no me la amputan?.

— Mire, no tiene los medios como para estar curándosela todos los días y difícilmente la herida va a sanar en las condiciones de diabetes que trae. Lo más seguro es que se le gangrene y, si eso pasa, se muere. Como la herida estaba en el empeine, pensé que sólo sería amputarme el puro pie. Pero no, el doctor me dijo que sería arriba de la rodilla.

Esas palabras fueron demoledoras, pero estuve pensando cómo le iba a hacer y pues no había de otra, qué pasaría, quién sabe, pero de hambre no me había muerto ni me iba a morir. Sin embargo, para poder operarme necesitaba primero, o conseguir el seguro popular o pagar la operación. Como no tenía dinero busqué darme de alta en el seguro popular, sin embargo en el hospital se negaban a dármelo porque no tenía comprobante de domicilio de Cuautitlán y no sé qué más tonterías.

Total que agarré a un chavito de los de ventanilla y le expuse mi situación

—No seas mala onda, dime cómo le hago, ya hablé con todo mundo y no me resuelven nada.

Pues ya el chavo me dijo, la verdad muy en buena onda—mire, le voy a dar un número, pero no le diga a nadie, hablé ahí y pida ayuda— Era un número 01800. Marqué y le dije a la señorita que me atendió que me tenían que amputar una pierno, pero no tenía dinero ni seguro popular.

Ella me preguntó que dónde estaba, yo le dije que estaba en un teléfono público afuera del hospital.

Su indicación fue esperarme hasta el siguiente día para ir, que ella mientras iba a hablar con la encargada, que le pasara mis datos y que ya al siguiente día me darían el seguro.

Al día siguiente, sin ningún problema me tramitaron el seguro popular. Incluso esa encargada que un día antes me había casi cerrado la puerta en la cara, me atendía con toda amabilidad, como si me estuviera haciendo un favor o su buena obra del día.

Regresé a urgencias, enseñé mi seguro popular y me dijeron que estaban listos para programarme, sin embargo, tenía que conseguir a alguien que firmara como responsable.

Yo les dije que no tenía absolutamente a nadie, pero dijeron que forzoso tener la firma de alguien. Pues no, no y no. Me operarían hasta tener firma del responsable.

Pues no me quedó de otra más que ir con el vecino. Él tenía dos chamaquitos, el pobre estaba igual de jodido que yo, porque incluso a los chamaquitos llegaba a convidarles de mi pan cuando regresaba de vender, así me hice su amigo. Al vecino, le pedí con toda la pena del mundo que fuera a firmar al hospital, no como responsable, sino que firmara de enterado. Le dije que alguien si le pedía cosas o que fuera a cuidarme y bañarme, no lo aceptara, que dijera que sólo me conocía pero no éramos ni amigos, ni familia ni nada. Aceptó.

Una vez sorteada esa odisea por fin me programaron para las 11 de la noche, la espera se prolongó hasta las 3 de la mañana en que hubo espacio en el quirófano. Mientras, sólo contemplaba mis piernas juntas, completas, sin dolor.

Salí de la operación, jodido, pero salí, incluso ahí en el hospital me prestaban unas muletas y poco a poco le iba agarrando el modo. Algo falló, una infección intestinal y empezaba a delirar, así hasta que caí en coma.

Y no es cierto eso de que oyes todo mientras estás dormido, o de que ves la luz y esas cosas. Nada, no es cierto, es puro cuento. Nada más te duermes y despiertas como si te hubieras echado una siesta.

Estuve 15 días en coma. No tenía yo nada de fuerza estaba yo bien delgado. Recuerdo que cuando me bañaron por primera vez en regadera, había una puerta de metal, ahí medio me vi. No manches, era un hueso, había perdido toda mi masa muscular. Me tocaba las costillas, unas ojeras profundísimas y toda la piel pegada al hueso. Estaba prácticamente muerto, pero salí.

Duré casi un año en el hospital. Me preguntaban, dónde vivía, si tenía familiares y mi respuesta siempre fue la misma, No, no tengo nada ni a nadie. En esos días localicé a mi hermana, pero sólo fue a verme unas cuantas veces. No podía ayudarme aunque quisiera, y en realidad, creo que no quiso mucho la verdad.

Empezaron a buscar en el hospital un lugar a donde transferirme, hasta que dieron con este hospital. Me trajeron a evaluación. Traía yo dos escaras y la amputación. Me atendió aquí la doctora Chan y me dijo que esa amputación estaba mal hecha, con razón tanto dolor el mío, —Se la tienen que rediseñar— me dijo, y que me regresan y me vuelven a amputar la pierna completa.

Yo me sentía muy mal, mal. Le mentaba su madre a la doctora que me había operado, su apellido era Hernández. No la bajaba de criada por haberme hecho mal la amputación.

Después de la segunda operación, y apenas saliendo de la anestesia, los dolores eran insoportables. Yo les gritaba a las enfermeras para que me pusieran otra inyección. Y a la media hora, el dolor ya estaba otra vez punzando, aullaba de dolor. Haga de cuenta que me hubiera llevado el tren y me hubiera destrozado la pierna, así el dolor.

Después de la operación, pasó un mes y medio para que pudieran ingresarme a este hospital.

2.8 El último hogar

Don César llega al hospital de crónicos en el año de 2010, el objetivo era, aparte de tener un sitio donde pudiera establecerse, empezar a rehabilitarse. Sin embargo, sido testigo de malas experiencias.

La tercera noche, fue una de las que se me quedaron muy grabadas. Yo estaba en una sala donde había 5 camas, luego un muro bajo y continuaban otras 5 camas, así hasta que al final del pabellón se encontraba el control de enfermería. Yo desde donde estaba, podía ver todo el pabellón. Cuando fue la hora del cambio, como a eso de las 11 de la noche, llegan las enfermeras, eran dos las que iban haciendo uno por uno el cambio y legan a la cama del señor Rodolfo, un paciente de unos ochenta y tantos años que ya falleció. Lo empezaron a mover, pero obvio lo que el viejito quería era seguir durmiendo, y empezó a patalear, manotear y gemir para que lo dejaran en paz. Cuál fue mi sorpresa que una de las enfermeras quita el pañal, lo hace bolita y se lo avienta en la cara del viejito; el viejito lo avienta y lo tira y la enfermera se lo volvió a poner en la cara, riéndose entre ellas.

Como en ese pabellón había puros pacientes seniles, donde la mayoría no puede ya ni hablar o moverse, pues yo creo pensaron que yo estaba igual. Al llegar a mi cama, les dije directamente ¿por qué hacen eso? Eso no es ético ni digno de una verdadera enfermera. Se sorprendieron, se apenaron pero no dijeron ni una palabra.

Desde ese entonces, yo me propuse que iba a ayudar a esos viejitos indefensos. Y ocasionalmente participaba diciendo a los enfermeros tal o cual cosa. Por ejemplo, cuando nos sacaban al sol, pues siempre les decía:

—Oye voltear a ese paciente, por lo menos para que se rostice parejo; o, amarra bien a ese viejito que ya se está resbalando de su silla— cosas así eran mis participaciones.

Enfermería se empezó a molestar porque les daba órdenes. Un día el doctor Moreno me dijo muy desafiante:

— Mira, los pacientes, con o sin tu supuesta ayuda, son atendidos, así que bájale dos rayitas.

La verdad lo mandé a chingar a su madre y decidí no dejarme atender, salvo con contados enfermeros y demás personal que, reconozco tienen verdadera vocación y son unos profesionales en su trabajo. Tampoco dejé ya que la psicóloga me tratara, porque a mi parecer tiene unas ideas muy raras, me tratan de a loco, y si algo no tengo es locura. Me pueden tratar de lisiado, de hostigante si quieren, pero no de loco.

Yo, no creo que don César esté realmente loco, ni tampoco creo que mienta, respecto a casos de maltrato, como en todo lugar o institución pública, hay dos cosas que siempre merman la prestación del servicio. La primera la falta de recursos colectivos como el material, equipo e instalación; la segunda y la más importante, la ética individual de cada enfermero, psicólogo, médico y trabajador social. Si me lo preguntan, diría que en general, la mayoría de los pacientes reconocen y agradecen estar ahí. Reconocen a su personal y saben que en este hospital están mejor, incluso más de lo que pudieran estar con sus familiares.

En ningún otro hospital —reconoce el mismo don César— hay un bañero para que te asee todos los días, ni una enfermera casi para tu atención única en cada turno, ni comida decente en comparación de otros lugares.

Sin embargo, sí creo que alguna afección psicológica como la depresión que es incluso un padecimiento normal a su edad, producto de las varias frustraciones que carga a cuestas, provoca ese comportamiento tan hostil del que muchos se quejan sin razón y que, por cierto, él no percibe. Una enfermera en turno explica:

Él es un paciente muy irritable. En ocasiones llegaba y le decía: “Don César buenas noches, lo voy a cambiar y nunca me contestaba, a veces eso como trabajador si te llega a molestar, porque sabes que está consciente. Antes, en mi turno, yo llegaba y lo saludaba, le daba sus medicamentos sin problema y comía. Un día sin saberlo, simplemente, dejé de caerle bien, porque lo saludaba y sólo se tapaba la cara con su sábana, le decía algo y se volteaba para otro lado sin que me respondiera nada. Si lo empezaba a cambiar o a mover de posición, gritaba y me ofendía. Al final, para no entrar en conflicto con el paciente intercambiaba con otra compañera enfermera con quien sí se dejaba atender.

DEPRESIÓN EN EL ADULTO MAYOR

La depresión es una alteración del estado de ánimo en la que predominan síntomas de tristeza patológica, decaimiento o irritabilidad, entre otros. En México, del total de egresos por trastornos depresivos en adultos mayores, se observa que en 2012, estos se presentan principalmente en mujeres (16.8% contra 7.5% en los hombres). En los ancianos hay ciertas peculiaridades:

1. La ansiedad suele tener prevalencia mucho mayor que en la depresión de los jóvenes.
2. Las personas de edad, por otra parte, tienden a no informar sobre las alteraciones del afecto por considerarlas parte del proceso de envejecimiento.
3. El retardo psicomotor usualmente flagrante en el joven, puede no ser tan obvio en alguien de mayor edad, y es así que estos síntomas de la depresión pueden quedar enmascarados.
4. Los síntomas somáticos suelen ser prominentes en la depresión geriátrica. Los más comúnmente referidos son: astenia, cefalea, palpitaciones, dolor generalizado, mareo, disnea y trastornos funcionales digestivos.
5. Las alteraciones cognoscitivas suelen ser más obvias en el anciano, en particular si hay deterioro asociado. La pseudo-demenia depresiva debe ser cuidadosamente diferenciada de los pródromos de demencia senil.
6. La ideación pesimista es común, y puede alcanzar niveles paranoicos.
7. Asimismo la ocurrencia de hipocondriasis es frecuente y las alucinaciones pueden observarse en casos graves.

FUENTES:

Secretaría de Salud [SSA]. (2009). *Diagnóstico y tratamiento de trastorno depresivo*. México: SSA. Recuperado el 3 de enero de 2014, de: <http://www.cenetec.salud.gob.mx>

En el turno de la noche, éramos cuatro enfermeras quienes lo movíamos para cambiarlo sin que sufriera mucho dolor, pero él era un griterío cada vez que lo cambiamos. Trataba de pergarnos. Yo no puedo hablar de los demás enfermeros y su ética profesional, lo que si puedo decir es que, por ejemplo, mientras lo movemos para cambiar, pues es lógico que el muñón (la parte de pierna hasta donde fue amputada) le duela, pero es necesario cambiarlo para limpiarlo. Eso para él es maltrato y no lo es.

SNDROME DEL MIEMBRO FANTASMA

Es la percepción de sensaciones que generalmente incluyen el dolor en un miembro amputado. Los pacientes con esta condición experimentan el miembro como si aún estuviera unido a su cuerpo ya que el cerebro continúa recibiendo mensajes de los nervios que originalmente llevaban los impulsos desde el miembro perdido.

El 80% de los amputados manifiestan dolor de la zona amputada. La probabilidad de dolor de miembro fantasma es mayor después de la amputación de un miembro con dolor crónico y, en muchos casos, el dolor se parece al que se sentía en el miembro antes de la amputación.

FUENTE:

Flor H, Birbaumer N and Sherman RA *Dolor en miembro fantasma* en Revista Esp. del Dolor, Vol. 8, N.º 5, Junio-Julio 2001. Pàgs.327-331

Otras veces se queja a gritos de dolor, como enfermera, sabes que muchas veces ese tipo de pacientes tiene dolor "fantasma". Cuando no se calmaba, le dábamos un placebo y le decíamos que era un medicamento más fuerte. Y sí, al poco rato el dolor se le quitaba.

Después de que don César tuviera altercados diversos con distintos médicos y enfermeros, varios de éstos, liderados por el Doctor Moreno, llegaron al punto de juntar firmas entre el personal para sacarlo de la institución y transferirlo a un asilo, el Rosa Loroño, que se ubica en la misma comunidad.

De ese lugar, me quise escapar, me tenían incomunicado totalmente, en mi defensa yo no me dejaba atender, agredía al personal y escandalizaba todo lo que pudiera. Un día fue el doctor Moreno y me dijo que si no cambiaba de actitud me

mandaría a un psiquiátrico. Lo cumplió porque semanas después me trasladaron a una granja que está a la salida de Querétaro.

La granja es el peor lugar en el que he estado, todo sucio, la comida pésima, de animales casi casi. Pierna buena sufrió las consecuencias, porque como no la movilizaba, empezó el mismo problema que con la otra. Me empezaron a salir escaras, me las limpiaban pero nunca fue suficiente, empezó a empeorar.

En ese punto, fui yo quien sugirió a uno de los médicos que me la amputaran de una vez. Recuerdo que cuando me curaban el pie y las demás heridas, les gritaba a los enfermeros de: échenle, échenle sin miedo. Yo en mi desesperación por el dolor. Ahí evaluaron las posibilidades de salvarla o mejor de una vez cortarla. Decidieron cortarla y ahí quedaron mis dos piernas.

Con el tiempo hice migas con el director del psiquiátrico y le pedí que me ayudara, quería regresar aquí a crónicos. Por qué, pues porque mis posibilidades son casi nulas. Nadie hay quien me atienda, no tengo casa ni nada, y de estar en un psiquiátrico a estar aquí en crónicos, pues prefiero estar en crónicos. Sé que salvo varias excepciones, la atención es mejor. Y no, no podría estar en otro lado hasta que me muera. Porque si algo tengo claramente seguro es que en pocos años moriré.

Hoy, don César a sus 61 años, sigue y seguirá en el Hospital, dando guerra, como muchos dicen. Y es que la guerra sólo es contra una persona, contra aquél doctor que lo mandó al psiquiátrico, explica una enfermera:

Esa es más bien una lucha de poder. Lo cierto es que no sé cómo ni bajo qué lineamientos lo trasladaron a un psiquiátrico y después lo regresaron. Uno puede entender que el paciente pueda tener problemas psicológicos; puede gritar, patalear y lo que quieras, pero él es el paciente. Uno como médico, enfermero o psicólogo, no se puede poner nunca al nivel del paciente, siempre hay otras

formas. Y esto es por la simple y sencilla razón de que se supone que los sanos y cuerdos, somos nosotros. Si su traslado a ese psiquiátrico fue totalmente arbitraria entonces si es un problema por cualquier lado que lo veas.

Después de todo, don César sigue moviendo cuanta posibilidad tiene en derechos humanos, para acusar al Doctor Moreno del maltrato que recibe de su parte.

Logró hablar con la directora del Instituto de salud del Estado de México, quien ha atendido sus quejas, sin embargo, le han pedido, que para proseguir con la investigación él se tiene que someter a una evaluación psicológica, cosa que él rechaza tajantemente, y su solución a esto es no dejarse atender casi por ningún

<p>DISTURBIOS PSIQUIÁTRICOS EN ADULTOS MAYORES EN CENTROS DE LARGA PERMANENCIA</p> <ol style="list-style-type: none">1. Síndrome depresivo: distimia, depresión menor, depresión mayor.2. Síndrome demencial.3. Trastornos de ansiedad: ansiedad generalizada, fobias (social, agorafobia).4. Trastornos obsesivos-compulsivos.5. Síndrome adaptativo.6. Trastornos del sueño.7. Síntomas neuropsiquiátricos:<ul style="list-style-type: none">·Psicóticos: ideas delirantes (paranoides), alucinaciones auditivas, visuales.·Conductuales psicomotoras: irritabilidad,8. Manía: desinhibición, euforia. <p>FUENTE: Melgar Cuellar, Felipe. <i>Geriatría y gerontología para el médico internista</i>. Editorial La Holguera. Bolivia 2012. Pág. 602.</p>

enfermero (a) . Algunos, dicen por ahí, creen que ya tiene delirio de persecución, porque asegura que no come ni toma sus medicamentos por temor a que en realidad quieran hacerle otra cosa, envenenarlo por ejemplo.

La última vez que lo vi, andaba tirando muy rápido de sus silla de ruedas por lo jardines antes de que le agarrara la lluvia. Yo iba de salida, pero al darme cuenta de que no iba a llegar sin mojarse, de inmediato lo llevé hasta su sala.

En el camino me contó algo por lo que estaba muy contento:

Ayer vino un amigo de mis épocas universitarias, un profesor de la UNAM, hicieron la vaquita y me juntaron esto. — Eran dos mil pesos, que llevaba enrollados en un papel.

Es para mi entierro, ando arreglando eso porque cuando muero, no quiero que mi cuerpo lo lleven a la facultad de medicina— Normalmente, cuando un paciente fallece y nadie reclama el cuerpo, éstos son donados a la facultad de medicina — yo no quiero eso para mí por eso ya firme mi voluntad anticipada para que sea enterrado.

Las dos personas, a quienes ha encargado el último deseo de ser enterrado, es a una enfermera, América, que por cierto es mi prima, y a “Juanito” el peluquero, que son las dos personas con quienes se lleva especialmente bien.

Ellos son excelentes personas, y no podría dejar en mejores manos mi última voluntad.

De mi parte, con lo único que yo me quedo de él, y que de cierta forma explica todo su comportamiento desde que perdió ambas extremidades es lo que un día me dijo:

A mí lo que me duele en el alma, es la impotencia de sentirme atrapado en un cuerpo que no merezco. Porque con esta mente que tengo, con esta lucidez que aún me pertenece, yo podría hacer muchas cosas, seguir trabajando, ser libre. Sin embargo, véame, estoy atrapado en un cuerpo que no debiera ser el mío.

Siempre me imaginaba que en la vejez estaría solo, como siempre he estado la mayor parte de mi vida; enfermo también porque lo he estado desde joven, pero no así señorita, no así.

Finalmente, creo que don César es una de las caras más cruda de los problemas de la vejez. Pienso que es víctima y consecuencia primero de su entorno familiar, luego de sus acciones y también del sistema social, político y económico en el que vivimos. ¿Cuántos casos como don César hay? o peor aún ¿cuántos terminaremos como él?

*El secreto de una buena vejez no es otra cosa
que un pacto honrado con la soledad.*

Gabriel García Márquez

CAPITULO 3. LUPITA ROJAS. UN PACTO HONRADO CON LA SOLEDAD

El siguiente relato es la historia de Lupita Rojas, al igual que en el segundo capítulo, ella es una paciente del hospital para enfermos Crónicos Gustavo Baz Prada en Tepexpan Edo. de México. Su padecimiento es artritis reumatoide deformante. Quizá ésta parezca la historia más simple de una mujer igual simple y sencilla, sin embargo, es la que mejor manejo y comprensión tiene de su condición de abandono (por parte de su hijo), vejez y enfermedad.

3.1 Jugando a los recuerdos

Lupita es el vivo retrato de una abuelita mexicana, de esas de las películas de la época de oro. El cabello blanco y grisáceo; las arrugas que enmarcan una genuina ternura; una sonrisa que no necesita más que tres dientes para irradiar felicidad y unas manos frágiles, delgadas y manchadas, que evidencian el peso de sus 75 años. Y es que como toda abuelita, siempre está ocupada, tiene cosas que hacer pese a la monotonía de los días. Siempre hay una plática nueva con las mismas personas de siempre, una costura que continuar y un nuevo dibujo que colorear.

De chiquita cuando iba a la escuela me enseñaron a bordar, me pidieron mi costurita, mi aguja y mis hilos y eso lo que hago todos los días. También sé iluminar, ahí tengo mis libros, si quiere se los enseño, ¿si tiene tiempo?

De pronto, saca del clóset una bolsa con cuentos para iluminar. Son los iluminados de un niño de primaria, pero en ellos se nota el cuidado y la armonía de cada trazo.

Mire, estos me quedaron bien bonitos, este libro me lo trajo en mi cumpleaños una de las enfermeras, todavía no lo acabo, porque como tengo ahí más libros, primero hago una página de un libro y luego me sigo con otro, así para no descuidar ni uno solo, ¿no cree?

Son libros de cuentos de hadas, sencillos, de esos que cuestan 20 pesos afuera del metro, pero que para Lupita le garantizan horas de entretenimiento cada día. Luego me enseña el montón de madejas de hilos de todos colores guardadas en bolsas y bolsas, que a su vez, guarda con recelo en la mochila que cuelga en su silla de ruedas.

Las enfermeras y mi nuera me traen seguido una costura, servilletas o fundas para almohada. Se las has hago y después se las cobro a 200 pesos, ahí sólo para mis chuchulucos, pero no crea que las acabo rápido, puedo tardarme como un mes en cada costura, pues si no son enchiladas y con estos ojos que cada vez ven menos pues el trabajo es más laborioso. Por eso tengo un montón de chivas, ya por aquí me dicen la mil usos, o que me parezco a Gonzala la paciente de la villa cinco, por traer un montón de cosas colgando.— Sí, Gonzala, la señora que siempre anda paseando por todo el hospital empujando su silla de ruedas, que debería usar para sentarse, pero en cambio la usa para cargar cuanta cosa se le

atraviere, botellas de plástico, ropa y comida, siempre comida para sus gatos.—
Si, pero yo no cargo basura, les digo, aquella es cochinita y trae pura basura.

Así, pasa el tiempo entre costuras para Lupita, quien no soporta estar adentro de su sala, siempre se sienta afuera del portal, según ella para dos cosas: calentar sus manos y pies bajo la resolana; y para dejar de escuchar los gritos y murmullos que nunca se detienen de algunas de sus compañeras de sala.

Y es que salvo que ya no puede caminar a causa de la artritis que la aqueja desde hace varios años, y que cada vez empeora un poco más, Lupita sigue lúcida y sana y siempre en actividad, en comparación con sus compañeras de sala que ya padecen demencia senil.

Dios no me permita llegar así a como están mis compañeras, porque no señorita, son algo serio. Está bien que uno esté enfermo, pero hay varias que ya de plano no hacen nada. Si las mueven, se mueven, si no ahí se quedan aunque no estén a gusto; no comen solas y no les para la verborrea. Yo no, yo como sea pero paso al baño, si con ayuda, pero solita, si me cambian el pañal en las noches, les ayudo a las enfermeras, está bien que sean nuestros gatos, pero no hay que ser encajosa una. Yo espero nunca llegar a ese nivel.

Lupita tiene 75 años y es originaria del Distrito Federal, fue la menor de seis hijos de los cuales sólo sobreviven tres hermanos. Sin embargo, hace varios años que no sabe nada de sus hermanos.

Mi papá era Juanito Rojas Ramos y mi mamá era Simonita Sandoval Hernández. Mi mamá era la del carácter fuerte en la casa pero mi papá era bien conchudito, todo se le resbalaba, a él nada más, después del trabajo, pedía siempre su

pulquito. Los dos trabajaban, mi papá en un taller de zapatos y mi mamá en una fábrica de cartón.

Mis hermanos, los que ya fallecieron se llamaban Lorenzo, Carmen y Luis, los que todavía viven se llaman Dolores y Andrés.

Mi papá si se mandó eh, seis hijos, con razón mi mamá siempre estuvo bien flaquita, ¡pues qué coneja! Pero eso sí, todos los hijos de mi mamá, le salieron bien trabajadores, uno incluso les dio carrera a todos sus hijos.

Siendo mujer, y la más pequeña de la familia, su destino estuvo marcado por servir a sus padres, y a sus hermanos varones. Ella por ser la más pequeña se tendría que ocupar de sus padres hasta que murieran, era la tradición en aquellos tiempos; sin posibilidad de casarse, estudiar o trabajar.

Mi vida fue siempre con mis papás, cuando era chiquita me mandaron a la escuela, nada más estudié la primaria, todavía creo existe, se llamaba Erasmo Castellanos Quinto... ya ve cómo me acuerdo re bien. Pero como ya luego mi mamá se enfermó me tuve que quedar a cuidarla. Sólo llegué hasta cuarto de primaria.

La familia nunca tuvo una casa propia, siempre rentaron una pequeña casita en una vecindad en la delegación Magdalena Contreras den DF. Eran sólo dos cuartos grandes, el primero servía para comedor y cocina y en el otro dormían todos en 4 camas.

Mi casita era de adobe, ya ve que antes se usaba mucho el adobe, eran cuartos bien calentitos, no como ahora estos (el hospital) que haga sol o no, siempre son fríos. Eran dos cuartos, pero muy amplios, recuerdo que mi mamá en su cocina tenía en la pared un montón de jarritos de barro, cazuelas ollas y sartenes colgados en toda la pared, se veía bien bonita la cocinita de mi mamá.

El patio era grande y mi mamá tenía un montón de plantitas, le gustaba ir al mercado por sus plantitas, flores y hierbas de esas que se usan en la cocina; hierbabuena, manzanilla, su limonero, un montón de macetitas de esas plantas. Siempre los vecinos le iban a pedir unas ramitas de algo, y en mi casa nunca faltaba el té. En la mañana mi mamá ponía café de olla, tortillas , frijoles y una buena salsa, para desayunar. Ya en la tarde, ponía su olla grande de té, de naranja, hierbabuena o de lo que fuera, para que tomáramos de ahí en todo el día.

Por eso ahora me gusta mucho el té, pero aquí las enfermeras nada más te dan té de esos de paquete, no es lo mismo, pero siempre me tomo dos tacitas de té en el día.

La niñez de Lupita estuvo rodeada de carencias, pero también de una felicidad inmensa vivida en el seno de una familia, que si bien era numerosa, siempre estuvo muy unida.

Yo nunca estuve sola, siempre tenía a mis hermanos que me cuidaban y con los que jugaba, y si no, con los niñitos de la vecindad. Cuando era día de reyes, sólo nos traían a cada uno un juguete. Chiquito y sencillo, podía ser una pelota de esas de hule, o una muñeca de esas baratas, pero eso sí, he de decir que mis papás siempre se preocupaban por traernos algo a toda la chamacada. No que luego había otros vecinitos más pobrecitos que los veías que siempre ponían ahí su chanclerío de zapatos y nunca les llevaban nada los tristes reyes, pobrecitos.

Todos los hermanos estudiaron hasta la primaria, a excepción de dos que si lograron estudiar la secundaria y aprender un oficio. Lupita sólo pudo llegar hasta el cuarto grado, pero aprendió de su madre a coser y bordar.

Mi mamá me enseñó a coser, ella tenía una buena máquina Singer, de esas de antes y bien duradera. Cuando cumplí mis catorce años hice la primera comunión, mi mamá compró la tela y ella me hizo un vestido blanco y largo, con velito y todo, ella me decía:

— *No te voy a hacer 15 años porque no tengo dinero, pero vas a hacer tu primera comunión y tendrás tu vestido largo.*

3.2 Vivir por y para la familia

Cuando dejó de estudiar, se dedicó enteramente a cuidar a su madre que enfermó del hígado, padecimiento que permaneció varios años hasta que murió. Durante ese tiempo ella asumió prácticamente el papel de ama de casa, pues además de atender los cuidados de su madre, tenía que ocuparse de la comida y los quehaceres que su madre, estando sana, hacía.

Sin embargo, con el tiempo sus hermanos, quienes aportaban los gastos de la casa, hicieron sus vidas, y ahora tenían otras prioridades. Fue entonces cuando Lupita, para solventar sus gastos, teniendo 17 años tuvo que buscar trabajo.

Mis hermanos, una vez casados, se desentendieron de mis papás, bueno, si daban dinero para medicinas, y comida, pero ya de mí no se ocupaban verdad. Entonces, empecé a trabajar con el médico que atendía a veces a mis papás. Era bien buena persona, luego no nos cobraba la consulta, porque nos conocía bien, él tenía su consultorio en la misma calle donde vivíamos. Un día le dije que si no me daba trabajo y pues sí, si me dio trabajo. Yo le hacía el quehacer del consultorio y recibía las llamadas, también pasaba a sus pacientes; era como una secretaria, nada más que también le hacía el quehacer. No me daba mucho, pero podía ayudarme con eso.

Para mí mi vida siempre había sido mi casa, mis papás y después mi trabajito. Mi madre murió por su misma enfermedad, su hígado dejó de funcionar, necesitaba una operación pero nunca pudieron operarla. Un día se acabó todo. Lo único que ella me heredó fu su maquinita de coser, ella ya no la usaba desde hacía un buen

rato, pero yo si la usaba para hacerme mis ropitas, mis faldas y blusas sencillitas. Fue lo único que heredé de ella, pero tardé más en heredarla que en lo que la vendimos. Cuando mi mamá estuvo internada pues quedamos muy endeudados. Mis hermanos me dijeron que teníamos que vender la máquina para pagar algo de lo que debíamos. La malbarataron y hasta ahí quedó mi máquina.

Después solo quedamos mi papá y yo, pero yo creo él no le gustó estar sin su viejita que al año luego luego también se fue. A él le dio un infarto, él si no sufrió como mi mamacita. La que se quedó tristeando fui yo, por momentos creí que se me derrumbaba el mundo no sabía vivir para mí, la verdad es que sentía muy feo llegar a mi casa y no ver a nadie. Sólo me compraba un pan con mi cafecito y me ponía a ver la tele chiquita que tenía.

3.3 Construyendo su historia

Lupita tuvo que adaptarse a vivir sola, era joven aún. Como ya no pudo pagar la renta de la casa donde había vivido con su familia, optó por cambiarse a un cuarto pequeño, para ella sola, que pudiera pagar de su trabajo. Dejó de trabajar en el consultorio y comenzó a trabajar en la limpieza de casas.

Cuando cambió de trabajo, pues no sabía hacer otra cosa más que quehacer, una de sus hermanas la contactó con una señora para que hiciera el quehacer de su casa, luego la hija de esa señora también le pidió que le ayudara tanto a la limpieza como a cuidar a sus niños.

Eran re chispa esos niños, bien que se acostumbraron a mí. Nada más llegaba a su casa y me estiraban los brazos. Hasta su mamá después me decía:

— Híjole Guadalupe, esos niños te quieren más a ti que a mí que soy su madre.

— *No, no, no, le decía, qué culpa tienen los chamaquitos, si nada más que yo los cuido por eso me extrañan, pero aquí la mamá y la que manda es usted.*

Total, que toda la semana me repartía en tres casas, andaba de un lado para otro lavando, planchando y cuidando niños. Era sirvienta para qué le voy a mentir, si nunca fui otra cosa.

Para ese tiempo Lupita no pretendía otra cosa más que trabajar para vivir sencillamente, pagar la renta de cada mes y poderse comprar los pequeños caprichos que tenía, como una falda o tela para hacerse ella misma su propia ropa. Sin embargo, el tiempo le regalaría alguien de quien ocuparse de por vida. Su hijo.

Yo la verdad nunca fui de novios, a duras penas cuando tenía 15 años, tuve un noviecito, anduvimos como dos años, pero no hubo nada, quería la cosa fácil y pues no, él tenía que hablar con mis papás y mis hermanos. No quiso, pues él se lo perdió.

Después lo de mi hijo fue realmente un volado con otro novio que tuve, pero la verdad es que él no quiso hacerse cargo y yo pues qué hacía. Tampoco no crea que le sufría mucho porque nunca quise casarme. Yo veía a mis hermanas y me decía ¡no, está cabrón!— Con perdón de la palabra señorita— pero es que a unas si les daban bien mala vida, yo para qué quería eso. Mejor sola que mal acompañada.

Aunque su familia no aceptaba que fuera madre soltera, al no haber más remedio, lo aceptaron y la apoyaron siempre que podían. Unas veces con dinero, otras con ropa para el niño, y otras tantas para cuidarlo mientras ella iba a otras casas a cuidar otros hijos que no eran suyos, pero era su trabajo y ellos su hijos postizos.

La verdad es que si me las veía negras porque no es cosa fácil, pero hasta eso la gente con la que trabajaba siempre me estimaba. La verdad es que ahí sencillito, pero mi trabajo de limpieza lo hacía muy bien; planchaba bonito y rápido, podía echarme en una sentada un botesote lleno de ropa. ¡Uy! pues las señoras bien contentas, además de eso, pues yo siempre fui muy honrada, humilde pero honrada, entonces me tenían toda la confianza del mundo. Por eso me ayudaban, me regalaban ropa de sus hijos; que si era navidad, me daban dinero extra; que si eran reyes, me daban también para juguetes, o a veces la señora compraba un juguetito sencillo para mi niño. Y así, gracias a Dios, nunca me faltó nada.

3.4 La enfermedad y el peso de los años: una carga

Mauro es el nombre de su hijo, él a diferencia de Lupita si pudo terminar la primaria e incluso estudiar le secundaria. De ahí también se dedicó al oficio de la mecánica que aprendió de uno de sus tíos. Siempre fue bueno con su mamá, pero al cabo de crecer hizo su propia vida, formó su propia familia, se casó y se fue a vivir aparte con su esposa. Lupita de nuevo sola.

Yo seguí trabajando, ya después con la edad me costaba más trabajo, pero le seguía chambeando. Con el tiempo empezaron las dolencias de mi artritis, yo creo que me dio porque trabajaba con agua caliente y fría al mismo tiempo. Planchaba y salía al frío; barría la calle y siempre me mojaba mis piecitos porque andaba diario con esos zapatitos de hule, pues se mojaban todos.

Había días que el dolor era muy fuerte, sentía como si mis manos tuvieran calentura y luego se me engarrotaban con el frío. Total que el doctor me dijo que ya no podía seguir trabajando así. Una de mis hermanas me ofreció mudarme con ella y ayudarme, igual al quehacer, pero ya no era lo mismo que en las otras casas. Ahí ya nada más me ocupaba de la comida, de ir al mandado y tener alzado, pero ya no tenía que estar planchando como antes.

Duré como dos o tres años con ella, pero no me gustaba porque mi cuñado era muy grosero, y a mí eso no me gustaba. Hablé con mi hijo y me dijo que me llevaría con él, que nada más le diera chance de sacar su casita y que me llevaba con él.

Y sí, se sacó su casita, pero bien lejos y bien chiquita, son palomares, disque es de dos pisos, pero más bien parece departamento porque ni cabe nada. Yo dormía arriba en uno de los cuartos, mi hijo y su esposa en la habitación de a lado y mi nieto, que ya tiene como trece años, dormía abajo en uno de los sillones.

Para ese entonces, su hijo tomó toda la responsabilidad de su mamá, se mudaron del Distrito Federal, hacia el Estado de México y se establecieron en una de las tantas unidades habitacionales que se encuentran en la gran mancha sobrepoblada que es el municipio de Ecatepec. Su hijo ocupaba la mayor parte del tiempo en desplazarse a la ciudad, trabajar y regresar a casa por la noche, con un solo día de descanso, Lupita pasaba sus horas sola en su habitación, viendo la televisión y cosiendo, tampoco podía hacer más pues ya no podía bajar escaleras

ARTRITIS REUMATOIDE

Es una enfermedad autoinmune inflamatoria usualmente simétrica y poliarticular. Aunque el inicio de los síntomas es más frecuente durante la cuarta y sexta década de vida, puede empezar a cualquier edad, incluida la población geriátrica, de hecho, su prevalencia aumenta con los años.

Los pacientes han tenido síntomas por años, han tomado diferentes tipos de medicamentos inmunosupresores, y pueden tener deformidades y limitaciones físicas significativas.

El cuadro clínico es característico de la AR común, con comienzo insidioso o agudo, rigidez matinal por más de una hora, inflamación poliarticular y simétrica, con compromiso típico de las articulaciones de los dígitos, manos y pies, pero puede comprometer cualquier articulación sinovial.

FUENTES:

Melgar Cuellar, Felipe. *Geriatría y gerontología para el médico internista*. Editorial La Holguera. Bolivia 2012. Pág. 478.

ni desplazarse, era un riesgo. Su nuera era quien se ocupaba de atenderla y subirle la comida y medicinas.

En casa de mi hijo, mi nuera era la que me ayudaba, en las mañanas preparaba mi ropa y me ayudaba a pasar al baño, ponía dos banquitos en la regadera; en uno me sentaba y en el otro ponía el shampoo, jabón y zacate para que las tuviera yo a la mano, así me dejaba que yo me bañara sola. Ya después le hablaba y me ayudaba a secarme y a cambiarme. Y otra vez me pasaba al cuarto hasta que me subía mi comida, y luego la cena. Pues nada más veía yo tele, porque ella siempre andaba de un lado para otro con su quehacer y con su hijo. Mauro ya llegaba rete noche, sólo subía a decirme que ya había llegado y dos tres palabritas y nada más. También llegaba muy cansado y con hambre.

Después de estar tres años viviendo con su hijo, la situación se volvía cada vez más insostenible. Lupita se daba cuenta de ello perfectamente, su nuera cada vez se volvía más irritable con ella, y en cierto modo Lupita se sentía cada vez más una carga.

Yo veía que mi nuera se enojaba con mi hijo, ya nada más oía que se empezaban a pelear en la cocina, pero en esas casas todo se oye. Sabía yo que para ella era una carga. Si los domingos ellos querían salir de paseo, o a una fiestecita, pues era difícil, porque no podían dejarme sola y tampoco podían llevarme, era un

LA FEMINIZACIÓN DE LA VEJEZ

En el caso de las mujeres la experiencia documenta la frecuencia y diversidad de formas de abuso. Las líneas de riesgo compartidas son claras: exigencia de servicio por parte de hijo/as, cónyuges y familias; desplazamiento de sus espacios vitales de decisión, apropiación de su casa y recursos; insultos, aislamiento, menosprecio, abandono. Los excesos de las nueras, heredar responsabilidades de cuidar a la familia anterior... por enfermedad o deceso de la madre.

El maltrato es acallado por amor maternal. La mujer lo considera natural por cuestión de género, destino divino, necesidad de agradar a quienes ama, miedo al enojo, mayor soledad y violencia, críticas, etcétera. Otras áreas de debilidad son la pérdida de seres queridos, angustia por salud, seguridad o economía.

FUENTE.

Luna Parra, Adriana .*La feminización de la vejez* en periódico la jornada, 17 de marzo 2012. Dirección URL:
www.lajornada.unam.mx

problema. Mi hijo tiene un carrito, y había que llevar mi andadera o bien, la silla de ruedas. Era un problema. Y por eso mi nuera se enojaba, yo sentía feo por mi hijo y por ella, y en cierto modo los entendía.

Luego, también era el problema de que mi hijo tenía que pedir un día en el trabajo para llevarme al doctor; pagar consulta; comprar medicinas; pues todo eso eran gastos que mi nuera prefería hacer para su niño que estarlo gastando en mí. Fue por eso que mi hijo empezó a buscar asilo pero eran caros, hasta que dio con este hospital.

Un día entró mi hijo muy nervioso, y me dijo que había encontrado un lugar para mí, que además estaba cerca de la casa y que así podría visitarme seguido. Yo solo le dije que sí, que no había problema, que estaba bien. Y yo ya no quería sentirme una carga.

Al día siguiente, me compró una silla de ruedas, pintó mi andadera y me compró ropa.

Él siempre me decía mira, Guadalupe, tu silla, bastón y andadera para que no digan que llegas sin nada. Así ya llegas bien preparada con tus cosas. El lunes de esa semana me trajeron a este hospital.

Las primeras noches de Lupita en el hospital, fueron las peores. En el día se sentía tranquila, pero apenas llegaba la noche, no podía dormir y sólo le daba por llorar. Le tomó tiempo, pero si algo tiene Lupita es la hermosa capacidad de caerle bien a la gente y de adaptarse.

3.5 A todo se acostumbra uno

Las primeras noches me la pasaba de chilladera en chilladera, me sentía muy sola. Cuando llegué todavía estábamos en el hospital viejito, antes de que hicieran

estas villas nuevas, Ese hospital me daba miedo, todo hecho de piedra, con unos techos altos, altos. En las noches, acostada, veía al techo en la oscuridad y se me empezaban a formar sombras raras. No pues me daba más miedo.

Ya después con el tiempo me fui haciendo amiga de las enfermeras. Unas luego, luego, bien buena gente. Otras eran bien secotas y a veces me decían cosas que me hacían sentir mal, pero eso ya pasó.

Apenas me estaba yo adaptando al hospital de piedra cuando nos cambiaron, que porque ya el otro estaba muy viejo y se podía caer. Yo lo veo que ahí sigue. Nos cambiaron entonces al otro hospital el "Peña Nieto".

El hospital a cual la trasladaron por unos meses mientras se construían las nuevas instalaciones, no es otro más que un hospital psiquiátrico que se llama Dr. Adolfo M. Nieto. Sin embargo, Lupita nunca entiende la diferencia, y para ella es el hospital "Peña Nieto". Yo me río cada vez que lo menciona, además porque disimuladamente trato de corregirla, ella siempre me da la razón, pero sigue sin caer en el error.

Después de su proceso de adaptación, hoy Lupita es una de las pacientes consentidas en el hospital. Y es que todo mundo la conoce. En las tardes, durante mis visitas, sentadas afuera de su sala, no había persona que no pasara y le dijera un saludo.

"Adiós Lupita" "Adiós Chamacona" No importaba quien fuera, desde las enfermeras hasta la señora de la limpieza y las galopinas de la cocina. Todo, todo el mundo la conoce. Y a ella no se le escapa ni un solo nombre.

Vea, antes lloraba, ahí como Magdalena por las noches y ahora, todo mundo me saluda. A mí me gusta platicar, me preguntan algo y yo les contesto. Las

enfermeras siempre me dicen: “Ay Lupita, eres tremenda, nada se te escapa, eres bien platicadora”. Pues sí, me gusta mucho platicar. No me gustan los chismes, pero no es más que la verdad que aquí todo me llega.

Y sí, bastaron solo dos semanas para que Lupita me pusiera al tanto del santo y seña de cada doctor o enfermera. Radio pasillo a todo su esplendor. También, sorprendentemente, sabía quiénes eran mis primos, quien era mi hermana, y quienes eran mis tíos. Todo lo sabía.

-Mira, mira, ahí va ese doctor con esa enfermera, es que él anda tras sus huesitos. Pero él es casado y tiene dos hijos, pero mira ahí anda sobres la enfermera, y ella también es casada. Mira, si bien que me los tengo checados, en todo estoy.

Así, de repente y en medio de sus carcajadas contagiosas, me contaba los chismes del día. No le gustaba hablar mucho de su vida, de hecho, muchos detalles tenía que sacárselos a tirabuzón, pero eso sí, cómo le gustaba contarme los chismes más actuales del hospital. Podían irse las horas platicándome la vida de sus compañeras de sala, de las enfermeras y de los médicos.

3.6 Mi vida dentro

El día de Lupita comienza a las 7 de la mañana, ella es siempre de las primeras en despertarse para que la bañen primero que todas. La pasan a su silla de ruedas y ella escoge la ropa que se pondrá ese día. Es de las pocas que tiene su propia ropa y no la comparte con las demás.

MI hijo me compra mis pants, y es mi nuera quien viene de rápido todos los viernes para dejarme las siete mudas de la semana. Se lleva las sucias y me las

trae la siguiente semana. Diario me cambio, porque eso sí no me gusta andar cochina o fodonga. Como decía mi mamá: pobre, pero limpia. También arreglo mis pantalones, les quito el resorte y les pongo otro a modo de que me quede aguadito, porque nuevos luego reteaprietan también le subo el dobladillo si me quedan grandes.

Sus arreglos están a la vista pues tienen unas puntadas grandes y vistosas por el color del hilo, si el pantalón es verde, el hilo es rojo o negro. Lo bonito ya no importa, lo importante es la comodidad.

A las 7:30 llega el camillero y la lleva a los baño donde están las regaderas, ahí la bañera la ayuda para que se lave, rápido y con práctica porque hay diez pacientes después de Lupita. Ya en su cama la enfermera le ayuda a vestirse, a ponerse crema y a peinarla. Ella guarda su ropa en un bote que guarda en el clóset común para cuando su nuera venga por ella.

Yo soy afortunada, señorita, por lo menos tengo quien me lave y me compre mi ropa. Mi nuera tiene que venir por mi ropa cada semana, aunque sea de visita de doctor, porque luego no se queda ni media hora, pero ya con que me lave mi ropa es más que suficiente. No que aquí hay varias que se la pasan llorando todo el día porque nadie las atiende. Ahí se la pasan chillando por unos hijos que nunca hemos visto por aquí.

A las 9:00 am se sirve el desayuno, se oye por todo el corredor el carrito que viene arrastrando con las ollas de comida y café o té. Juntan a todas las pacientes en el comedor que cada villa tiene, con tres mesas redondas donde acomodan a las pacientes para desayunar, comer y cenar. El desayuno casi siempre es café con leche o té, un guisado sencillo y frijoles con bolillo o tortilla.

La comida es lo que menos me gusta de aquí y es lo que más extraño de afuera. Es que verdad de Dios que está bien insípida la comida. Dicen que es porque todos tenemos dieta, pero ya ni la friegan, siquiera tantita sal le deberían de poner. Como hoy por ejemplo, sirvieron salchichas en jitomate, pues era más jitomate que salchichas, apenas conté seis rueditas de salchicha. Ya ni la...

De ahí en adelante, acordamos que cada vez que la visitara le llevaría algo que le gustara, un dulce, unas papitas, un refresco, o un pan para que se tomara su café en la tarde. Otras veces le llevaba una revista para que ojeara, pues una vez llegué y estaba leyendo una *tvnotas*, de hace seis años toda despastada ya. De inmediato le llevé dos revistas más, actualizadas y nuevecitas.

Un día llegué con un monederito como regalo, y de inmediato exclamó:

Ándale, cómo sabías que esto era lo que me hace falta, luego tengo mis centavitos y los ando guardando en bolsas de plástico, pero se me pierden, o me los sacan, sabrá Dios, porque aquí también son bien uñas algunas veces. Sobre todo las chamacas sonsas de las estudiantes, esas nada más andan viendo que tiene uno para ver si se lo sacan. Pero yo soy bien lista, ando siempre bien trucha con mis cosas.

Al medio día sirven la comida, con suerte será un poco mejor que el desayuno. Aún así, y al cabo de los años, todos terminan por acostumbrarse al sin sazón de los alimentos. No hay queja u añoranza más generalizada que la comida. Es como si la comida fuera un recordatorio diario de los placeres de sus vidas pasadas. No es que sea mala la comida, hay veces que les sirven sopes, pambazos, tamales o incluso pozole y pavo dependiendo de las fechas. Pero no está buena, no es lo mismo.

Después de la comida todos los pacientes tienen tiempo libre, contemplar los pasillos parece ser el pasatiempo preferido, quizás el único. Lupita en cambio, siempre un conversación con alguien. Cuando no estoy yo, es la psicóloga quien se la lleva a dar una vuelta en su silla de ruedas si el tiempo está bueno. Si no hay con quien platicar, las horas se van en coser y coser, hasta que sirvan la merienda a las 6 de la tarde. No le gusta ver la televisión a pesar de que antes era una de sus gustos predilectos. No le gusta porque odia estarse peleando por qué canal ver, o que si está alto o bajo el volumen.

Hay también pacientes que dedican sus ratos de ocio a diferentes actividades, por ejemplo, algunos pacientes se colocan en diferentes puntos de la institución para realizar la venta de algunos artículos; aquellos que tiene posibilidad de trasladarse salen al pueblo a jugar dominó con el bolero del quiosco de la localidad. En ocasiones, los que no pueden moverse piden favor a algún conocido o personal del hospital para ser llevados a cierta área del pueblo, aunque claro, estas concesiones sólo las disfrutaban pacientes que tienen muchos más años viviendo en la institución y es esta antigüedad la que les otorga algunos privilegios. Por ejemplo Martín, un paciente que lleva más de veinte años en el hospital, y que con el tiempo se ha convertido incluso en un personaje de la localidad pues siempre lo ves por las tardes en el centro del pueblo, yendo de un lado a otro en su silla eléctrica, vendiendo sus películas y pequeños dulces que acomoda en una cajita de madera.

Otros pacientes simplemente se quedan en sus camas viendo televisión o escuchando la radio, mientras que algunos realizan manualidades como bolsas

tejidas, manualidades con papel reciclado, llaveros y bufandas que después venden entre el personal del hospital.

A las 2 de la tarde entra el cambio de turno, le toman sus signos vitales y los enfermeros van apuntando en sus hojas las novedades de cada paciente. Hay veces que algún enfermero pone música, danzones, cha cha cha, o boleros. Alguien comienza a tararear la canción quienes les entra el sentimiento y se ponen a llorar.

Cuando nos pone nuestras canciones, es bien bonito, pero luego hay a quienes les entra la chilladera y ya se descomponen. Evangelina, mi compañera, esa se pone a cantar a todo pulmón una canción de la revolución. Les da harta risa a las enfermeras. Dice que su papá estuvo en la revolución, por eso se pone a cantar, más bien gritar, pero es re chispa la Evangelina.

La merienda, se sirve a las 6pm cuando terminan de cenar, de inmediato comienzan a subir a todos los pacientes a sus camas. A las 8 pm el día ha terminado para ellos, todos están en cama sólo esperando que el sueño les gane hasta el siguiente día. Lupita dice que la hora más pesada del día, ella no se duerme hasta bien entrada la noche, entonces se espera 4 horas despierta en su cama, sin hacer nada para que el sueño la venza.

No, pues quien se va a dormir a esa hora, ni que fuéramos pollitos, pero son los horarios. Yo luego me quedo platicando con alguien en mi cama, pero si no, pues no hago nada.

— ¿Duerme bien?

Pues a todo se acostumbra uno, pero es que Enedina, la viejita que está en la sala de al lado, esa siempre tiene verborrea, nunca se calla. Ni dice nada, pero siempre está haciendo ruido, hay noches enteras que no se calla. Y pues lo pasa a amolar a uno, porque tampoco puede dormir. Pobres, es lo que le digo a la psicóloga. Aquí con esas compañeras, estamos todos jodidos, porque es trabajo para todos, a uno que no lo deja descansar y a los médicos y enfermeras que tampoco se dejan atender, porque aparte luego se ponen agresivas. No, si hay unas que son todo un personaje, igual que una no, pero por lo menos yo si dejo dormir y me dejo atender bien.

3.7 La sabia resignación también es la mejor decisión

Lupita, ¿no le gustaría estar en casa, con su hijo? Es la pregunta obligada, aunque por todo lo contado hasta entonces, intuyo la respuesta. La resignación a una vida, que no es la mejor, ni donde nunca jamás se imaginó, pero es la mejor.

No, qué va. A todo se acostumbra uno, menos a no comer. Yo aquí ya me acostumbré y ya me hallé, para qué quiero estar con mi hijo, si mi hijo de por sí nunca está, y yo nada más estaría encerrada. No, no, aquí por lo menos platico con un no y otro, me salgo a tomar el sol y me entretengo en mis costuritas. Allá con mi hijo ni el sol me daría porque nunca saldría. Aquí le compro a Sarita mis dulces, Las enfermeras me regalan igual cositas; así como tú que vienes a platicar conmigo. Así me la paso bien.

Antes, recién me trajo mi hijo, una vez al mes venía por mí y me llevaba a su casa, pero nada más estaba encerrada, nadie subía a platicar conmigo a menos que no fuera para darme las medicinas o para subirme la comida. Así qué chiste. Un día fueron por mí y no pude subirme al carro, pues ya me cuesta trabajo, y estoy algo pesadita. Uy, pues el hijo canijo se enojó porque no podía subirme, me empezó a regañar. Fue la última vez que me hizo eso, le dije que me regresara y que nunca

volviera a querer llevarme. Imagínese, regañarme, pues ni que fuera mi marido o mi papá.

Aquí en navidad nos hacen nuestra posada, el día de muertos hacemos concurso de disfraces, el día del abuelo nos hacen convivio. En mi cumpleaños, como soy Guadalupe, pues todos se acuerdan de mí. Hasta las chamaquitas mocosas de las estudiantes bien que me conocen y lo que sea de cada quien, me aprecian. Yo para qué quiero estar en otro lugar.

De repente, llegan a venir mi hijo, la nuera y mi nieto, pero muy de repente. Me llevan al mercado que se pone en el pueblo los domingos y nos echamos una quesadilla, pero te digo que mi hijo es bien desesperado, tantito se le atora la silla de ruedas y ya se está enojando. Así prefiero que ni venga. El otro día que fue la fiesta aquí del pueblo le dije que si me llevaba a conocer la iglesia. Llevo siete años aquí y nunca he ido a la iglesia, si no es porque luego en las fiestas, sacan a los santitos en procesión y vienen aquí con los enfermos a hacer una misa. Luego nos hacen una comilona de carnitas y arroz. Total que lo que yo quería era ir al templo a persignarme. Muy a regañadientes me llevó que porque se le hacía tarde, como había unos escaloncitos a la entrada, ya no quiso pasarlos y va la Lupita de regreso. Ya por eso ni le pido nada, nada más que hagan su visita de doctor y que se vayan. Para qué los quiero así.

Lupita siempre ha sabido adaptarse y hacerse la vida más fácil, a pesar de las carencias y de las pérdidas. Hoy su hijo va a visitarla cada vez menos, la única que le da sus vueltas es su nuera quien sólo cumple con llevar y traer su ropa limpia. Para Lupita, con que su hijo siga ocupándose de pagar mes con mes la mensualidad que le cobran en el hospital, es más que suficiente y lo agradece. Es afortunada a pesar de también estar en cierto grado de abandono. Lo agradece y no pide absolutamente nada más.

Hoy incluso sorprende a las enfermeras por el poco tiempo que lleva y la gran vida que dentro del hospital lleva. Considera que la vejez se asume y se acepta, es la ley de la vida. Jamás tuvo grandes aspiraciones en su vida, más que una que, según ella, es la verdaderamente más importante, vivir y morir tranquilamente. Así ha sido su vida. Ha hecho un pacto honrado con la soledad y su vejez.

CONCLUSIONES

Mucho nos hace falta comprender que la vejez no es sólo la finalidad de la vida humana asociada con la inutilidad; por el contrario, es el tiempo pleno y tranquilo para el balance y la reflexión sobre de todas aquellas aspiraciones, sueños, necesidades, luchas, triunfos y derrotas que libramos desde la más tierna infancia.

La vejez no es una enfermedad, por tanto, cada ser humano que viva en esta edad debe contar con las mismas oportunidades y políticas sociales que buscan el pleno desarrollo en la infancia, la adolescencia y la adultez. Todos llegaremos a viejos tan inevitablemente como llegaremos a la muerte.

No por nada en las antiguas culturas como la romana, la maya, la egipcia o la hebrea, consideraban a la senectud una fuente inmensa de sabiduría y conocimiento. También es justo decir que nunca antes el hombre había llegado a tener una esperanza de vida tan larga como en este siglo.

La vejez y todas las problemáticas, sociales, políticas, de salud y económicas son un fenómeno complejo que atañe a la humanidad entera. Sin embargo en países subdesarrollados como México, estos problemas se recrudecen a niveles insostenibles. No hay una cultura de respeto siquiera por este grupo poblacional. Apenas hay someros asomos, casi insignificantes, de políticas combatientes como la universidad del adulto mayor y uno que otro programa social como el de 60 y más, los cuales además de ser austeros y casi limosneros, en la práctica sólo

sirven para “dorar la píldora”, como se dice por ahí y servir a intereses que nada tienen que ver con la situación de fondo. México se hace cada vez más viejo, y no hay estructura social y política que nos garantice que para entonces gozaremos de *una vida digna*.

Sin embargo, lejos de alimentar los engorrosos estudios estadísticos, estos relatos cumplen con algo mucho más profundo. Retratar la parte individual, real de lo que significa ser viejo y más aún cómo se llegó a ser viejo. Se trata de mostrar que estas historias son parte de nuestra propia realidad, en la que hay enfermedades, amores, frustraciones y soledad, además de estadísticas y discursos.

De mi parte, puede sonar arriesgado lanzar una afirmación como la siguiente, pero si bien hay una parte en torno a la problemática que corresponde con toda una estructura social y política, también hay una que es mucho más ilustrativa e importante: las decisiones de la vida. Es como si adaptáramos aquél dicho de dice: *dime con quién andas y te diré quién eres; a dime cómo viviste y te diré como terminarás*.

Puede sonar muy burdo, pero creo que no hay peor abandono que el que se hace a uno mismo. Todos los problemas de la vejez, empiezan casi siempre individualmente, son un reflejo de cómo se ha vivido hasta entonces. Si algo me mostraron estos testimonios es que cuando se es viejo no se dejan de tomar decisiones. Uno decide cómo vivirla, si feliz y en paz, o si frustrado y deprimido. Hay circunstancias, malas políticas y malos gobiernos, pero la vida, la real, la de cada día, es siempre personal. La familia no te abandona, uno se abandona

primero. Se puede vivir insoportablemente feliz en medio de la soledad y el abandono de cualquier tipo. La elección es de cada uno, y de eso se trata la vida.

Es por eso que este trabajo se centró en las historias de vida de cada protagonista, porque cada uno asumió o asume actualmente, la vejez y sus circunstancias de abandono familiar, sus discapacidades físicas, su falta recursos, o su falta de oportunidades de distinta manera. Asimismo, la historia de cada uno explica en cierta medida su modo de vivir en la actualidad. Y sus historias, sus vidas, pueden ser las de cualquiera.

Hoy podemos ver, leer o escuchar cotidianamente sobre los adultos mayores, los distintos programas sociales, las cifras, las estadísticas, las proyecciones demográficas y sobre el desolador panorama que los adultos de hoy de mañana harán frente. Sin embargo, la mayoría de las veces se hace oídos sordos a ese bombardeo. ¿Quién realmente, joven o adulto en “plenitud” reflexiona sobre lo que está haciendo para tener una buena vejez en el futuro? Porque también estamos inmersos en una actualidad, en un país donde el trabajo es escaso y las exigencias son muchas, y donde nadie tiene nada seguro. Sin embargo me atrevo a decir, que casi nadie se plantea el futuro, por lo menos no el futuro de nuestra vejez.

Estos relatos no son sólo textos emotivos, en donde al lector le produzca mirar compasivamente los distintos problemas de los adultos mayores. No, el objetivo verdadero de este trabajo, es que sirva como puerta a la reflexión individual respecto de qué estoy haciendo yo para ser tener una vejez digna a pesar de

todas deficiencias del aparato social y político, que cada vez se recrudecen más. Si al menos alguien reparó en ello, el objetivo está cumplido.

Por otro lado, respecto a la estructura y estrategia redaccional de este trabajo, las historias de vida, la entrevista y el relato periodístico, sirvieron a este trabajo para que fluyera y se complementara libremente. Sin pretensiones, el hecho social, el abandono en la tercera edad, adquiere veracidad natural que no se podría lograr a través de ningún otro género periodístico, ni de otra técnica de investigación o narración.

Lo fundamental desde el principio, era no apartar al posible lector de todas esas emociones y sensaciones que el relato te permite describir y transmitir. Como se mencionó antes, no se trataba de proporcionar datos duros *grosso modo* al lector sobre una problemática social determinada, para eso están las notas periodísticas de los diarios cada vez que se conmemora el día del abuelo o cosas así. Se trataba de recrear experiencias tan vívidas como una plática entre los protagonistas y el autor, que pudiese ser cualquier lector si se quisiera. Escribir un relato periodístico es, esencialmente un acto de habla¹⁶.

Tomás Eloy Martínez, decía que indagar, preguntar, e investigar son los desafíos de siempre en el periodismo, sin embargo, el gran desafío actual es cómo hacerlo a través de relatos memorables, en los que el destino de un solo hombre o de

¹⁶ Romero, Lourdes. *La realidad construida en el periodismo. Reflexiones teóricas*. I Miguel Ángel Porrúa Ediciones. UNAM 2006 . Pág. 36

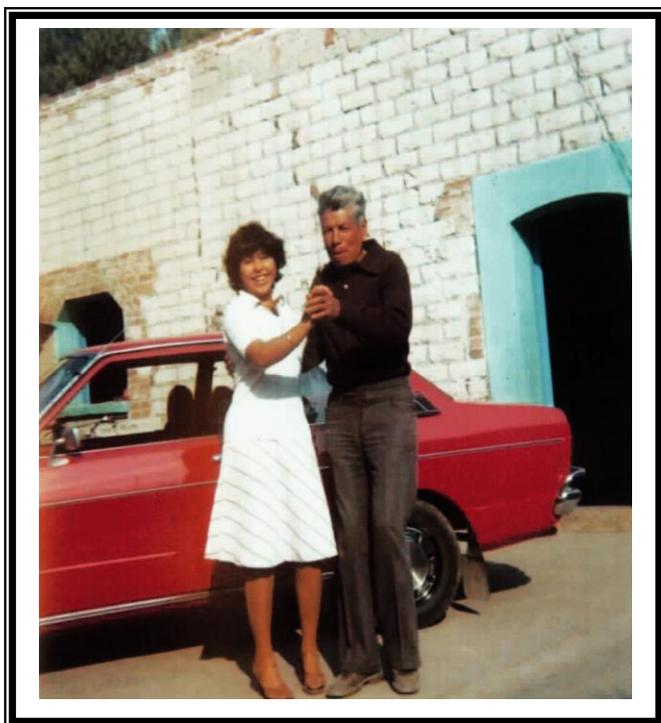
unos pocos hombres, permita reflejar el destino de muchos o de todos¹⁷. Esa es la esencia de este trabajo.

Finalmente, creo que cualquier tipo de abandono que sufren actualmente las personas de la tercera edad, es un problema de dimensiones universales. En nuestro entorno, en México, hacen falta muchos más esfuerzos para proporcionar políticas públicas bastas que realmente combatan todas carencias que atañen a los adultos mayores. Sin embargo, creo que la gran y titánica tarea es la que más trabajo cuesta emprender, la individual. ¿Qué hacemos hoy por esa madre, padre, o abuelo que tienes en abandono? ¿Qué hacemos hoy por ese abuelo o abuela que seremos mañana? Nunca falta demasiado tiempo.

¹⁷ Eloy Martínez Tomás, *op.cit.*

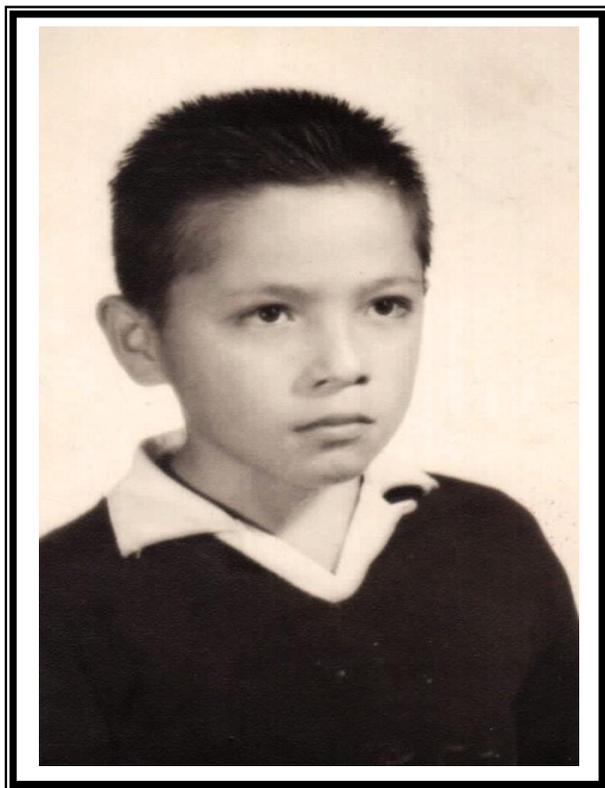
ANEXO.LOS PROTAGONISTAS. INSTANTES DE UNA VIDA

GABRIEL ISLAS



Las únicas fotos familiares en donde mi tío Gabriel aparece. En la foto de la izquierda, aparece con una de sus sobrinas, en una de las cortas y esporádicas visitas que llegaban a hacerle. En la foto de la derecha, al centro, aparece, en un cumpleaños familiar.

CÈSAR CAMARGO



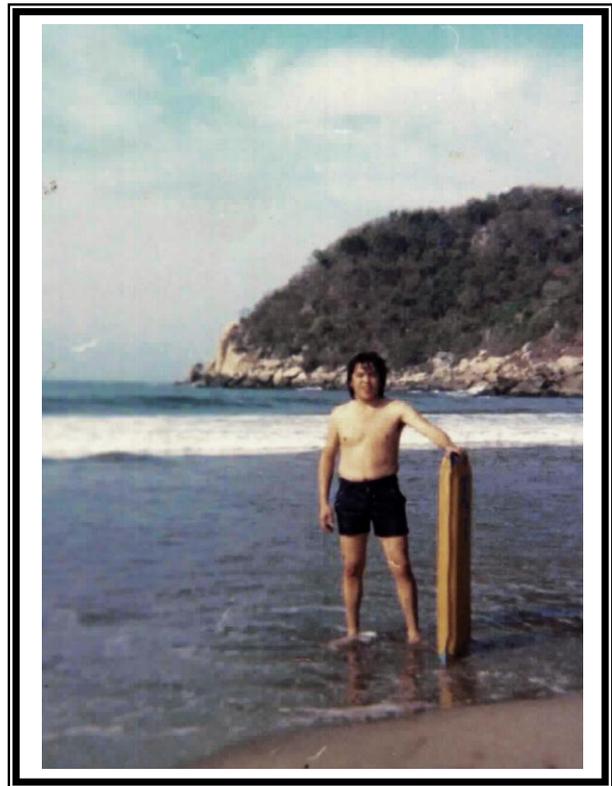
Ala izquierda, don César en los años de primaria. A la derecha, su padre, el cantante Tony Camargo retratado en alguna de sus giras por Sudamérica . Abajo, los abuelos maternos de don César, quienes sen encargaron de criarlo al morir su madre.





La única foto que don César conserva de su madre, Esperanza.

En épocas más felices. Para don César así es como le gusta recordarse, sano, fuerte e independiente.



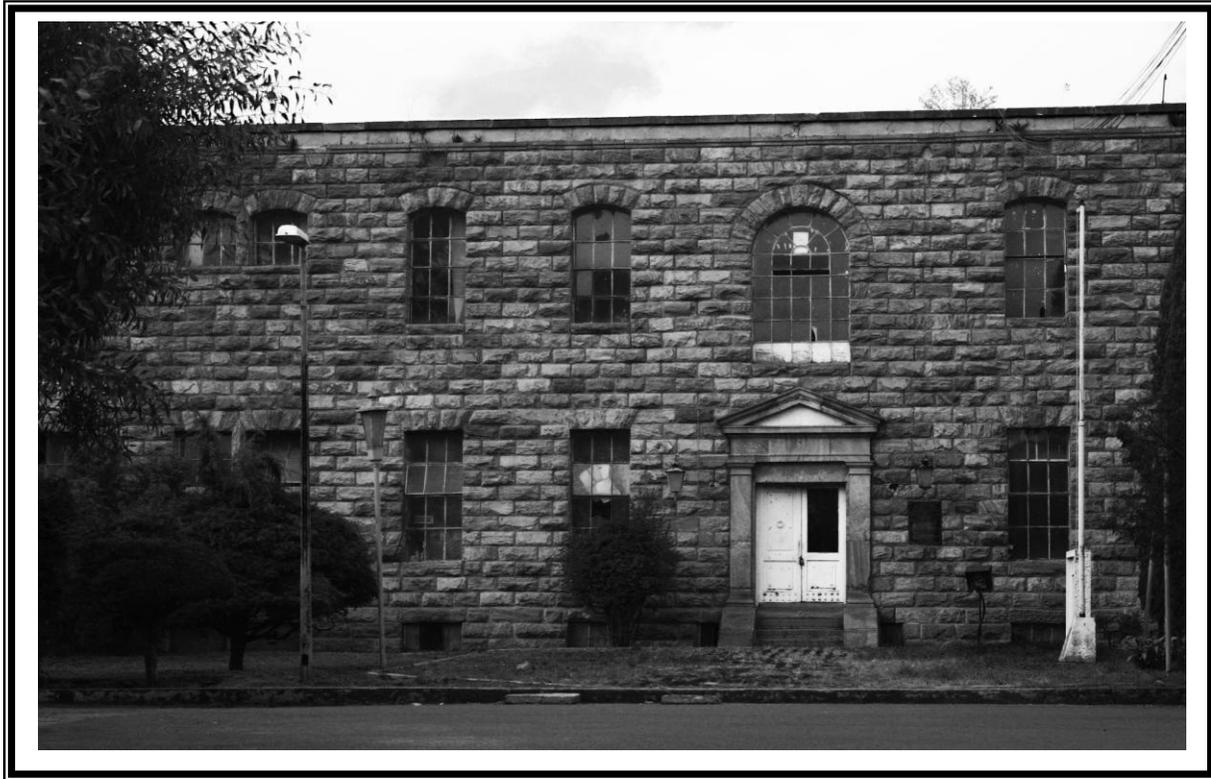
LUPITA ROJAS.



Lupita, con gesto serio, pues se resiste a sonreír a la cámara. Sin embargo, sus días siempre están acompañados de grandes carcajadas y entretenidas pláticas.

Los estragos de la enfermedad, sólo se hacen visibles en esas manos, que jamás se cansan de bordar.





El último hogar de Lupita y don César. Fachada del antiguo hospital para enfermos Crónicos, en la localidad de Tepexpan Estado de México.

FUENTES DE INFORMACIÓN

Bibliografía

Arèchiga, Hugo, Corejido, Marcelino. *El envejecimiento, sus desafíos y sus esperanzas*. Siglo XXI Editores. UNAM, México, 1999.

Barthes, Roland. *Introducción al análisis estructural del relato*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1977. 56 pp. Traducido por Beatriz Dorriots.

Eco, Umberto. *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio. Investigación y escritura*. Gedisa. México 1984.

Good, William J., *Métodos de Investigación Social*, Trillas. México 1992.

Herrscher, Roberto. *Periodismo narrativo*. Universidad de Barcelona. España 2012. 336pp.

Hollowell, John. *Realidad y ficción. El nuevo periodismo y la novela de no ficción*. Ed. Norma, México 1979.

Melgar Cuellar, Felipe. *Geriatría y gerontología para el médico internista*. Editorial La Holguera. Bolivia 2012. 646 pp.

Pardinas, Felipe. *Metodología de Investigaciones en Ciencias Sociales*. Ediciones Siglo XXI México 1989. 236 pp.

Riva Palacio, Raymundo. *Manual para un nuevo periodismo*. Grijalbo. 2013. 232 pp.

Rojas Soriano, Raúl. *El arte de hablar y escribir*. Plaza y Valdès. México 2001. 220pp.

Romero Álvarez, Lourdes. *Del espectáculo al testimonio: dos formas de presentar la realidad en Espejismos de papel*. Compilación. UNAM-FCPS. México 2006

_____, *La realidad construida en el periodismo*. Miguel Ángel Porrúa Ediciones. UNAM, México, 2006. 198 pp.

_____, *El relato periodístico: entre la ficción y la realidad*. Universidad Complutense de Madrid. 1995.

Serafini Ma. Teresa. *Cómo se redacta un tema. Didáctica de la escritura*. Paidós. México 1993.

Vargas-Maldonado, L. *Viejismo: Prejuicios y estereotipos de la Vejez*.2 México: UNAM-DGAPA-PAPIME, 2008.

Wolfe, Tom. *El nuevo periodismo*. Berceña, Ed. Anagrama, 1976

Tesis

Andrade García, José Alfredo. *La representación de la realidad: La historia de vida, una alternativa en el periodismo literario*. Tesis de Licenciatura; asesor Francisca Robles. UNAM 2001.

_____, *La historia de vida como fuente de información en el periodismo escrito*. Tesis de maestría; asesor Francisca Robles. UNAM 2005.

Robles, Francisca. *La entrevista periodística como relato. Una secuencia de evocaciones*. Tesis de maestría en ciencias de la comunicación. UNAM-FCPS. México 1998.

_____, *El relato periodístico testimonial. Perspectivas para su análisis*. Tesis de doctorado en ciencias de la comunicación. UNAM-FCPyS. México 2006.

Rojas, Saldaña, Beatriz. *La tercera no es la vencida: imágenes sobre la ancianidad en la Ciudad de México. Tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación.* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM, México, 2001.

Sánchez Sandoval, Elsa Margarita. *Chiapas: la frontera de lo humano. Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación.* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM, México 2004.

Fuentes electrónicas

Tomàs Eloy Martínez. *Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI.* Conferencia pronunciada ante la asamblea de la SIP el 26 de octubre 1997, Guadalajara México. Dirección URL: www.saladeprensa.org [consulta: 24 de febrero de 2015]

María Felipa Hernández López , Rafael López Vega y Sergio I. Velarde Villalobos. *La situación demográfica en México. Panorama desde las proyecciones de población.* CONAPO México 2012. Dirección URL: [http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Resource/1720/1/images/1_La Situacion Demografica En Mexico.pdf](http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Resource/1720/1/images/1_La_Situacion_Demografica_En_Mexico.pdf) [consulta: 18 de septiembre de 2014]

Consejo Nacional para la Prevención de la Discriminación. *Reporte sobre la discriminación en México 2012.* Dirección URL: <http://www.conapred.org.mx> [consulta: 01 de octubre de 2014]

CONEVAL. *Informe de la pobreza en México 2012.* Dirección URL: http://www.coneval.gob.mx/Informes/Pobreza/Informe%20de%20Pobreza%20en%20Mexico%202012/Informe%20de%20pobreza%20en%20M%C3%A9xico%202012_131025.pdf. [consulta: 10 de octubre de 2014]

Encuesta Nacional de Salud y Envejecimiento en México. ENASEM 2012. Dirección URL: <http://www.inegi.org.mx> [consulta: 02 de octubre de 2014]

Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos en los Hogares (ENIGH). INEGI 2012.
Dirección URL: http://www3.inegi.org.mx/sistemas/microdatos/microdatos_archivos/enigh/doc/resultados_enigh12.pdf. [consulta: 02 de octubre de 2014]

Secretaría de Salud del Estado de México. *Depresión en el adulto una perspectiva general*. Dirección URL: salud.edomexico.gob.mx/. [consulta: 13 de octubre de 2014]

Secretaría de Salud [SSA]. (2009). *Diagnóstico y tratamiento de trastorno depresivo*. México: SSA. Dirección URL: <http://www.cenetec.salud.gob.mx> [consulta: 15 de octubre de 2014]

Joan Coderch. *La personalidad narcisista de nuestro tiempo*. Dirección URL: http://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/Documentacion/JCoderch/Coderch_2004_La%20personalidad%20Narcisista%20de%20nuestro%20tiempo.pdf [consulta: 15 de octubre de 2014]

Juliana Cristina Rivas Velazquez. *Cotidianidad del paciente crónico*. Dirección URL: <http://www.margen.org/suscri/margen73/rivas.pdf> [consulta: 20 de octubre de 2014]